



**LA
CIUDAD
DE
LAS
ALMAS
PERDIDAS**

**Novela
Oscar A. Bachoir**

**LA
CIUDAD
DE
LAS
ALMAS
PERDIDAS**

-Novela-

Oscar A. Bachoir

Pocas veces ha logrado un escritor, describir de manera tan precisa, los sentimientos de la adolescencia. Oscar A. Bacheir, autor de “El Libertador de los Gatos”, llega con esta novela que convierte a la ciudad de Arequipa (Perú), en escenario de dos grupos de adolescentes que llevan una sola bandera: la de su colegio. Pero el trasfondo de este libro, no es más que la concepción estructural que tiene el autor, del hombre. La representación del primer personaje de la obra, el joven Espidy, no refleja sino sus experiencias físicas junto al “Mapache”, un adolescente que debido a una decepción amorosa, termina en el camino de la perdición. Bronco, el segundo personaje, revela sus sentimientos de adolescente hacia su enamorada y los miembros de su grupo de amigos, en quienes se apoya afectivamente. Pero el equilibrio del texto, lo hallamos en su personaje principal: Javier Arredondo Buendía (Bamby), un muchacho quien a pesar de sus responsabilidades académicas, alterna su vida entre su familia, sus amigos y la búsqueda de su primer amor: Rosa Inés.

Esta novela que ha sido ampliamente aceptada por jóvenes, la ponemos a disposición del público en su segunda edición, y la recomendamos, no sólo por su realismo y su mensaje, sino también por su buena coloración estilística.

Editorial Zenit

- 1991, 1992 por Oscar A.. Bacheir Caparó
DGDA I –0331

- 1993 por Oscar A. Bacheir Caparó
Derechos registrados para la segunda edición,
Conforme a la Ley 13714

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier

Medio sin permiso escrito del editor:

info@bacheir-caparo.com

<http://bacheir-caparo.com>

Arequipa

PERU

A Pedro Bachoir Landívar y Aída Villegas de Bachoir, dos almas que nunca se perdieron y que jamás se perderán, porque demostraron al compartir juntos más de cincuenta años, que el tiempo y la distancia, son menos fuertes que el amor.

***“Mi alma reconforta;
por sendas de justicia me guía”.***

Salmo 23,3.

Toda persona tiene derecho a expresar libremente sus pensamientos. La presente novela se encuentra amparada en las libertades de opinión y expresión, tuteladas por la Constitución y las leyes que rigen al pueblo del Perú. Todos sus personajes son ficticios. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, es pura coincidencia.

Introducción

-Golpeo – dijo Bamby, sosteniendo con su mano la baraja. Estábamos sentados en la mesa de su sala y, la luz que ingresaba por la ventana próxima a la entrada trasera de su casa, reflejaba tenuemente el humo que se elevaba de un cigarillo que había prendido Bronco y que quedó sobre el cenicero.

-Sí, golpeo – repitió, mientras Bronco y yo nos miramos, tratando de adivinar qué cartas tendría Bamby, en ese juego que recién había empezado y al que Bamby no estaba acostumbrado a jugar.

-Abran sus cartas –dijo-. Empecemos por la derecha.

Tomé el cigarro y le di una pitada. Había botado un trío de reinas, y en mi baraja, sólo tenía dos pares que los dejé sobre la mesa. Bronco no se había bajado con ninguna carta y sacó dos tríos y un as de espadas. Hasta ese momento tenía posibilidades, porque podría “enchufar” el as, en alguna de las cartas. Pero cuando Bamby bajó las suyas, nos dimos con la sorpresa que había logrado completar una escalera “royal”, es decir, aquella formada por cartas con números consecutivos de un mismo “palo”. Para ser la primera vez que Bamby jugaba, no lo había hecho mal y, la “suerte de principiante” lo había ayudado. Pero dentro del ambiente se notaba la sorpresa y, en los ojos de Bamby una tristeza. Traté de descubrirlo, justo en el momento en que tocaron la puerta de la casa.

-Golpean –exclamé-. Debe ser Espidy. Me dijo que venía como a las ocho.

Bamby se levantó de su lugar, abandonó la sala y, pasando al jardín, llegó por un callejón hasta la puerta. Al abrirla, vio a Espidy, quien había llegado a la penúltima casa de la cuadra dos de Jorge Polar, trayendo cuatro cervezas en lata, que las tenía cubiertas en el forro de su casaca negra de cuero.

-Pasa –le dijo Bamby-. Acabamos de empezar. Les gané la primera partida –exclamó, sonriente.

Espidy entró, dándole a Bamby dos de las latas, para que las llevara.

-Ponlas en el refrigerador – le dijo-. Más tarde ya están heladitas. Mientras tanto, nos tomamos éstas.

Caminaron juntos el corto pasillo. Espidy pudo percibir el olor que despide el pasto del jardín con la humedad de la noche. Cuando llegaron a la sala, Bamby se fue hasta la cocina y Espidy entró, y nos saludó. Puso las cervezas sobre la mesa y señalándonos, sonrió.

-Dice que Bamby les ganó la primera ¿no?

-Qué rápido te enteraste –dijo Bronco-. Por lo visto tú también quieres perder –añadió.

-No creo –repuso Espidy-. Me parece que hoy no vamos a jugar.

-¿No? – pregunté.

-No lo creo –dijo Espidy-. No sé si Bamby se los habrá dicho, pero la próxima semana viaja a España.

-¿Qué? – nos sorprendimos Bronco y yo.

-Es cierto –exclamó Bamby quien había salido de la cocina y se acercó a la mesa. Es verdad – afirmó, moviendo su cabeza-. Hoy llamó mi padre de Lima. Llega en cualquier momento con la visa y los pasajes – añadió-. Me voy el Lunes o el Martes.

Lo que dijo nos dejó callados por un momento. Aunque Bamby, ya algunos meses atrás nos había dicho que pensaba viajar al extranjero, no había confirmado absolutamente nada hasta ese momento. Diré mejor, que desde que salimos todos del colegio, en el mes de diciembre, hasta la fecha, no habíamos

tenido oportunidad de juntarnos con mucha frecuencia, porque la mayoría, se estaba preparando, sea de manera personal o en academias, para el examen de ingreso a la universidad. Claro que Bamby, por haber sido uno de los mejores alumnos de la promoción y haber sacado altos calificativos, tenía la alternativa del ingreso con exoneración, pero a esas alturas, con los planes de su partida, era remota la posibilidad que postulara para ocupar una de las vacantes que ofrece la universidad, en cualquiera de sus facultades. Pero aparte de todo eso, habían, pienso yo, muchas cosas de por medio. En primer lugar, se iba uno de los muchachos que había sido más querido y respetado por los profesores y alumnos del colegio. Amigo de todos, no era raro verlo conversar por los recreos con grupo, con otro, o con alumnos de diversos años. Tampoco era raro verlo conversar a las salidas con profesores a quienes siempre consultaba cuestiones propias de las materias, especialmente en ciencias, en las que Bamby destacaba y sacaba las mejores notas. Conmigo, ni hablar. Fue siempre buen compañero y en la clase, no pocas veces me ayudó a resolver uno que otro difícil ejercicio de Física o Matemáticas. En los recreos, buenos consejos me daba, especialmente los del corazón, porque siempre tuve problemas. La ventaja era que entre él y yo, había una amistad muy especial, sin desmerecer a los demás del grupo, por supuesto. Y es que el estudiar en el mismo salón, vivir todos cerca a La Victoria y conocer grupos de chicas de condición parecida a la nuestra, había sido el motor de la relación que todos llevábamos desde hace ya un buen tiempo. Reconozco que en el barrio fue siempre amigo de todos y, lo más importante, fue siempre un elemento conciliador y consejero de todos los problemas que se presentaba. De manera desinteresada y abierta, franco y leal como pocos. Es que, en el período de la adolescencia, cuando uno busca más respuestas a todo lo que le pasa, uno necesita un buen amigo y, a veces, lo encuentra. Pero yendo más allá de este asunto, al viajar Javier al extranjero, se propondrá concretar muchas cosas que quizá aquí, no las podría lograr tan rápido. El nos ha dicho siempre que quiere estudiar medicina y, pienso que en

Europa, ésta debe estar avanzada. A los genios hay que darles la oportunidad y, si se la ponen en bandeja, como en este caso, creo que deberá partir. Sus padres siempre han sido muy buenos con él. Ellos han sido siempre comprensivos y se han preocupado por atenderlo, educarlo y saber sacarlo adelante, y no es para menos, porque Javier, a pesar de sus estudios, de ser buen compañero y amigo en el barrio, siempre ha tenido tiempo para su familia. Siempre su madre ha dicho que es un buen hijo. Claro, tan cariñoso y mimado como es él, debe ser difícil para sus padres saber que está partiendo, como lo es para nosotros, pero tenemos la esperanza, que algún día, tendrá que regresar. Yo puedo decir que también persigo todo eso, al igual que Bronco y Espidy. Aunque no paramos mucho por la casa, por estar “lateando”, tenemos los tres una familia que siempre nos apoya. Claro que muchas veces hemos hecho cosas indebidas, quien sabe por traviesos, y no pocas veces hemos sabido salir de buenas reprimendas, quien sabe por traviesos, y otras veces hemos estado juntos en la buenas y en las malas, por traviesos también. Como lo que pasó en el accidente que tuvieron Bronco, Bamby y Espidy, por querer pasar un puente contra el tráfico por la madrugada. Felizmente yo no estuve allí, porque se me hubiesen puesto los pelos de punta, yo no sirvo para eso, pero son cosas que uno las recuerda y que las recordaremos, porque sirvieron para corregir errores y enmendar conductas que, quien sabe, sean pruebas que Dios nos manda. Cada quien se convierte poco a poco en “arquitecto” de su propio destino y, dirige su alma a la salvación o a la perdición. Esa alma, de la que hablo, sin esperar parecer muy metafísico, es aquella que nos hace siempre avanzar hacia nuestro desarrollo inexorable por la vida. Veamos a Bamby no más. El tiene un alma buena y noble, porque también les diré que hay cada persona. Y creo que todos nosotros también, siempre apuntamos ahora a seguir ejemplos y virtudes que hemos podido ver en otros, que siguen en este plano o que ya han partido a la eternidad. Y, el complemento de esa eternidad en esta vida, siempre lo he pensado, como Bamby también, que es el amor. Nunca me

ha gustado entrar en mayores detalles con respecto al tema. Pienso que Bronco es más estable en su relación sentimental con su enamorada Luz Marina. Llevan juntos mucho tiempo y, lo que pasó en Independencia, después del accidente que los mandó al hospital, hizo que Luz Marina se preocupara más por él y con razón, porque lo adora. Así son los amores de la adolescencia, fuertes, cargados de emotividad y, a veces, de pasión. Espidy más bien en ese aspecto no es así. Pienso que es mucho más inestable o que no le interesa. O le interesa, pero la “pinta” no le ayuda, porque tiene cara de ratón. Pero esto lo digo al margen de los comentarios y del apodo que le han puesto, porque nunca es bueno ver los defectos de otras personas. Como amigo es también muy bueno, siempre comparte y solía ser travieso, pero como que con lo del accidente, ya también ha puesto los pies en la tierra. Desde luego que la persona que siempre ha tenido los pies bien puestos en la tierra, y ha sido siempre un enamorado, aunque nunca lo haya exteriorizado, es Bamby. Me contó que después del accidente, cuando estaba en el hospital, Rosa Inés, la chica que siempre le gustó y quien por un malentendido lo cacheteó, pero suavemente a palabra de él, por la oscura intención que tenía por besarla, fue a visitarlo y allí se portó muy cariñosa y le dio su afecto. Es a partir de entonces que se han empezado a frecuentar, lo cual siempre me pareció muy bien. Es que comprender a Bamby, en ese aspecto, debe ser difícil. Tiene poco tiempo y es bastante serio, además pareciera a veces que es bastante frío. Los hombres inteligentes son calculadores y Bamby no es la excepción. En él predomina lo intelectual, lo mental, en cambio en Bronco, a pesar de sus rasgos de líder, pienso que predomina en él más el corazón, el sentimiento, él es más emotivo y será por eso que se siente más unido a su amor. Espidy, creo que es una mezcla de todo, pero su problema está en la voluntad. O bien ha sacado algunas raras costumbres que las ha traído del otro lado, porque siempre se ha dejado influenciar por lo físico, lo denso; pero encerrando en un círculo a estos buenos muchachos, podemos decir que siempre han respondido a las exigencias de la

edad y del grupo, porque es cierto que a esta edad, se suelen hacer cosas un tanto irregulares. No creo que eso sea una tesis, sino que es una realidad. Los jóvenes estamos acostumbrados a estudiar, o a trabajar, o hacer deporte, o a divertirse o a enamorar. Eso es algo normal, lo difícil es equilibrar todas esas situaciones.

Ya nos hemos sentado los cuatro en la mesa. Espidy abrió las latas y sirvió un poco de cerveza para todos, en los vasos que Bamby había traído. Nadie se había animado a insinuar por otra partida. Fue como ponerse de acuerdo, para que Bamby sintiera, que esa noche, él era el ganador. A pesar de su partida y, la tristeza que entró en cada uno de nosotros, no se podía tampoco tomar eso, como una decepción. Era el futuro de Javier y, sus éxitos, serían, en parte, nuestros.

-Somos tus amigos –le dijimos-. Lo bueno que logres, nos alegrará.

-¡Salud! –dijo Bamby, quien había levantado su vaso, en señal de esperanza y buen augurio. Todos levantamos el nuestro y tomamos un sorbo inicial. Era difícil y prematuro decirle adiós y mucho más, hacer de ese momento, una despedida. Nunca queremos decir adiós, y menos a los que se van. Pero que quede claro que esta noche, aquí y ahora, nos quedaremos junto a él, conversando, tomando, quizá jugando, aunque sea hasta el amanecer. No importa, quizá después, ya no lo podamos hacer...

Capítulo I

He recordado ese primer lunes de abril, cuando su madre lo despertó y le dijo: “levántate, que tienes que ir al colegio”. Soñoliento y arrastrando el largo pijama, caminó hacia el baño. Tomó el cepillo de dientes, sintió el agua helada que golpeaba su rostro, buscó la toalla y, aunque eso lo despertó, no podía evitar esa extraña sensación: tenía que dejar por primera vez la casa, para llegar a un colegio de primaria. Al regresar a su alcoba, vio sobre la cama el uniforme nuevo, que su madre había comprado y planchado. Se colocó lentamente la camisa blanca, el pantalón plomo y, al verse con zapatos negros, nuevos y brillantes, no se dejó ganar por la nostalgia y la tristeza. Bajó las escaleras y después de desayunar en esa pequeña cocina, donde siempre miraba a su madre, tomó la pequeña mochila, donde había colocado sólo algunos cuadernos. Su madre le dijo: “vamos Javier”. El, la tomó de la mano y al salir de casa, recorrieron juntos el parque universitario. Su paso era lento, pensativo, el frío que sentía golpear su rostro, lo encogía. Al cruzar Independencia, su temor iba en aumento; sabía que iba llegando el momento de la corta despedida, frente a un coloso que le deparaba lo inesperado, pero, algo lo animaba: hacía muchos años, su padre había pasado lo mismo. Recorrieron en pocos minutos la corta avenida, vio un desfiladero de pinos que aparecían más altos, avisoraba una hilera de muchachos que ingresaban por las puertas laterales del colegio. Cuando llegaron a la puerta principal, su madre vio que había perfecto acceso y se despidió de él. El breve adiós que le dijo, después de darle un beso en la mejilla, no lo entristeció. Empezó a caminar lentamente ante esa entrada interminable, donde sobresalía la estatua de San Juan y sobre el dintel de la

puerta, unas letras que no descifraba, porque aún no leía, hasta que llegó a la Secretaría, donde un hermano de sotana negra, lo recibió y le dijo: “tú debes ser de Primer grado”. Lo acompañó hasta los jardines, donde vio algunos padres de familia y varios niños llorando, rostros de algunas madres preocupadas, de profesores que lo miraban pasar en el vaivén de alumnos de primaria y secundaria. Había perdido la noción del tiempo, todo era nuevo, ingresaba al colegio de su padre, quien en reuniones familiares, relataba muchas veces sus experiencias pasadas. Era ese colegio que lo vio crecer y que a él también lo acogería. Un colegio de triunfos, un colegio de muchachos dignos y sanos, de muchachos serios que se formarían por la senda del estudio y del trabajo, que llevarían con el tiempo la bandera del éxito en la sociedad, un colegio donde Javier sabía que pasaría una buena parte de su vida y del que esperaba, aunque todavía pequeño, que no lo defraudara. De pronto escuchó la canción de un disco y, encontrándose ya en el patio, vio cómo todos los compañeros se desplazaban a sus filas. Era la hora de formación. Buscó su fila. Una profesora se acercó a él, con una tablilla donde tenía algunos papeles y un sujetador de lápiz. “¿Cuál es tu nombre?”, le preguntó. “Arredondo, Javier Arredondo señorita”. Le dijo: “eres de la sección “A”, de primer grado”, y lo colocó en una hilera de niños que miraban a todos los extremos, tratando de identificar los ambientes del colegio. Los campanazos de avance, siguieron al discurso del Hermano Director y de algunos profesores que hablaron desde el segundo piso. Desde esa perspectiva, las secciones de Primero de secundaria, estaban formadas al lado izquierdo y, las de Transición, al otro extremo, al lado derecho. Después la ceremonia continuó con el izamiento de la bicolor y escuchó las notas del himno nacional. El quedó callado, almacenando en su memoria, aulas, pasadisos y jardines que jamás olvidaría, aunque en el fondo sospechara, que las aulas de Transición, estaban aisladas. Después del protocolo, avanzaron las filas al ritmo de una marcha, que se escuchaba desde los autoparlantes, y al llegar al salón de clases, la señorita “Catalina”, quien sería su nueva profesora,

los ubicó. Era un salón amplio, el primero del primer piso del pabellón de primaria. “Recuerden sus números”, les dijo, después de tomar lista, y él, supo que era el número tres, después de Angulo y Aldázar. Una vez tomada la lista, ubicados y sentados en esas pequeñas carpetas para dos, las clases comenzaron con una pequeña explicación, primero de la profesora y después del Hermano Jaime, quien ingresó al salón para dar la bienvenida a los pequeños. “No pueden defraudar al colegio”, les dijo. La disciplina y el estudio eran los pilares y los valores más importantes que habían sostenido la buena imagen, el prestigio y la reputación de ese colegio, por cuyas aulas pasaron, grandes hombres de negocio, empresarios, profesionales de todo tipo y hombres que eran toda una institución en la sociedad y Javier, por su padre, lo sabía. Ese día los recreos fueron prolongados, en ese campo con pasamanos, resbaladeros y arquitos de fútbol. Dio muchas vueltas alrededor, caminando, a veces corriendo, reconociendo el terreno, con las manos en los bolsillos, esperando el paso del tiempo y, el campanazo de salida. Cuando lo escuchó, después del mediodía, se sintió menos tenso. Tomó sus cosas y la profesora, antes de colocarlos en fila para la salida, les hizo rezar un Padre nuestro y un Avemaría. Al salir, vio a su madre esperándolo en el mismo lugar donde lo dejó. Ella lo recibió con cariño, le dio un beso en la frente y le ayudó con su mochila. Caminaron de regreso a largos trancos por la avenida Universidad y el parque universitario. En el trayecto, se encontraron con su tía Edelina, hermana menor de su padre, quien al verlo, lo abrazó, lo cargo y le dijo: “Bamby, con ese uniforme te ves bonito. ¿En qué colegio estás estudiando?”. El la miró y le dijo, risueño: “tía, soy de La Salle”.

Estaban por ingresar a Quinto la mayoría, creo, ese año cuando los “Pololos” ganamos reputación en la ciudad.

-Bronco, ¿verdad que suena bien?, ¿verdad que el nombre suena bien?

Bronco saca un cigarillo de su chaqueta negra de cuero, enciende un fósforo e inhala. Queda pensativo.

Fernando Lovera Fernández “Espidy”, no se caracterizaba precisamente por ser promotor de la iniciación del grupo junto a Bronco, Twicky, Panorama y otros, sino por ser el más excéntrico en el uso del verbo.

Según cuentan, en una de las primeras fiestas a la que asistieron los de La Victoria, el padre de la quinceañera, se le acercó, al notar que había llegado con saco, corbata, pero con zapatillas.

-Y tú, ¿Cómo te llamas?

-Fernando –dijo.

-¿Y de dónde eres?

-De La Victoria, señor.

-¿Y con quién vienes?

-Con “Los Locos de la calle Polar”

De allí nació la contradicción del nombre y, Los Locos de la calle Polar, la arteria que cruza el distrito de La Victoria y bastión del grupo, pasaron a llamarse “Pololos”.

Loverí había llegado por primera vez al barrio, con un sombrero grande color negro, que se lo regaló una tía que llegó de México ; un polito algo descolorido y pantalones anchos. Su padre, hombre robusto pero “chato”, ingeniero mecánico de profesión, tenía bigotes y su rostro bronceado por el sol, mostraba a una persona de trabajo. Su madre, blanca, delgada, mujer sencilla pero cariñosa, le daba siempre besos y lo abrazaba. “Qué bonito eres”, le decía, pero eso sólo se lo creía él, porque el joven delgado, bajito y con cara de ratón mexicano, llegó un día al distrito, a ocupar lo que hoy es la segunda casa a la

entrada del parque Universitario, sacando cien bultos que traían en una pick up desde Miraflores.

Se dice que decidieron mudar, por la constante preocupación de tener que lidiar con pandilleros en la zona, quienes, aprovechando la falta de vigilancia policial, rompían lunas, pintaban las paredes del vecindario con spray, tomaban, fumaban, mataban perros a balazos y hasta desmantelaban carros por la noche. A pesar de ésto, los padres más se habían preocupado en la mudanza, no por las pérdidas materiales que les habrían causado los muchachos de la noche, tanto a la residencia como al negocio, un taller de mecánica en el garaje de la misma casa, sino porque Espidy, ya a esa edad, parecía haber perdido las buenas costumbres.

Al principio nos tenía miedo. Pasaba de vez en vez apurado, como queriendo reconocer terreno para prepararse a la batalla. Nosotros, desde el “bunker”, una plataforma metálica que controla las redes de electricidad del distrito en el parque Central, le mirábamos.

-Cómo no lo matamos-dijo Panorama-. ¿Verdad Bronco que le pegas?

-Uf, lo hago leña de dos patadas –dijo Bronco, presumiendo-. Vamos a esperar que regrese a ver qué ondas trae.

Bronco mandó a Panorama a la esquina, para que avise a ver si llegaba. Twicky lo miraba y se le caían los lentes maquinando lo que Bronco tenía entremanos. Las manecillas del reloj se movieron y Panorama gritó:

-¡Ya viene! ¡Ya viene! Está solo.

Bronco se paró, apagó el pucho de su cigarillo, se arregló el cinto, sacó su peine, lo pasó rápidamente por las greñas y caminó.

-Ustedes esperen y si se pone “mosca”, saltan murmuró.

La sombra de Bronco se desplazó en diagonal para cortar el trayecto del foráneo. Cuando chocaron en la intersección de Gómez de la Torre con Chile, el rostro exitado de Bronco lo miró.

-Un momentito forastero –le dijo, acercándose-. ¿De dónde vienes?

Espidy no lo reconoció, pero por el tono de voz pensó: “ésto es una ‘cuadrada’”.

-No tengo por qué decírtelo –murmuró Espidy.

-Entre los hombres no hay secretos –dijo Bronco-, ¿o eres maricón? Anda, dime.

El tráfico por la avenida era calmado. La luz que irradiaba un coche a lo lejos, bañaba a Espidy con la sombra de Bronco y cuyo rostro por la oscuridad no distinguía.

-Vengo de la casa de una chica –exclamó Espidy-. Pero no la encontré. Nada que te importe tampoco –balbuceó.

-¿Y se puede saber dónde vive esa belleza? – preguntó Bronco.

-Sí, en Venezuela, en la cuadra cuatro: ¿quieres el teléfono también?

Bronco volvió el cuerpo, lanzó un silbido, hizo un movimiento con la mano, moviendo el dedo índice y fuimos los cinco.

-Muchachos, dice aquí nuestro amigo que fue a buscar a una “chica” – exclamó Bronco, mirándonos-. No sabe que éste es nuestro territorio.

-¿Territorio? –preguntó Espidy, mirando al grupo, algo asustado y tratando de cambiar el tema. Las orejas se le pusieron rojas y se le miraba cara de espantado. Panorama se puso al frente. Yo traté de detenerlo poniendo mi mano sobre su hombro, pero con la suya sacó la mía. Pensé: “ahorita lo matan”.

-¿No sabes que somos de aquí? – dijo Panorama, algo exaltado-. ¿No sabes que éste es nuestro territorio?

Espidy se asustó. Recordó las palabras del Mapache :”son unos desgraciados”.

-Seguro que se ha ido a meter a la casa de Toty Zegarra- exclamó Twicky. Esa es una “pendeja”.

-Seguro que sí –afirmamos los cinco.

-Un momento –dijo Bronco-. Vamos a confiar y vamos a dejar que hable, pero como nos mientas, te “reventamos” a patadas...

Espidy pareció aceptar humildemente, no tenía otra salida.

-¿Cómo te llamas?

-Fernando –dijo.

-¿De dónde eres?

-De Miraflores. Del mismísimo barrio de San Antonio, pero ahora vivo en Universidad.

-Muy bien, muy bien. Dinos ahora cómo se llama tu hembra.

-Todavía no tengo –dijo Espidy-. Pero quizá después.

-¿Y en qué colegio estudias?

-En el Salesianos, por ahora, pero éste año mi papa quería pasarme al San José.

-¿Al San José? –preguntaron varios.

-Pero voy a ingresar a La Salle.

-Ah, eso está mejor – insinuó alguien. De pronto divisamos a una cuadra dos sombras caminantes acercándose. Eran Paquimbo y Chalo, trayendo una bolsa con agua gaseosa y una botella bajo el brazo. Llegaron, se acercaron, nos saludamos y miraron asustado a Espidy y exaltado a Panorama.

-Qué pasa – dijeron.

Y Bronco interrumpió:

-Les presento a Fernando – dijo.

-Espidy, para servirles –susurró, tendiéndoles la mano.

-Espidy ¿qué? – preguntó Chalo, mirándolo.

-Espidy, ese es mi sobrenombre de barrio – contestó.

Bronco lo miró y le dio una palmada en el hombro. Dijo:

-Después de todo me has caído bien. ¿Te gusta el “corto”?

-Más o menos – contestó.

-Entonces vamos al bunker, que hay bastante trago por mezclar, pero si falta, te pones dos más.

Espidy asintió. Se abrió frente a él, el camino a ser Pololo...

En ese tiempo, cursaba el Tercer año de secundaria, en el Salesianos, y vivía con mis padres en una amplia casa, que habíamos adquirido en Miraflores, en la tercera cuadra de la calle Moquegua, perpendicular a San Martín y cercana al parque “San Antonio”. Mi padre me contó que antes, había trabajado por un tiempo, en un lubricentro que quedaba en Mariscal Castilla. Esto cuando era joven y por las noches, asistía a las clases del Programa de Ingeniería Mecánica de la Universidad Nacional de San Agustín. Según lo que me dijo, un día que había llegado con unas copitas demás, que se las tomó en la inauguración del Colegio de Ingenieros en la avenida Independencia, nunca había sido muy estudioso, e incluso había resultado un zamarro, porque en esa época, se independizó y vivía solo con un amigo, en un departamento que alquilaron en Mariano Melgar. Pero cuando conoció a mi mamá, de manera casual, en un baile de la universidad, las cosas cambiaron. Se enamoró de ella, y como había abandonado a mis abuelos por el carácter difícil que tenían, decidió casarse. Mi madre le dio el apoyo necesario, y aunque no ganaba mucho, era suficiente como para sostenerse y solventar los pocos gastos de la universidad. Cuando se graduó de ingeniero, se mudaron a Miraflores y allí nací yo. La casa que fue levantada con mucho esfuerzo, si bien es cierto tuvo al principio sus inconvenientes, porque sólo era de una planta y tres ambientes, permitió que mi padre empezara a trabajar de manera independiente, ya que el garaje de la casa era amplio y mi padre no dudó con el tiempo, en empezar a implementarlo, para convertirlo en taller, cuando llegamos éramos una de las primeras familias en la cuadra, pero como Arequipa creció enormemente en la década de los setenta, entonces cuando cumplí diez años, la cuadra estaba por demás toda construída, y fue por esa época, que los chicos del barrio nos empezaron a conocer de manera fortuita, entre juegos y partidos de chiquillos que se organizaban en plena pista, apartados por dos bloques de sillar que se colocaban a la entrada

de la cuadra, para impedir que algún vehículo ingresara. Esos partidos interesantes, en los que se metían autogoles, goles de choque con pared, de huachita o con empujón y todo, eran material de arduas discusiones, porque la cancha era improvisada y se hacían los arcos colocando ladrillos, de manera que cuando alguien pateaba, con la fuerza del balón, muchas veces se tambaleaban y eran causa de disgustos y hasta peleas por saber si los goles eran legítimos. Pero los partidos eran largos, incluso a veces formábamos tres equipos, y aunque nos ganara la penumbra, por lo general no los terminaban. Lo que sí, cuando pateaban fuerte y la pelota se elevaba, chocando en alguna de las ventanas de las casas aledañas, entonces tenían que terminar. Nos daba miedo, porque los vecinos salían a reclamar. Un día el Chocho metió un puntazo y quebró una luna. Salimos todos disparados en bandada y, como era de noche, nadie se percató de quién se trataba. Al día siguiente, cuando regresamos a jugar, don Horacio nos esperó en la puerta, agarrando un pastor alemán con su cadena, y nos amenazó con soltarlo si seguíamos insistiendo. Entonces desde aquella vez, tuvimos que ir a jugar al parque San Antonio, que era grande, pero que como estaba descuidado, con el correr levantaba una polvareda, y entonces, al regresar a casa, llegábamos con el pelo y las medias blancas. En ese plan estuvimos buen tiempo, hasta que Chocho dijo que teníamos que jalar más gente, porque la verdad, en ese descampado, parecíamos más una tira de loquitos desatados, que un equipo de fútbol. Así que decidimos llamar a un vecino mío a quien de cariño le decían el “Mapache”. Así que lo sacamos al Mapache un día de semana. “No juego con crías”, nos decía, porque era cuatro años mayor que yo, pero nosotros lo animamos: “quédate aunque sea en el arco, o si quieres de árbitro, todo eso menos de aguatero” Y fue. No era muy bueno que digamos, pero se defendía y, con el tiempo, cuando aprendió a jugar mejor, hasta sacaba a la gente temprano, los sábados por la mañana. El vivía a dos casa de la mía, una de color verde humo, con rejas a la entrada y jardines a los costados. Su casa tenía tres niveles a diferencia de las otras, con dos

cuartos para la servidumbre, garaje para el coche y dos tiendas en el primer piso, donde su padre, con el tiempo, puso una funeraria y un negocio de venta de lápidas y lo puso a trabajar. Por lo general, se quedaba solo en su casa, ya que sus padres trabajaban en la metrópolis y llegaban pasado las ocho de la noche, de manera que el condenado tenía tranquilidad necesaria para disponer de la casa como quisiera y hacer fechoría y media. Pero se aburría en el primer piso, viendo televisión, jugando cartas o vaceando el refrigerador, así que una vez que lo encontré en la tienda, justo cuando llegaba del colegio, me confesó que se había conseguido una enamorada, una chiquilla de Tercer año de los Sagrados, a quien recogía y llamaba todos los días. Desde esa vez no volvió a salir con nosotros, ya no quería pasar por el parque y se le miraba más a menudo atendiendo en la tienda. Y con razón, porque como era gastador y como complacía a la chica en todos sus gustitos, sólo trabajaba para eso. Pero de mí no se alejó. Yo ya estaba terminando Tercero cuando él empezó con esa chica. Una vez me vio pasar un sábado por la tarde y me preguntó qué iba yo a hacer. Le dije que me iba a la casa de Gonzalo, uno de mis amigos. Me atajó, me dijo que lo acompañara a Sucre, a la casa de su enamorada. Me dijo que ella iba a estar allí con sus amigas y que me las presentaría a las muñecas para salir, o dar una vuelta. Le dije que aceptaba pero que en ese momento, no tenía dinero para salir. El Mapache me dijo que no me preocupara, que él correría con todos los gastos. Le dije que mejor me iba donde Gonzalo, porque le iba a ocasionar una molestia, pero nuevamente me insistió. “No Espidy, vamos, me dijo. Yo sé lo que te digo, no me puedes defraudar, a lo mejor me ayudas con la suegra, para que le dé permiso”. Y me convenció. Esa vez no me había peinado ni me había sacado el frasco de colonia que estaba en el cuarto de mi padre, pero estaba algo presentable. Al salir ambos del barrio, bajamos por La Paz y allí compramos unos chicles. El Mapache pidió unos “sublimes” para llevárselos a las chicas. Allí mismo tomamos línea seis, en el paradero de don Bosco y, después de recorrer el centro, bajamos en las siete esquinas, no caminamos mucho y a la tercera

casa de la bajada, el Mapache, quien se había acercado a la puerta de entrada, tocó el timbre. “Ahora sí que te ganaste”, me dijo dándome una palmadita por la espalda. De pronto se abrió la puerta y salió una chica con “mini”. “Está buenísima”, pensé. Y el Mapache me dijo: “pasa, que estás en tu casa”.

La penumbra de la noche había caído y, estoy casi seguro, que junto a ella, Luz Marina había pensado en mí. Mejor diré que soy yo, quien había estado pensando en ella. Sí. La primera vez que la vi, bajando del auto de su padre, es algo que lo recuerdo claramente. Fue esa la primera vez. Era un sábado por la noche. Habíamos invitado a un buen número de chicas del Sagrados, a la fiesta que había organizado uno de los del grupo que vive por Jorge Polar. Puedo recordar claramente el instante que la vi. Yo había llegado vestido de “sport”, casi de manera improvisada. Ella, había llegado con su padre, quien se estacionó en una de las bermas laterales de la corta calle, que estaba intransitada a esas horas de la noche. Luz Marina había llegado sola, sin sus hermanas, y estoy seguro que sería una de las primeras fiestas a las que asistía y que en ningún momento se le ocurrió pensar que se encontraría conmigo, o mejor, que me conocería. Al bajar del auto con su padre, quien la llevó hasta la puerta, yo acaso pude verla. No la distinguí bien, porque estaba a una distancia prudente y además, porque el alumbrado de la calle no es suficiente. Estaba vestida con un bonito vestido Amarillo, reluciente, elegante. En el ambiente, adentro, como siempre, al ingresar, yo me había acercado a los chicos del barrio, que estaban mirando a un costado de la sala, a todas las chicas que llegaban. Cuando la vi entrar, mi cuerpo se estremeció y sentí algo especial que no puedo describir: ¿o es que ya me gustaba? O acaso me daba cuenta que era yo quien empezaba a sentir dentro de mi corazón algo que me animaba. ¿Pero no era cierto que todos, de alguna manera, empezábamos a despertar en el preludio de la adolescencia, eso que se llama amor? Sé que eso no fue una fantasía, y, que en medio de todo ese encuentro inicial de grupo y de chicas, era

una vivencia inolvidable que se iba cristalizando en un acercamiento, a pesar del natural recelo. Y si era así, ¿por qué lo pensaba tanto, antes de acercarme a ella? Mis amigos me dijeron que lo hiciera, pero yo no les hice caso, al principio, porque todavía el sonido del equipo de música era bajo, pero pronto subió y, cuando empezó a subir más, la vi sentadita, esperando que alguien la saque a bailar. Y me acerqué y la saqué a bailar, y le pregunté muchas cosas al oído, mientras nos movíamos al ritmo de la música y yo también le conté muchas cosas que salían en el momento, pero cuidando mi imagen, tratando de darle la mejor impresión y sin que supiera por el momento, que me gustaba, porque de lo contrario, yo sabía que las cosas podían salir mal. Ya me había dicho Twicky que no me apresurara. Que las cosas que se hacen improvisadamente en el campo del amor, salen siempre mal. Y yo le hice caso. Yo sabía que no tenía por qué apresurarme. Ella se hubiese podido resentir o inhibir si, de un momento a otro, le decía que me gustaba y que quería estar con ella.

Capítulo II

“Ni te juntes con ellos, que son unos desgraciados”, me dijo el Mapache, y como siempre lo decía en tono serio, entonces yo le creía. Yo tenía un amigo en “La Negrita”, que vivía en la primera cuadra de Argentina, junto al parque “San Martín”, que sólo está conectado por un callejón con República de Chile, y por otro parque chiquito que desemboca en Venezuela. Usualmente bajaba a su casa los sábados por la noche, generalmente cuando no tenía algo que hacer, cuando los amigos del barrio habían salido con chicas o cuando iban a matar el tiempo con algo de tomar. “Hoy hay del bueno”, me decían, y yo, como por inercia, desaparecía temprano, bajando por la avenida San Martín, volteando por Mariscal Castilla y caminando ocho cuadras, pasando por la iglesia de Azángaro, el Canal 6 de televisión y el estadio Los Palitos. Cuando llegaba a la primera cuadra de República de Chile, bajaba de “fresa” pasando por el parque Central, donde siempre veía Pololos de a grupos, caminando alrededor del parque, conversando en una especie de bunker o dando vueltas en automóvil. Yo no los conocía, pero cuando los veía, recordaba al Mapache, y entonces aceleraba para ganar un trotecillo en la bajada, mientras por dentro pensaba: “no vaya a ser que aquí me agarren”. Cuando llegaba a la casa de Gonzalo, me sentía más tranquilo. A pesar de estar en un barrio que no era el mío, Gonzalo, trataba siempre de darme confianza. “Son Buenos ‘patas’, me decía-: algo borrachitos y pelincos pero nada más”. Pero yo no le creía, y cuando me acordaba del Mapache, me daba miedo, como me los pintaba de forajas, entonces cualquier cosa podía ocurrir. Mas cuando estaba con Gonzalo era diferente. Siempre me invitaba a pasar a su casa, a su sala, donde tenía un

equipo de música que prendía y nos poníamos a escuchar, a conversar de una que otra chica, a tomar un vasito de Coca-Cola, a pensar qué fiesta se venía, porque en ese tiempo, salía con él una vez por mes, ya sea al cine, a visitar una chica, a tomar un helado al Astral o comer una salchipapas al Granada, pero de allí no pasábamos, porque Gonzalo siempre se caracterizaba por ser un chico de su casa, dedicado al estudio y al deporte. Mas cuando lo buscaba y no lo encontraba, entonces miraba cuadritos. Porque a veces, como no tenía teléfono, no podía avisarle que le iba a caer, entonces se salía los fines de semana con sus amigos del colegio. Usualmente pasaba a buscarlo al atardecer, ya cambiado, peinado y, cuando se presentaba la oportunidad, oliendo un poco a la colonia que sacaba del cuarto de mi papá “por si las moscas” . Entonces cuando llegaba a su casa y salíamos, sentí con él la emoción de perseguir chicas por el centro, de sentarnos en la piletita de las Galerías Gamesa e incluso fumar un cigarrillo para no pasar desapercibidos. Pero si cuando iba a buscarlo, no lo encontraba, ni modo, tenía que regresar al barrio y volver a pasar por el parque Central; tenía que acelerar el paso nuevamente por Chile y recordar las palabras del Mapache; y cuando comenzaba Mariscal Castilla, para subir por San Martín, ya sabía cual iba a ser el final de la noche: quedarme a conversar con el Mapache en la funeraria, tomando un cafecito o jugando una partidita de cartas, o salir con el grupo al parque San Antonio a esperar la caída de la noche para “matar” el frío, pues el local de la funeraria era tibio. Tenía cuatro focos fluorescentes que estaban perfectamente ubicados para alumbrar los cajones en fila; y como todos los cajones eran de Madera, el piso estaba alfombrado y los fluorescentes estaban encendidos toda la noche, entonces el frío era lo de menos y el problema era el Mapache. “Siéntate acá”, me decía, y me alcanzaba una silla, y la ponía junto al mostrador donde jugaba “solitarios”. Cuando me sentaba y me decía “cómprate una chapita” y me daba una botella de cerveza y cinco soles, ya sabía que nos íbamos a quedar a tomar. “Sólo una”, me decía, y al principio, yo le creía, pero cuando la última vez nos tomamos entre él y yo una

docena, ya no me quedaron ganas para regresar. “No te enojés, la vida hay que gozarla, hay que vivirla como es”; y por eso, hay que ver cómo destapaba las botellas, daba miedo. Les juntaba los picos y las elevaba, para después con fuerza chocarlas contra la mesa. Entonces una de las chapitas volaba, y con la presión del golpe, el líquido rebalsaba: ponga usted el dedo para que no salga, y nada; de manera que en menos de una hora, la mesa estaba convertida en un charco, que secaba con un trapito con el que sacaba el brillo a las lápidas. Antes sólo me invitaba un traguito y conversábamos largo y tendido, y me contaba las historias de su vida y del colegio. Cuando pronunciaba “Luz Marina”, el nombre de su enamorada, ya allí no había vaso, se “mandaba” de frente de la botella y, cuando ya estaba medio “picadito”, no era raro verlo con la camisa o la casaca mojada con la cerveza que se le rociaba de los bordes de la boca. Yo siempre trataba de calmarlo, “no tomes mucho”, le decía, pero él, nada, nunca hacía caso, y el que pagaba el pato era yo, porque tenía que hacer seis y siete viajes a la tienda, ya que sólo tenía dos botellas, que cuando estaba tranquilo, duraban una hora, pero que cuando tenía sed, no duraban ni diez minutos. Pero, para mi suerte, pocas semanas después, agarró la modalidad de la música “pesada”. Con la gratificación que le pagó su padre por Fiestas Patrias, decidió comprar un mini-componente, de esos baratitos no más, de los que vendían en “Siglo XX”, y hasta lo animé a que coleccionara esa música, en vez de gastar toda la plata en cerveza. Esa fue una buena idea, porque cuando lo visitaba y ya lo encontraba medio tomadito, entonces le decía: “ponte una de heavy” y, hay que ver como bailaba. Los primeros meses se aprendió de memoria la letra de varias canciones y hasta se animó a comprar una guitarra eléctrica, pero me pidió un consejo sobre ésta, y yo le dije que mejor se compre una batería. Y no se compró ni la guitarra ni la batería, porque con el sueldo que recibió en abril, se fue a bailar a la discoteca “Papillón” ese fin de semana y hasta me pidió que lo acompañara, pero con las últimas que tuvimos en la funeraria, ya mis papis no querían darme permiso y, mi padre, pensando que todos eran como el Mapache,

me dijo que no me juntara con los de Miraflores, y que si seguía insistiendo en lo mismo, nos mudábamos y nos íbamos todos del vecindario. Así que eso me tenía “seco” y por un tiempito sólo nos veíamos de pasada o lo llamaba por teléfono. Pero a pesar de todo era un buen amigo, porque nunca me pedía plata para satisfacer sus vicios, y porque cuando había algún problema, me sacaba fácilmente de un apuro, aunque después, por lo general, su actitud me dejara desconcertado. Era pues, muy difícil descubrir lo que llevaba dentro de ese cuerpo que, a veces amanecía solitario, entre lápidas, frazadas y cajones.

Para llegar a La Victoria, desde el centro de Arequipa Metropolitana, hay que tomar Mercaderes –la calle céntrica más conocida-, que se convierte en Paucarpata saliendo del área monumental, y después hay que subir por Independencia.

La “ciudad blanca” como se le conoce a Arequipa, está situada bajo las faldas de tres volcanes: el Misti, el Chachani y el Pichu-Pichu, en la cadena occidental de los Andes peruanos.

La ciudad, rica en tradición, conserva su atractivo turístico, no sólo por lo bello de los paisajes de su campiña, sino por lo bien conservado de su arquitectura colonial que tiene un sello de gracia, frescura y riqueza atractiva al turismo. La arquitectura de la ciudad, que encanta sin causar sorpresas, es parte de la tierra misma, ya que las construcciones son de sillar –piedra volcánica de construcción-, color blanco.

La entrada principal a La Victoria es por Universidad, la calle que corre paralela al parque Universitario y a la Facultad de Filosofía de la Universidad de San Agustín otrora Facultad de Letras, de donde han salido con el tiempo, excelentes hombres de leyes, juristas, abogados. El distrito se abre en la segunda cuadra, bifurcándose Universidad para llegar por la derecha a “La Negrita” y por la izquierda juntarse con Jorge Polar. Por Jorge Polar se llega al

parque Central, que parece ser un óvalo rodeado de casas. Aparece con bancas en medio de árboles ya grandes, principalmente pinos y algunos cipreses plantados hace muchos años por los primeros residentes. Cruzan al parque las avenidas Chile y Argentina, donde los hermanos países han erigido bustos en honor de los generales O'higgins y San Martín, respectivamente. Durante años presenciamos ceremonias de homenaje dadas por las autoridades de los consulados en Arequipa y felizmente no han quedado prácticamente en el olvido, porque a veces nos olvidamos con el tiempo, de los hombres que lucharon por patrias libres sin opresores ni oprimidos.

Las zonas residenciales que fueron paulatinamente desplazando campos de sembrío, dieron nacimiento al distrito, donde llegaron al principio familias jóvenes de clase media y algunas acomodadas. Con el tiempo, un buen número de crías crecieron jugando en los parques que en mis tiempos, se convirtieron en forzados centros de reunión nocturna. Sí, la plataforma metálica que controla las redes de electricidad, a la que llamamos “bunker” o “estufa”, se convirtió en el punto central de reunión del grupo y en el foco de atención de la ciudad, por los desmanes que hacían y cuyos comentarios corrían de boca en boca. El distrito que pudo estar controlado por las autoridades del lugar, poco a poco fue ganando independencia con el ir y venir de decenas de jóvenes que eran dueños y señores del distrito, al punto tal que miembros de otros grupos de la ciudad, necesitaban “tarjeta” para pasar.

Espidy fue uno de ellos. Desde aquel año en que ingresó a La Salle desde el Salesianos, tuvo suerte, ya que aliándose pudo conseguir más amigos que enemigos. Desde entonces, poco a poco fueron planeando en el grupo, la “salada” de Espidy, requisito indispensable para ser Pololo. Eso sucedió un sábado por la noche, con algo de violencia. Quince regresábamos de una fiesta en Yanahuara. Habían subido todo Melgar, y al pasar por el colegio Túpac Amaru, casi derriban la puerta principal. Al llegar al parque Universitario, las sombras de los árboles escondían los propósitos del grupo y sólo la luna llena

era testigo de las conversaciones de todo lo que había ocurrido. Muchos ya estábamos cansados por la caminata de regreso y por lo avanzado de la noche.

-¡Ahora! -gritó Bronco; y Panorama, Paquimbo, Chalo y los demás se le fueron encima.

-¡Suéltame –gritó Espidy, y después empezó a lanzar unas palabrotas-. Son unos perros malditos- dijo.

Los cuerpos se forcejeaban y los roces levantaban algo de polvo, el pasto húmedo hacía resbalar los zapatos a más de uno.

-Más vale no te resistas sino te pegamos – le dijimos, pero Espidy no se daba por vencido, sorteaba a uno, después a otro, lo agarraban de las piernas y no perdía equilibrio, su saco perdía poco a poco los botones y su rostro empezaba a empañarse.

-¡Túmbenlo! y calla para siempre-: la resistencia estaba casi consumida.

Ya en el suelo, apretado y pujando, sacó un derechazo de no sé donde, que casi le parte los lentes a Twicky, pero aguantó, porque las lunas son tan gruesas como las de un telescopio. Punky le respondió con tres “combazos” que casi le noquea. “Dale, dale duro”, dijeron los que se quedaron parados mirando desde los costados.

Le sacaron la correa y los pantalones quedaron colgando sobre la rama de un árbol, a altura, para que le fuese más difícil trepar sin ropa. Los zapatos los esparcieron, la camisa rota con manchas de sangre, que le brotaba de una ceja, la rompieron a pedazos y la ropa interior la tiraron a una acequia que por suerte tenía bastante agua fluyendo. Sólo quedó con la corbata, amarrada a la cabeza.

•

Ha recordado las excursiones y los paseos. En Segundo grado, cuando por primera vez la señorita Catalina les dijo que se iban de excursión, fuera de la

ciudad, al distrito de Sabandía, que queda en el camino a Characato, se emocionó profundamente. Ya había pedido permiso a sus padres, y ya había pagado la cuota para solventar los gastos de transporte. Todo se había planificado en clase con una semana de anticipación. La noche anterior al día de la partida, no había dormido de la emoción. Su madre había preparado sandwiches, ensalada de frutas, huevos revueltos y algo de tomar que colocó en la mochila de Javier. La profesora había ordenado que ese día no se vaya con uniforme sino con ropa de calle, y quienes desearan podían llevar ropa de baño para nadar en la piscina: ¿sabría alguien nadar en clase?. Estuvo ese día puntual en el colegio; ya se había acostumbrado a caminar el trayecto solo y a cruzar las avenidas. Antes de salir había buscado un largavistas, un palo y una bolsa para armar un caza-mariposas, que al final de cuentas, poco ayudó, pues al llegar a Sabandía, todos se dedicaron a pescar pejerreyes en el riachuelo que trae el agua desde el ojo de Yumina. Después de la partida desde el colegio, en la que todos subieron al omnibus amontonados y cantando de alegría (salían a pasar su primera aventura), ha recordado el trayecto por la avenida Paucarpata, a cuyos bordes estaban las construcciones de las nuevas urbanizaciones. El paso cerca al hipódromo y por la avenida Colón, donde las casas se pierden para dar inicio a un paisaje colorido, es parte ya de la campiña. Ha recordado haber visto chacras con árboles grandes y con ganado, que se conectan, pasando el Puente de Paucarpata, con el antiguo pueblo de Sabandía, donde hay un desvío que lleva al Molino, que es una joya colonial para propios y extraños que quieran visitar un lugar en la campiña y pasar un buen momento de descanso. Allí bajaron. Su carrerón inicial levantó una polvareda. La señorita Catalina los llamó y puso a todos en fila. Eran las diez de la mañana. El bien conservado Molino, esperaba su paso por los amplios ambientes y jardines acondicionados para poder acampar. Cuando el guardián apareció de súbito como un fantasma en movimiento, pasando las rejas de entrada los hizo pasar y bajaron por las gradas todas de sillar. Vieron que una cascada bajaba paralela,

llevando agua rumbo a los subterráneos, que en su interior tienen estocadas unas aletas que, con la caída del agua, hacen girar dos grandes bloques de piedras circulares, que a su vez, muelen el trigo, después pudieron todos recorrer los recovecos del monumento, donde sobresalen cornisas y sujetadores de madera, bloques y cortinas de sillar perfectamente esculpidos, reliquias y antigüedades de época de la colonia. Javier no llevó cámara de fotos, para qué si todo quedaba grabado en su memoria. Recuerda haber vivido cada instante en los patios, balcones y jardines del Molino; haberse mojado los zapatos con el agua que se almacena en los pozos del nivel más bajo; haber subido hasta el punto más alto, para ver el paisaje y sentir el aire puro y la brisa fraganciosa. Ha podido ver, tocar y acariciar algunas alpacas y vicuñas que andan sueltas por el descampado, arrancando con su hocico la maleza, comiendo el pasto, mirando agudamente sin mover la cabeza, correteando y bebiendo agua junto al riachuelo. Ha recordado a muchos de sus compañeros sentados en grupo, a algunos improvisando partidos de fútbol, juegos del momento y, pasado el mediodía, después de acabar con los refrigerios, había visto a varios compañeros en trusa de baño, algunos con más temor que otros, porque el agua del riachuelo no estaba alta, pero sí fría.

Nadie fue la excepción, eso es lo bueno; todos se metieron, sea para bañarse, sea para buscar pejerreyes, sea para jugar water-polo: ¿podría alguien jugarlo en ese espacio tan reducido? El sol calentaba las piedras lisas que formaban el cauce del agua cristalina; muchos aprovecharon para salir y echarse allí para secarse, otros las aprovechaban para subirse y tirarse incluso un “clavadito”: y no pocos para tomar alguien por sorpresa y hacerle un “salto al gato”. Javier no recuerda haberse mojado mucho ni haber cazado mariposas. Sólo vio que algunas libélulas pasaron junto a él, a ras del agua, que se posaban sobre las plantas que sobresalían del riachuelo y que no se animó a cazarlas. Cuando se dio cuenta que el reloj marcaba la una de la tarde, la señorita Catalina se apuró en llamarlos. Después de un chapuzón, todos salieron y se

cambiaron, excepto algunos que no encontraban sus toallas: ¿a quién se le ocurriría esconderlas junto a algunas prendas? Salieron en fila, medios bronceados y casi todos chascosos, pues nadie había llevado peine. El ómnibus los esperaba afuera. No se levantó la polvareda del principio y todos caminaron frescos, con sus sombreros puestos y cargando las mochilas. Abordaron todos el ómnibus y partió. A la una y media, viajaban de regreso, todavía en el camino.

•

Pasado el fin de semana, Espidy no fue al colegio el lunes. El martes apareció con un parche en la ceja izquierda, con el pómulo derecho morado y con cara de muchos amigos. Cosa rara, debió haber escarmentado pues se veía candidato a “peje” en el grupo, pero lo primero que hizo fue acercarse a Bronco en la hora de formación.

-Bronco, no creas que estoy enojado –dijo-. Me llegó un poco pero ya me ha pasado. Ustedes son terribles pero buenos “patas”.

-Ya eres Pololo, y ahora ya sabes, en cualquier momento y en cualquier lugar, aquí estamos –replicó Bronco.

Cuando lo vi, me acerqué, lo saludé y pregunté:

-¿Cara o sello, Espidy?

-Cara –contestó.

-Te ganaste el pase para la fiesta de la Vero Arróspide el sábado-dije.

-Ah, hay “tono” ¿dónde? -preguntó.

-En el Club Alemán y va a estar de la “patada”.

-Yo no necesito pase –dijo Bronco, presumiendo como siempre-. La Tula Marroquín me va hacer pasar porque quieren que le caiga a Luz Marina.

Espidy lo miró, sin saber si creerle o no, porque no conocía a ninguna del Sagrados.

-¿Y cuándo la llamaste? – preguntó Espidy-. Yo no sabía que Luz Marina, así de chancona como me cuentas, se haya enamorado de alguien como tú, que no tienes dónde caerte muerto...

-La llamé ayer baboso –repuso Bronco-. Le dije que me consiga pase para diez, pero me dijo que no iba a ser necesario. Todos los Pololos ya estamos adentro y pobrecitos si van los “Pepes” porque los agarramos y ui, ui, ui...

-Sí, ya me imagino metiéndole un cabezaso a uno de esos “chivos”. Son del San José ¿verdad?

-Sí, pero igualito porque les llevamos todo el colegio –insinuó Bronco.

Mientras tanto miraba que Rojas, el brigadier, se acercaba cuando sonaba el toque de formación.

-Ya, a formar rápido antes que llegue el Hermano Roque, -dijo-. Y a tí cara de ratón ¿ que te ha pasado? –preguntó.

-Me agarré con uno del “San Pepe” hermano –respondió Espidy.

El Hermano Roque quien recién había llegado nos agarró de sorpresa y acercándose miró a Espidy, y pasó la Mirada por Bronco cerrando conmigo.

-Como hayan quejas al colegio, los suspendo –afirmó.

-No Hermano, ¿cuándo me ha visto a mí “machucado”? ¡Nunca! ¿Verdad Hermano? –preguntó Bronco.

-No Bronco, nunca te he visto golpeado, pero la reputación de este colegio se basa en la disciplina, el compañerismo y la sana diversión. Cuidado con frecuentar esos grupitos, mucho cuidado...

El Hermano Roque retrocedió como chequeando la fila que empezó a caminar. Llegamos al salón y empezó el nuevo día.

•

Aunque creo que lo sabía, Luz Marina me preguntó, mientras bailábamos, en qué colegio estaba estudiando. Yo le dije que había estudiado en el colegio “Nuestra Señora del Pilar” y que pasé al “Divino”, un colegio que tiene su local en una zona céntrica de Arequipa Metropolitana. Pero eso, lo considero algo anecdótico, porque, mientras la gente salía de La Salle al Divino (entiéndase por bajas notas o indisciplinas), conmigo sucedió lo contrario y pasé del Divino, a La Salle, y allí me quedé. Y le dije a Luz Marina que atribuía eso, no a mis altas notas. Mejor diré que no era un pésimo alumno, ni brillante tampoco, sino que era un alumno común y corriente, como lo he sido siempre, pero se lo afirmé al reflejo de las notas, que pueden ser relativas, porque das un examen y asunto arreglado, eso no siempre lo pone uno en práctica. Además que, en el colegio, el que saca altas notas, no siempre es el que más sabe. Yo creo que mi ingreso a La Salle, fue más por las relaciones de mi papá. Yo en tercer año, ya debí ingresar a ese colegio, pero el problema fue que mi papá le habló al Director demasiado tarde, y le dijo que las plazas ya estaban cubiertas. Entonces debí entrar al año siguiente. Luz Marina lo creyó y pareció estar interesada por saber más de mí y me preguntó cómo había sido mi vida en el Pilar. Yo le dije sinceramente, que todas mis notas eran regulares y que cuando salgo del Pilar, lideraba un grupo de chicos en el colegio. Los conozco a todos y, debo decir que, no buscaba algo con el liderazgo, sino que era más una situación de adolescentes, yo era un muchacho inmaduro, totalmente, pero lo hacía porque creo que hay algo que es cierto: hay gente que nace para dirigir y otra para ser dirigida, y yo pienso que he nacido para dirigir. No quiero decir para dirigir algo grande, algo así como un país, eso no tanto, pero era mi aptitud. Claro que yo sabía que era una aptitud innata. Y sabía que había una diferencia entre aptitud y actitud. Actitud es una conducta, un comportamiento. Aptitud una capacidad o disposición natural, algo que es innato a la persona; uno nace con aptitud para ser pintor, escritor, abogado, mientras la actitud es tu comportamiento, tu conducta, son tus reacciones. Pero esas reacciones tienen que ser moldeadas.

Por eso yo siempre pensaba, que del colegio, tenía que irme a la universidad, concluir la universidad, bueno y en la universidad, fortalecer el liderazgo. Pero creo que es más fácil, en el caso de la universidad, que sea el líder universitario al que tenga que dar el ejemplo. El que tenga que ser buen estudiante, el que tenga que ser el más dedicado y el que debe exigir más al profesor, no dejar que se llegue a lo vanal, a lo fácil, no. Porque en el colegio, creo que eso es algo muy difícil y, en la época de adolescente, ni hablar es algo muy diferente.

Capítulo III

Ese sábado cayó mi día de cumpleaños. Le había dicho a mi madre que no preparara nada especial ese día, porque sería más conveniente hacer un buen almuerzo el domingo, pero no me hizo caso. El viernes por la tarde, cuando llegué del colegio, la encontré en la cocina preparando una torta de chocolate. “Para más tarde está lista”, me dijo. Y yo, que no podía resistir el olorcito cuando ya estaba en el horno, ni el sabor del preparado de maizena, pensaba dentro de mí: “mañana me la como solito”. Mi padre me dijo que no saliera en la noche porque venían de visita mis tíos, para conversar, tomar unos traguitos y, de paso, cantar el “Happy”, así que forzosamente tuve que quedarme en casa esa noche. Los amigos del barrio llegaron como a las siete y querían sacarme, pero para no salir, les mentí y les dije que me había luxado el tobillo en un partido de fútbol, entrenando con la selección del colegio, y que no podía caminar. Así que el grupo tuvo que irse al parque San Antonio con las botellas bajo el brazo y sabe dios hasta qué hora se quedarían los locos, congelándose allá afuera. En la casa, esa noche se había preparado el ambiente como nunca. Cuando llegaron los tíos en su auto, como a las ocho y media, trajeron a la prima Carla. Estaba simpática; había llegado con un vestido de noche, color negro, que acentuaba bien su figura y hacía resaltar su pelo castaño. Habíamos pasado todos a la sala y estuvimos conversando por un buen rato, pero la verdad, me aburrí, porque empezaron a tocar los temas de religión y política (todo eso menos sexo), así que con Carla salimos un momento a conversar al patio. Sinceramente la prima me gustaba, pero cuando la veía y quería tocar el tema de los enamorados, me quedaba callado y pensando en Luz Marina. Después pasamos la noche mirando televisión en la sala del segundo piso y escuchando

radio. Mis tíos y mis papis siguieron charlando amablemente hasta que dieron las doce. Habíamos bajado con Carla al comedor y mi madre sacó la torta. Cantaron el “cumpleaños” y después de apagar la vela que mi tía había prendido, Carla sacó dos regalos: “éste de mis papis y el otro es el mío”, me dijo. Mi padre se acercó y me abrazó. Por primera vez me invitó un vaso de cerveza. “Son los dieciseis, son los dieciseis, dijo. Y ahora ya sabes, eres un hombre a carta cabal”. Yo había abierto las cajas empaquetadas con papel de regalo. Una de ellas contenía una corbata color azul y, la otra, una camisa blanca. “Para que puedas ir ‘pije’ a los quinces”, me dijo Carlita. Y yo pensaba: “para ir a visitar a Luz Marina y decirle que estoy enamorado y que quiero estar con ella”. Pero el abrazo del tío Jacinto (que estaba entonado con las cervezas que se había tomado con mi padre), interrumpió mi pensamiento. Así que en el momento nos sentamos en la mesa del comedor y después de la cena, de probar la torta que estaba riquísima y que se la comieron todita, los tíos se despidieron y partieron con Carlita. Yo subí a mi recámara después de despedirme de mis padres y la verdad, me sentía cansado, así que como al día siguiente no había ningún compromiso y mucho menos clases en el colegio, me acosté pensando: “ahora sí que voy a dormir rico”. Pero cuando a las seis y media de la mañana sonó el teléfono y medio soñoliento bajé las gradas y al contestar escuché la voz del Mapache, casi lo mato. Me dijo: “viejito, hoy sí que por ser tu cumpleaños nos damos una buena. No te preocupes por nada que yo ya tengo todo preparado”. Yo le dije que me dejara tranquilo durmiendo y que me buscara a partir del mediodía pero, después de colgar, mientras dormía, se le dio por venir a la casa a las diez, y como se trataba del cumpleaños, mi madre lo hizo pasar y me despertó. “Dile que se vaya al diablo”, bostezé, como desentendido del asunto y envuelto en las sábanas. Pero mi madre me dijo: “no Espidy, tienes, tienes que bajar, después de todo es tu amigo y un buen chico”. Así que bajé en pijama, con los pelos parados y echando chispas. Estaba dispuesto a botarlo, pero cuando lo vi y le di la mano, se me pegó como lapa, abrazándome y levantando

los pies como si estuviera saltando soga. Me dijo para salir al centro por la tarde, a ver si visitábamos alguna chica o salíamos con Luz Marina y sus amigas. “¿No vas a trabajar?, le pregunté. “No, me dijo. Como mis padres están de viaje, hoy cierro la tienda y tengo toda la tarde y la noche libres”. Le dije que sólo tenía cinco soles y que eso a las justas nos alcanzaría para los taxis. “No te preocupes, me dijo. Yo pago todo porque ayer hubo record de ventas, vendí tres lápidas, así que estoy ‘cargado’”. Salimos del barrio por la tarde, como a las cuatro. Me dijo que llamó a Luz Marina y que no iba a poder recibirnos ese día porque tenía un “tecito” con sus amigas del Sagrados, así que decidió ir de frente a Mercaderes con Piérola, al billar del chino, que queda en el segundo piso de una casa antigua sobre unas galerías modernas. Yo pensé que iba a buscar a alguien, pero me dijo que allí nos quedaríamos a hacer hora hasta que empezaran las funciones vermouthe. Esa fue la primera vez que entré a un “taco”. El Mapache pagó una mesa y me dio un bastón. Al ingresar había saludado algunos “Pepes” que estaban jugando a los alrededores. Después colocó en nuestra mesa todas las bolas, “rompió” y en su primer tiro, metió una amarillita. Encendió un cigarillo, le puso tiza a la punta del bastón y continuó. Esta vez no metió alguna, pero me cedió el turno en una jugada que estaba recontra difícil. Yo no sabía cómo lanzar. El Mapache me dijo:” coloca el bastón entre los dedos, apunta, golpea la bola blanca con fuerza y tienes que meter por las esquinas, alguna de las otras”. Yo le hice caso, pero mi primer tiro fue un fracaso. Había apuntado con la blanca una azul, pero como le imprimí mucha fuerza, el “macho” saltó y sin botear se metió de frente al cesto, lo que fue una decepción. En el billar del chino nos quedamos hasta las seis y media. Al salir, pensamos ir al cine Portal, pero el Mapache me dijo que tenía ganas de ver una película fuerte, así que bajamos por Ejercicios y llegamos al Variedades, donde habían colocado un afiche que decía:”Hoy función: ‘Las amantes de Calígula’. Mayores de 18 años”. Compró dos plateas y yo le pregunté cómo iba a pasar si era menor de edad. “Yo le hablo al portero, y si no quiere, ¡le damos su propina! La función

había comenzado. Cuando entré, por lo oscuro, casi me tropiezo, y cuando nos ubicamos, el cine resultó ser un circo eléctrico, porque cuando terminó la función, salimos en “fa”, así, que dimos unas vueltas caminando por el centro y la Plaza de Armas, pero no encontramos a nadie conocido y por lo que vimos, ni siquiera habían chicas por las discotecas, y fue allí cuando al Mapache se le ocurrió llevarme a La Merced 537. Llegamos al local como a las diez y media. Habíamos comprado dos entradas de tres soles cada una para el primer show de las estriptiseras y para ingresar a la tragoteca y la pista de baile donde esperaban una docena de minifalderas. El Mapache me jaló hasta uno de los asientos en la barra y en ese momento se acercaron dos nenas que la verdad, no estaban nada mal. Previamente el Mapache me había dicho que le había guiñado el ojo a una de ellas y que las convencería más tarde para salir, pero que primero tendríamos que consumir. Yo ni le hablé al mozo y las luces de colores me habían adormecido un poco, pero cuando se me acercó la estriptisera y rozó su rodillas con las mías, se me pasó todo el sueño. “¡Salud!, dijo el Mapache, y lo que hice fue tomar dos “chopps” de cerveza que él había pedido. Le pregunté cómo yo pagaba eso y él me dijo que tenía suficiente como para más y que no me preocupara, así que no insistí y me tomé un sorbito en el momento en que el volumen de la sala de controles subió para empezar el show que se prolongó hasta la una de la mañana y que lo pasé con compañía. El Mapache estaba feliz. Había trago, sexo y rock’ n roll. Hasta esa hora habíamos consumido entre los cuatro, doce chopps y el Mapache ya estaba repartiendo besos cortos y largos. Conmigo no pasaba lo mismo, porque aunque reconozco que estaba algo tomadito, era ella quien me abrazaba y de vez en cuando me daba un beso “de cariño” y me pedía más cerveza. Se habían dado cuenta que era un inexperto y que la luz tenue se prestaba para cualquier cosa (incluso muchos clientes ya se habían ido y nos quedamos casi solos), pero yo no quería insistir mucho en el asunto y sólo esperaba la señal del Mapache para retirarnos. Cuando se paró y tomó de la cintura a las dos nenas, pensé que estaba loco y

que nos íbamos a otra tragoteca a seguir tomando, pero no fue así. Al salir por la Merced, paramos un taxi, entramos los cuatro y el Mapache le dijo al chofer que nos llevara a la calle Moquegua en Miraflores. “si me ven mis papis por allá en este estado, me matan”, pensé. Pero cuando llegamos la cuadra estaba tranquila y al bajar, tratamos de no causar ruido alguno. Nos habíamos bajado en la esquina, tres casas antes del negocio y el Mapache me dejó con ellas esperando, mientras abría la puerta. Un perro ladró a media cuadra. Se me congelaron las sienes. En ese momento las abracé a las dos y cuando la puerta ya estaba abierta, entramos por un oscuro pasillo de la casa. El Mapache había abierto también la puerta lateral que da a la tienda. Cuando ingresamos y prendió la luz, las chicas se asustan al ver la funeraria. “¿Qué es esto?, preguntó una de ellas, frotándose los brazos por el frío. “Mi oficina, respondió el Mapache. El lugar donde te puedo atender como quieras”, añadió. Todo estaba listo. Nos habíamos sentado por parejas en las pequeñas sillas de atención. El Mapache abrió uno de los cajones del escritorio y de allí sacó un tocacintas. Lo enchufó y puso un cassette con música romántica. Cuando escuché la música ya estaba entre besos, y al mirar al Mapache, le hice una seña levantando las cejas, como preguntando dónde estaba el trago, instante en el que levantó una botella de combinado. Sirvió a todos un vaso y quedó media botella con líquido. Eran ya las dos de la mañana. El Mapache me pidió que apagara la luz. Los vasos quedaron sobre el escritorio sin terminar. Al poco rato sólo se miraba una luz que entraba por una de las ventanas que dan a la calle. Sólo se distinguían tenuemente cuatro sombras que se besaban y abrazaban.

Rosa Inés pidió permiso a sus padres y se sintió contenta porque en la noche iba a encontrarse con sus compañeras en la casa de su amiga María Paula que iba a botar la casa grande por las ventanas chicas esa noche.

Por eso María Paula tenía más o menos reputación de “pituca” porque la casa no sólo era grande y tenía todas las comodidades y facilidades del caso, pero más porque su lista de invitadas para la fiesta pasaban las cincuenta.

Rosa Inés escogió prendas, y después de un exquisito baño de agua caliente por la noche, se peinó frente al espejo de su amplio cuarto, sacó el lápiz labial, lo deslizó por sus labios, se colocó el vestido y partió más temprano que de costumbre.

La casa a la que se llega tomando un desvío camino al aeropuerto esperaba con tres ambientes que fueron acondicionados sacando mesas, aparadores, cuadros, adornos y dejando sólo sillas dispuestas en las paredes frontales y laterales.

Afuera, en la entrada, el portero que contrataron se situó frente a la puerta del jardín, con la lista de invitados, desde las siete de la noche. Pero a las nueve, ya sólo esperaba a los chicos, pues casi todas las chicas ya estaban adentro.

Y llegamos, después de recorrer toda la avenida Ejército en tres camionetas, pues se trataba de algo especial. El trueque de tarjetas afuera ayudó para que ingresaran muchos que no la traían, y más de uno saltó las verjas en momentos de tumulto. Adentro, el ritmo de la música subió la temperatura del ambiente y las luces psicodélicas se prendieron. El último en ingresar fue Bamby, media hora después de nuestra llegada, pues era uno de los pocos que no tenía tarjeta, y fue a pedido de muchos del grupo que la festejada saliera con una minifalda muy llamativa y al ver que habían ingresado casi ochenta personas, le dijo al portero: “hazlo pasar, es el último”.

El grupo se completó con Bamby, quien bailó toda la noche, intercalando cada pieza con salidas al jardín, pues la transpiración y el humo de los cigarros encendieron el ambiente.

Rosa Inés hacía casi lo mismo, sólo que no salía al jardín, sino que después de agradecer al término de cada pieza, quedaba allí mismo, sentadita.

Para Bamby nada nuevo acontecía y para Rosa Inés tampoco hasta que ella se fijó en él. Había ido con botas tipo vaquero que lo ponían más alto; pantalones corduroy apretados y una casaca crema que caía a “pelo” en su conjunto. Cuando Rosa Inés preguntó a su amiga Vanessa, quien se había sentado a su lado, si conocía al chico tímido, delgado del pelo castaño, que bailaba tranquilo sin hacer tanto ademán como los otros, ésta le contestó que sí.

-Es Javier Arredondo, es de La Salle. ¿Por qué?

-Por curiosidad. Sólo te preguntaba porque parece una persona tranquila y agradable.

-Sí, lo es. Y también es bastante estudioso e inteligente. Te gusta ¿verdad?.

-No lo sé, la verdad, a simple vista me cae muy bien.

Mientras tanto en el jardín, los bocaditos que pasaron habían volado, las bebidas también y sólo algunos del grupo estábamos conversando y fumando cigarillos. Los demás estaban bailando en los ambientes que estaban “cargados”. Entre todos, Chalo y Paquimbo quienes por el calor, entraron al baño, abrieron la llave de la ducha, se mojaron la cabeza, se secaron con la única toalla que dejaron y después de peinarse salieron “frescos como una lechuga”.

Con respecto al grupo, yo siempre había afirmado algo: no nos hicieron, sino que nos juntamos, nacimos para estar juntos. Y cuando Luz Marina me preguntó cómo se había formado el grupo, yo le dije que la primera vez que nos juntamos, fue justamente en un fiesta en Jorge Polar (qué casualidad). Fue un fin de semana de agosto, yo recuerdo la fecha, y recuerdo que allí, fue la primera vez que nos juntamos, porque después de eso nos habíamos venido reuniendo por períodos consecutivos, sea para celebrar un cumpleaños, sea para celebrar una fiesta, sea para celebrar cualquier cosa. Fuimos como unos quince, nadie tenía tarjeta, excepto Paquimbo, quien ese día por la mañana me dijo: “no te preocupes Bronco, yo los hago entrar”. Era una fiesta del tercer año del Sagrados y, recuerdo que, uno de los invitados era Paquimbo, a través de Vanessa. Llegamos como a las ocho, nos pusimos en la puerta y allí esperamos. Poco después habíamos entrado a la fiesta toditos, y fue la primera vez que nos juntamos, creo que fue el primer contacto para conocer muchas chicas. Yo recuerdo que allí conocí bastantes chicas. Allí conocí a Tula Marroquín, que vivía en la Comandancia, frente al parque universitario, vivía a dos cuadras de mi casa y, antes de eso, ni la saludaba. A Vanessa también. Luego también conocí a Vero Arróspide, a esta chica Ana Cecilia, y desde entonces, nos empezamos a juntar. Y pienso que el motivo fue un interés, una situación de salir, de divertirse, porque después nos fuimos armonizando, hermanando, caramba, algo muy interesante, porque hemos estado juntos mucho tiempo y nos hemos mantenido en la cúspide, aunque haya habido gente que hablaba mal de nosotros, quién sabe por egoísmo, envidia. Los Pepes, por ejemplo, tenían miedo que el grupo tomara liderazgo, incluso, nos agarramos a golpes con ellos una vez en el parque de Los Condes, les ganamos olímpicamente. También habían otros grupos que para llamar la atención, al bailar, se ponían las corbatas en la cabeza. Pero ellos no tenían la identidad que teníamos nosotros. Nosotros nos identificábamos uno al otro y, el punto de identidad era el barrio y

el colegio. La mayoría estudiaba en La Salle, aunque habían algunos que estudiaban en otros colegios.

La noticia de que a Rosa Inés le gustaba Bamby, no trascendió hasta que lo supo él mismo quien por casualidad se encontró con Vanessa a quien Rosa Inés le había preguntado por él. Bamby la saludó y después de intercambiar algunas palabras, ella se lo dijo.

-Bamby, a que no me crees algo.

-¿Qué cosa Vanessa?

-Que hay una chica a la que le gustas.

Bamby se quedó pensando y la verdad la noticia le impactó.

-¿Que yo le gusto a una de tus amigas?

-Sí, está en los Sagrados, en mi salón.

-¿Cómo dices?

-Sí, ¿Recuerdas a una chica que estaba con una falda cremita en la fiesta que hubo camino al aeropuerto?

-¿Una falda cremita?

Bamby lo asoció con la festejada, por la “mini”, en verdad lo había impresionado.

-¡Ahhh! Sííí. Claro, como no lo voy a recordar, sí ¿es ella?

-Efectivamente –dijo sin confirmar el nombre- Ella va estar en la fiesta del Club Alemán este sábado, así que no te la pierdas, que yo voy a colocar tu nombre en la lista de invitados.

Bamby le prometió a Vanessa ir y se despidieron.

-Esta es la oportunidad de mi vida –dijo, y durante toda la semana se dedicó a buscar referencias de María Paula y no de Rosa Inés, sin saber que estaba equivocado. En el grupo lo que le dijeron fue: “sí la conocemos, tiene plata y es limeña”, y Bamby fue el primero en buscar a la gente el sábado siguiente para ir al “Aleman”.

Llegamos esa noche con terno, Bamby, Panorama, Chalo y yo. Los demás se quedaron en el barrio y llegaron tarde.

La ceremonia estuvo bonita. Después del protocolo “reventaron” los equipos y Bamby fue el primero en sacar a María Paula ante la admiración y asombro de todas las amigas de Rosa Inés quienes no comprendían cómo Bamby, un chico tan serio e inteligente pudiera tener esos “arranques”. María Paula se mostró cordial con él y aceptó bailar hasta que hubo un intervalo. Ya habían bailado como doce piezas juntos hasta que ella se disculpó pues sus amigas la llamaban. Cuando Bamby regresó, aceptó bailar con él nuevamente, pero su actitud había cambiado y estoy seguro que fue por la advertencia que se hicieron entre ellas.

Bamby se retiró desconcertado. El ambiente había sido favorable y las parejas que se iban conociendo se empezaban a formar. Al salir vimos el rostro de un Bamby decepcionado que decía “así son las mujeres”. Nosotros lo tratamos de animar y le dijimos que todo tiene una razón en la vida y que ella no era la octava maravilla. Pero Bamby no cambió su forma de pensar, pues sus intenciones habían sido las mejores y una vez en casa, apagó las luces de su dormitorio, se recostó y buscó explicaciones que sólo llegaron al día siguiente cuando llamó a Vanessa para contarle lo sucedido.

-Vanessa, me has mentado –le dijo-. María Paula no quiere absolutamente nada conmigo.

-No es María Paula, es Rosa Inés –le respondió Vanessa.

Bamby colgó el teléfono aún más desconcertado pues nunca había visto ni conocido a la famosa “Rosita”.

Preguntó una vez más a los del grupo por la nueva chica y nos contó el malentendido. Nosotros le dimos un abrazo, nos reímos y lo apoyamos en su nueva decisión, la de conocer a Rosa Inés y estar con ella.

Ha recordado que en cuarto grado hizo su primera comunión. El Hermano Jaime había ingresado a ambas aulas (“A” y “B”), un día de julio y, lo primero que hizo, fue preguntar quiénes no se habían bautizado. En el colegio, les dijo, era esa la edad a la que se acostumbraba hacer la primera comunión con los niños que cumplieran diez años y, que el día de Santa Rosa, a fines de agosto, era el más indicado. Javier recuerda haber subido a la capilla las dos últimas horas de todos los días para escuchar al Hermano Jaime, quien se encargó de la preparación. El primer día lo encontró ya en la capilla, parado. La capilla queda en el tercer piso, es grande, bonita y con muchas bancas y pocas imágenes. Podría decirse que es una capilla sencilla pero bien diseñada. Al sentarse, todos estaban tranquilos y con las manos juntas. Desde ese día debían comprar y estudiar bien su catecismo. Estudiar bien su catecismo y no olvidarlo, por nada del mundo. Javier recuerda haber alternado sus lecturas con algunas canciones que se cantaban en la preparatoria. Cada lección era simplemente algo nuevo, algo que lo llevaría inevitablemente a ese día de paz y alegría, que inculcaría en su mente, la corrección de la conducta y el amor en su corazón. Sabía Javier que a partir de ese día, debía ir todos los domingos a la misa para nunca más pecar. Que su convicción de religiosidad, se intensificaría

cada mañana, al abrir su libro de oración, para ofrecer a Dios cada día, la gracia, la sabiduría y la fortaleza. Sabía que empezaba a mirar el mundo con los ojos llenos de amor y que eso lo llevaría a ser, cada vez más paciente, comprensivo, dulce y bueno. Que la imagen de la Virgen, en la gruta del colegio, lo esperaba por las mañanas para recoger de él una oración, que al entrar y arrodillarse en la capilla por las tardes, era algo muy íntimo que se iba cristalizando en cada uno de los deseos que pasaban por su pensamiento. Allí empezó a pensar en todas las cosas malas que tenía el mundo pero que tenían que cambiar. Para eso se preparaba con el Hermano Jaime en el colegio y, fuera de él, tendría que ir a la iglesia para irse habituando y para que supiera cuál iba a ser el lugar que le correspondería. Ha recordado también que el día anterior a la ceremonia, tuvo que pasar lo más difícil: la confesión. Todos se morían de miedo, temblaban antes que les tocara el turno. Habían en la capilla media docena de padres confesando. El Hermano Jaime controlaba que nadie se escapara y que todos cumplieran a cabalidad el mandato para el cual habían sido dispuestos. Habían traído los pecados contaditos y en orden de mandamiento. “¿No te olvidas ninguno?”, le preguntó Angulo quien se había sentado en medio de la capilla junto a él. “No”, le respondió. Después del encuentro con el sacerdote, Javier recuerda haberse levantado y haberse arrodillado en una de las bancas próximas para cumplir la penitencia. Había hecho un propósito de enmienda decisivo, una promesa con la seguridad que sería definitiva: que se acordaría siempre del Señor y que lo amaría sobre todas las cosas; que iría puntual a misa para santificar las fiestas; que no haría enojar a sus padres por ningún motivo; que jamás tomaría lo que no era suyo; que jamás actuaría de manera dolosa o negligente; que no diría una mentira y que por su mente pasarían sólo buenos pensamientos. El esperado día de Santa Rosa, había llegado acompañado de sus padres, temprano por la mañana, subieron hasta la capilla llevándolo del brazo. No se había vestido de blanco, como en años anteriores, en que los niñitos bonitos y con plata de La Salle llegaban a la comunión con saco de

terciopelo, porque con la reforma educativa el gobierno lo prohibió. Pero se sentía bien con su ribete, su devocionario y su medio ciento de tarjetitas recordatorias. Los padres de familia habían llegado de etiqueta y con cámaras de fotos a granel. Después de la misa, en la que cantaron unas diez veces, y en la que Javier recuerda haber orado profundamente después de haber recibido la hostia, bajaron al salón de profesores, donde el colegio les hizo una pequeña recepción. Habían colocado una mesa grande con mantel blanco; encima habían colocado numerosas fuentes con bocaditos y tazas para el chocolate. Los padres de familia se sirvieron champán, creo. Las estampitas de colores con diseños sacros, circulaban por todos los lados. Había un gentío, un griterío y varios fotógrafos no paraban de sacar tomas. El Hermano Jaime pasaba constantemente por las filas de niños sentados tocándoles la espalda o el hombro y sonriendo por la inocencia que notaba en todos. Después se dispuso que les sirvieran el desayuno. El chocolate estuvo riquísimo y se lo tomaron todo. Al poco rato, habían recibido sus medallas y postales recordatorias que se les regaló, con la imagen de Jesús y la Virgen María. Después que Javier se colocó la medalla alrededor del cuello, había salido con sus padres, rumbo a casa, contento.

Capítulo IV

El Mapache nunca me dijo que lo acompañe al San José, a pesar que su colegio es uno de los más conocidos de Arequipa. Lo único que sé, es que para llegar hasta allí, hay que bajar todo Independencia, voltear en Salaverry, doblar por la avenida Parra y seguir bajando rumbo a Tingo. O también se puede ir directo, desde la Plaza de Armas, tomando La Merced, la avenida Parra y continuando por la avenida Alfonso Ugarte. El colegio es grande y tiene dos entradas laterales. Por la entrada de la izquierda, uno llega a la capilla, los salones de secundaria, los campos de fútbol y la gruta. Por la entrada lateral derecha, se llega a los campos de fútbol y, entre ambas entradas, está la Comunidad Jesuita, la Dirección, el salón de profesores y de exalumnos. Aunque es un colegio fundado hace muchos años y que por eso tiene buena cantidad de exalumnos, sus estructuras son modernas y bien implementadas. Es un colegio que a pesar de las crisis económicas por las que ha pasado y sigue pasando el país, ha sabido mantener el nivel académico, cultural y deportivo de todos sus alumnos, con las excepciones del caso, por supuesto. Es, al igual que La Salle, un colegio exclusivo para varones, por lo que las mamás de clase media y alta preguntan a sus hijos cuando cumplen los seis años, a cuál quieren ingresar. Generalmente, los que no ingresan al San José, ingresan a La Salle y viceversa. Cuando los muchachos van creciendo y se les enseñan las canciones, símbolos y anécdotas del colegio, en una suerte de magia, surge un fuerte sentimiento interno y, el colegio contrario, se convierte en rival. Pero al Mapache nunca le ha interesado hablar de eso. Cuando le confesé que en mis planes estaba ingresar en quinto al San José, me dio una palmada por la

espalda y me dijo que se me haría difícil llegar temprano hasta Alfonso Ugarte porque queda muy lejos. Un colegio que queda más cerca (para ser más exacto en la céntrica calle San Juan de Dios), es el Sagrados Corazones, señoritas. Pero lo he recordado, porque el Mapache tampoco me ha pedido alguna vez que lo acompañe, a pesar que Luz Marina, su enamorada, estudia allí. Yo me he puesto a pensar muchas veces, que sería interesante llegar hasta allí a la salida del colegio para ver a las chicas, y también a Luz Marina, aunque sea de lejitos. Pero el problema es que la hora de su salida coincida con la mía, y por más temprano que quisiera llegar, tendría que tomar un ómnibus en Don Bosco que me deje por allí. Pero como todos me dejarían lejos, entonces tendría que bajar caminando, lo cual no me conviene, porque para regresar a Miraflores, tendría que volver a subir todo el camino recorrido. Pero estoy pensando decirle al Mapache (o insinuarle), para que vayamos un día al Sagrados so pretexto de ver a Luz Marina. Sólo he estado allí una vez. Es también colegio bastante antiguo, pero sus estructuras son modernas. Es un colegio con muchas exalumnas y que tiene nombre, porque allí estudian chicas muy bonitas, tan bonitas como las del Sophianum. Pero para poder ir juntos, tendría que haber una fiesta familiar, un campeonato de volley o algo por estilo, porque si le digo al Mapache para ir de un momento a otro sin más ni más, entonces sospecharía que me gusta Luz Marina. Creo que sería más oportuno que me acerque a él y salgamos cuando me pida que lo acompañe para realizar su trabajo. Ya hemos ido algunas veces por toda la ciudad, por las tardes, los días de semana que me tocan clases, porque los fines de semana, siempre lo encuentro temprano por la mañana en la oficina, baldeando el local, limpiando las lápidas y los cajones. Asimismo, los fines de semana, se encarga de realizar los pedidos cuando ya no tiene suficiente “stock” o necesita comprar más algodón o formol. Porque la primera vez que me dijo que lo acompañe a “inyectar” un muerto, pensé que íbamos con cajón o lápida y todo. Pero no. Su padre le ha enseñado que cuando reciba una llamada o pedido, debe primero acercarse al domicilio del finado. Esto lo hace

con varias finalidades. Primero, ver el estado del muerto, de manera que se sabe con anticipación qué cajón hay que traerle de acuerdo a la estatura y el peso del finado. En segundo lugar, el Mapache me dijo que es inconveniente llevar el cajón, porque los clientes muchas veces piden crédito, y en esa circunstancia es mejor cerciorarse de la situación económica de la familia e incluso ver si la casa en que viven es decorosa o costosa. En tercer lugar, el Mapache tiene la técnica de servicial, porque al llegar a la casa y verificar al finado, si se hace el contrato, entonces tiene que inyectarlo, “prepararlo” y asimismo ver el lugar donde debería hacerse el velorio. Hay familias que no desean hacer el velorio en la sala, o a lo mejor ésta está llena de muebles pesados, en cuyo caso hay que retirarlos y entonces, allí es cuando el Mapache me llama para que lo ayude. Una vez que el lugar ya está listo (incluso tenemos que barrerlo y baldearlo sino es más que limpiar lunas), regresamos a Miraflores con el contrato firmado para llevar el cajón, las coronas que pidan e incluso las lápidas que paguen por adelantado, esto en transporte vía taxi, porque el papá del Mapache no ha querido comprar una carroza, una de esas camionetas largas y modernas de color negro que se usan, porque sabe que el Mapache por las noches es capaz de sacársela para ir de parranda. Así que tenemos que subir con todo lo necesario y al llegar armar el velatorio en medio de todas las escenas que se dan en los domicilios, porque generalmente es a la hora u hora y media que llegan los familiares más cercanos, quienes recién se han enterado del fallecimiento, y cuando tocan la puerta o el timbre para entrar, el Mapache les abre y ellos siempre le preguntan: “¿y quién es usted?” Y él les responde: “el encargado de velar al finado”.

Los que llegaban en automóvil los sábados por la noche, eran los primeros en comprar el trago en “La Tranquera”, mezclarlo y partir hacia la playa

de estacionamiento de la universidad, que queda al lado del estadio “Ho Chi Minh”.

En ese tiempo no habían colocado el enrejado que hoy existe y que pusieron no sólo porque la policía penetraba al campus universitario para reprimir huelguistas, sino, porque usualmente los fines de semana, aprovechando la falta de vigilancia y de luz en los alrededores, las parejas de enamorados dejaban las bancas del parque universitario para bajar a chamusquearse en el pasto crecido próximo a lo que era el programa de Sociología y la Biblioteca Central.

Ahora la universidad ha cambiado mucho, ya que donde era la playa de estacionamiento no sólo han colocado el enrejado y corredores para llegar al comedor universitario, sino jardines, una pileta y una cafetería. El estadio ha sido remodelado y asimismo el programa de Sociología se ha trasladado a la avenida Venezuela junto a los demás programas de letras.

Pero en ese entonces no era así. Si había un guardián por las noches era mucho, y el control de entrada y salida de automóviles era casi nulo, de modo que había un estacionamiento gratuito por las noches para las parejas que desearan ver la luna y las estrellas. Allí, por lo general, estacionaban los autos los sábados por la noche, y escuchando música a volumen alto, empezaban a tomar.

Conforme caía la noche, iban llegando los que bajaban del bunker por Jorge Polar y se juntaba una mancha espesa de gente, la que sólo se sentía por las conversaciones a voz alta, que empezaban por los estragos del trago, en medio de lo tenue que dejaban el campo los postes de luz con focos quemados.

Por lo general, las reuniones terminaban temprano, como a las nueve, y después se dispersaban en grupos, aquellos que tenían tarjeta para una fiesta, los que tenían para otra y los borrachitos que no faltaban y que se quedaban a seguirla.

Pero como usualmente las chicas del Sagrados invitaban a todos, entonces se tomaba con terno y se echaba a correr con la corbata volando, después de romper con cada botella consumida los vidrios del programa, que en poco tiempo, quedó seriamente dañado, obligando a las autoridades de la universidad a contratar vigilantes permanentes.

-Bronco, creo que nos van a chapar –dijo Panorama.

-No te preocupes, avisa a todos para que agarren su botella y rompan cuanto puedan.

Agarraban las botellas, y cuando no habían suficientes, los demás tomaban los que estuviera a su alcance.

-Bamby, agarra una botella –le dijeron.

-No. Para qué si no he tomado.

-Para que te “bajes” un vidrio “a la mala”.

-¿Van a bajarse vidrios “a la mala”? A mí no me metan en esa danza –les dijo-, porque si estoy aquí es por esperarlos para ir juntos a la fiesta.

De pronto se escuchó un ruido de trizas en cadena que obligó a todos a escapar sin excepción, y las sombras se dispersaron hacia la avenida Independencia, llegando exhausto y cansados, mientras miraban a lo lejos bajar a los policías que escucharon los impactos desde la Comandancia que queda en Universidad.

-Vámonos inmediatamente al Centro –dijo Panorama, quien al caminar junto a Bronco, maquinaba las escenas bochornosas que iba preparando.

Las cosas en el grupo eran así: de lunes a viernes, por las mañanas, nos íbamos caminando rumbo al colegio, y a la hora de entrada, rara vez nos veíamos. Asimismo, en los salones era difícil conversar, pues todos nos sentábamos a distancia; además, como los cambios de hora son cortos, no permitían mayor libertad para desplazarse por el salón o ponerse a hablar de ciertos temas, porque el brigadier siempre nos controlaba mientras esperábamos

el ingreso del nuevo profesor. Lo mismo sucedía en los recreos, porque son cortos, de manera que cada quien ocupaba su tiempo como podía. Así que era a las salidas, cuando a veces algunos nos encontrábamos y nos íbamos caminando por el parque universitario. Por las tardes, rara vez nos veíamos y era acaso sorprendente ver en el bunker a alguien conversando. Los días de semana por la noche yo acostumbraba llamar por teléfono a Luz Marina. Al principio, cuando me aceptó, la llamaba sólo una o dos veces por semana, pero después me acostumbré a escucharla y la llamaba casi todos los días. Hablábamos de todo un poco: de su familia y de la mía, de cosas que habían pasado en el colegio o de las fiestas que venían a fin de semana, o cualquier otra cosa, pero nunca nos aburríamos, ella era mi confidente y yo era el suyo. Pero los viernes por la noche no la llamaba, o rara vez lo hacía, porque a las ocho, nos reuníamos en el bunker o por los alrededores del barrio, sea para ir a alguna fiesta, sea para tomar un trago, sea para charlar un rato. Y cuando era lo primero, siempre íbamos unos siete y ocho, a los que nos daban permiso, porque también dos fiestas el fin de semana era “matador”. Así que cuando nos acostábamos temprano el viernes, el sábado por la mañana nos levantábamos temprano y nos encontrábamos en el parque Central y allí jugábamos en la explanada de cemento un partido de fulbito, o uno de fútbol en el parque universitario, a pesar que hay muchos árboles que dificultan el desplazamiento de la pelota. Después de eso almorzábamos, descansábamos un rato, nos bañábamos y, como a las cuatro, salíamos en carro a dar vueltas, o bajábamos al centro a “chequear” el ambiente o íbamos a visitar a alguna de las chicas, o si ellas tenían un “tecito”, íbamos para comernos todos los panes. Pero conste que sólo lo hacíamos de broma, porque lo que nos importaba, era compartir buenos momentos con ellas. Cuando llegaba la noche, regresábamos a casa sólo para pedir permiso, cambiarnos, sacar algo de dinero y salir en grupo a alguna fiesta a la que usualmente llegábamos en carro, en taxi o en ómnibus y, si ninguno era factible, caminando. Pero siempre juntos, y llevando las tarjetas para poder

hacer ingresar a las fiestas la más cantidad de gente, la mejor. Eso es lo bueno, porque todos entrábamos, sea por tarjeta, por influencias o por otros medios, pero todos entraban, y allí nos quedábamos. Bailábamos toda la noche, regresábamos en grupo nuevamente al barrio y los domingos todo el mundo despertaba tarde. Después del almuerzo, los que tenían dinero para pagar la entrada al cine, se iban a ver una película, y los que no, se quedaban en sus casas viendo televisión. Por la noche, un grupo se juntaba para ir a misa de siete en la capilla de Don Bosco. Después de llegar a casa y acostarse, había que levantarse el lunes por la mañana, temprano, para llegar puntual al colegio e iniciar un nuevo día.

Después de una larga caminata en la que patearon perros y puertas, especialmente en Puente Bolognesi, que es una calle angosta y algo oscura en las noches, donde abundan casas antiguas que exponen puertas y ventanas viejas y donde salen perros de los callejones que subsisten desde épocas de antaño, después de cruzar el Club Alemán y bajar por la avenida Emmel, llegamos al parque “Libertad de Expresión” en Umacollo, donde la fiesta iba a tener lugar en una de las casas modernas del distrito.

El efecto del trago había pasado masticando chicles y fumando cigarrillos que circulaban en “toques”, así que no hubo ninguna objeción para entrar por parte de los dueños de la casa – una amplia, color verde, de dos pisos, con muros levantados a los costados-, quienes a diferencia de otras fiestas, no habían contratado un portero, ellos mismos estaban controlando el ingreso.

De lo que no nos percatamos al ingresar, fue que el ambiente ya estaba formado, casi todos estaban bailando, y cosa rara, porque siempre que llegaban, los ojos de la gente se centraban en los Pololos. Esta vez, el encuentro casual fue con Pepes y Jardilines, los dos grupos más fuertes del colegio San José que

habían abarrotado los ambientes. Por lo menos habían treinta contra doce que habíamos llegado.

No quedó otra alternativa más que bailar. Nuestras chicas dejaron a los que las “planeaban”, y como había el doble número de hombres que de mujeres, los que no alcanzaban pareja, tenían que salir a tomar.

En medio de la fiesta, como a media noche, en pleno baile, después que ya había acabado la ceremonia de estilo, Panorama decidió ir al baño, pero solo. Cuando salía, un Pepe, que se encontraba arrimado junto a la puerta y quien era grande y “agarrado”, chocó su hombro con el de Panorama y medio que lo samaqueó. Panorama reaccionó bruscamente mentándole la madre y cuando iba a comenzar la pelea, el dueño de la casa quien por casualidad pasaba, los detuvo.

-Qué pasa –les dijo-. ¿Van a pelearse?

Ninguno de los dos dio explicaciones. Atinaron a disculparse como si nada hubiese pasado y volvieron a los ambientes del baile. Pero cada uno regresó a su grupo y juntó su gente, de manera que se veía en una esquina, los doce que fuimos de La Salle, y en otra, unos veinticinco del San José.

-No sólo quieren ser dueños de la fiesta, sino que un grandazo casi se me cuadra -nos dijo Panorama.

-Aquí no van haber peleas –interrumpió Bamby-, porque si quieren armarla entonces me voy, y no porque me “chupe”, sino porque he venido a bailar.

Todos miramos a Bamby, y por respeto a él, le pedimos a Panorama que se olvide del asunto. Aunque se puso algo rojo, pues no sintió apoyo, le dijimos que cualquier cosa que pasara, allí estaríamos. Panorama pareció entenderlo, pero el grandazo no se había olvidado del asunto, lo miraba de frente, a veces de reojo, fumaba un cigarillo, susurraba cosas a la gente de su grupo, y miraba despectivamente a la chica con la que estaba bailando Panorama. Así que en el

pleno baile se le acercó y le dijo:” todos los de La Salle son unos maricones, a ver, si eres tan valiente, vamos afuera y demuestra si eres hombre”.

Panorama excitado lo empujó y se le vinieron encima él y cuatro más. Las chicas se escurrieron rápidamente entre la gresca que se armó, y los pocos que estábamos cerca, empezamos a repartir “combos” a diestra y siniestra, a donde cayeran, y más de uno lanzó patadas. Se apagó la música, se prendieron las luces, y una mancha trezada de gente terminó saliendo apachurrada por la puerta de entrada hacia afuera. Bamby, quien había estado en el jardín, que quedaba en la parte trasera de la casa, fue uno de los últimos en salir y en enterarse de lo que estaba pasando, por lo que se dirigió al parque, donde los dos grupos se habían juntado, listos para empezar la disputa. Reconozco que Bamby llegó a tiempo para evitar que el grandazo le diera una paliza a Panorama y que los Pepes arremetieran contra los pocos que sabían pelear en el grupo. La discusión se prolongó por media hora entre empujones, palabrotas, algunos que sacaron cadenas y espectadores que pugnaban por ver el desenlace. Bamby tuvo que apaciguar más de media hora para calmar los ánimos y que la pelea se suspendiera pues en verdad estábamos en desventaja numérica. Ni Panorama ni el grandazo se pusieron de acuerdo y fue imposible reconciliarlos. Era un asunto de hombre a hombre, de grupo a grupo, también de colegio a colegio y no se podía quedar así. Se citaron al sábado siguiente, a la salida del show que presentaría Radio Panamericana, en el Coliseo Arequipa.

He recordado las frías noches de mayo, pero las noches de verbenas, no las ha olvidado, Javier había ingresado a quinto grado, y la señorita Catalina, quien había continuado con ellos como profesora titular del salón, les había dicho que la clase debía preparar un número para los actos por el aniversario del colegio. Y es que el colegio cumple años en mayo y, en ese mes, no sólo se celebra el día del deporte, sino la tradicional verbena lasallista. Cuando Javier salió de su casa esa noche, sin portar su mochila ni llevar atuendo alguno, el

colegio lo esperaba, con todas las luces de la entrada, encendidas. Javier recuerda haber llegado temprano, como a las seis, y recuerda que a esa hora, una fila de anticucheras ya se habían apostado a la salida de la puerta principal y, adentro, con días de anticipación, se habían colocado un estrado en medio de las canchas de basket, para que actuaran allí, los representantes de las secciones de secundaria. Porque las secciones de primaria, no sólo eran las primeras en iniciar los actos de la noche, sino que principalmente presentaban números, que se desarrollaban en la explanada de cemento. Al ingresar Javier al colegio, pudo ver que las luces de los salones de ambos pabellones estaban todas encendidas y, en cada uno de ellos, se encontraban profesores y padres de familia, que ayudaban a los alumnos, que por interpretar números que requerían disfraces o vestimenta especial, tenían que cambiarse y arreglarse. Javier bajó por las escaleras principales hacia el patio y vio que todos los quioscos y puestos de venta de gaseosas y platos típicos, estaban bien dispuestos, ya se veía una hilera de jóvenes que ingresaban para espectar los números que recién habían empezado. Pero detrás de todo eso, Javier sabía que la velada, el local del colegio y la “sketchs”, eran en realidad un pretexto, porque en el fondo, esa noche, era la noche del encuentro de chicos y chicas, que se dedicaban a conversar, coquetear, caminar en grupo o pareja, y hasta “desaparecer” por las inmediaciones de la gruta, que no tenía foco alguno. Así que a partir de las nueve de la noche, era el Hermano Roque, quien tenía que pasar una “revisión” a las bancas y ambientes de la gruta, en la que no pocas veces encontró a más de un alumno “in franganti”. Los números de todas las secciones, acababan generalmente entre las once y las doce de la noche. Javier no recuerda haberse quedado hasta tarde; sólo recuerda haberse quedado hasta los actos de sexto grado. Pero no ha olvidado que al querer salir a esa hora por la puerta principal, no pudo hacerlo, porque era tal la cantidad de gente que entraba, que era imposible pasar por esa puerta que había quedado chica. Los empujones, las apretaderas y gritos de ese gentío y mar humano, eran

comunes entre las ocho y diez de la noche. Cómo no ingresar a La Salle si ese día era el punto de encuentro de todos los jóvenes de la ciudad. Al no poder salir, Javier quedó sentado junto a las bermas de los jardines, esperando por un buen rato a que desapareciera esa confusión. Poco después, pudo salir, rumbo a casa. Había pensado: “qué bueno que aún no estoy en secundaria”.

Capítulo V

El Mapache me dijo que por las fiestas de la ciudad, el día de la serenata no bajaría a la Plaza de Armas, sino a la Plaza de San Francisco, que queda en el corazón de Arequipa Metropolitana. Yo le dije que ese sábado, había quedado en buscar a Gonzalo para salir con él por la noche a esperar la quema de “castillos” y fuegos artificiales, pero el Mapache me dijo que iba a perder el tiempo. “No hay como tomarse una dianita o un ponche allá en la plaza, me dijo. Además, van a tocar algunos grupos de rock y música latinoamericana, así que no te lo pierdas”. Quedamos en encontrarnos en la plaza, junto al monumento del santo, como a las nueve. Al caer la noche bajé hasta La Negrita para buscar a Gonzalo como a las ocho y cuando llegué, ya me esperaba en la puerta. Bajamos por Argentina, caminamos al parque universitario, tomamos La Salle, agarramos Melgar, y cuando estuvimos a dos cuadras de la plaza, divisamos un tumulto de gente que deambulaba en medio de los vendedores de algodón azucarado, globos flotantes y manzanitas endulzadas. Al llegar, nos confundimos entre la gente y no divisaba al Mapache hasta que lo encontré sentado en una de las mesas del fondo, cercanas al atrio de la iglesia. Estaba tomando, pero no de las botellas del preparado que venden por las tiendas de Ayacucho o Puente Grau, sino de una taza de ponche, de esas que se toman con su copita de anís y que los sirven las vendedoras. “Menos mal, pensé; porque si no, me haces quedar mal con Gonzalo”. Pero Gonzalo ya sospechaba que era medio borrachito y que me estaba llevando por el camino de la perdición. Yo sé que él, siempre se preguntaba: “¿por qué Espidy sigue saliendo con él?” Pero no me decía nada y yo tampoco a él. ¿Cómo confesarle que me gustaba la enamorada de mi mejor amigo? Cuando se lo presenté, se dieron un apretón de manos y aunque la verdad, pensé que con Gonzalo no

“encuadraría”, me equivoqué y hasta terminamos yendo con él hasta Ayacucho (a una de esas tienditas), para comprar un “cortito”. Pero nos decidimos por una de pisco y dos gaseosas de litro para combinarla. Yo pensé: “ahora sí que lo matamos a Gonzalo”, pero se veía tranquilo y parece que en el fondo, él también quería tomarse sus copas, porque como en el colegio habíamos salido de vacaciones de medio año y ya estaban por terminar, porque era mediados de agosto, entonces no había nada que perder. Así que regresamos de bajada a la plaza y allí nos encontramos con varios amigos que habían llegado, y el Mapache se había encontrado también con medio mundo, menos con su enamorada. Eso me llamó la atención sobremanera y cuando le pregunté qué había pasado con Luz Marina, me dijo que la había llamado y que no la encontró, pero que para celebrar su “desencuentro” con ella, nos invitaría unos anticuchos al final de la velada. “Y por si acaso, ve si no conoces algunas chiquillas por allí, a lo mejor sale algo y las podemos meter en la oficina”. Lo que me dijo fue una abierta insinuación a sacarle “la vuelta” a Luz Marina, y yo se lo dije mientras él se servía un sorbo de la botella que contenía el líquido ya mezclado. “En esta sociedad, el hombre es quien lleva los pantalones, me dijo. O es una o es otra. Así de simple”. Cuando quedé mudo pensando lo que había dicho, una silbatina y una cadena de aplausos se escucharon, y la gente se fue moviendo hacia el lado del atrio de la Iglesia de San Francisco, donde se había colocado un estrado con columnas de sonido a los costados para el show que presentarían los grupos rockeros locales y los de música latinoamericana. Eran las diez y el show debería empezar. Los ánimos se encendieron, cuando salió el primer grupo: cuatro pelucones que traían guitarras y uno de ellos con guantes, agarrando dos palitos con los que iba a tocar la batería. Estaban todos con bluyín y zapatillas. La gente empezó a apretar. El Mapache había quedado más adelante y nos pasó por encima de las cabezas de la gente, una de las botellas del preparado. El ya estaba en su “salsa” y hasta armó su grupito adelante con unos amigos quienes en “círculo cerrado”, pasaban la botella. Pero nos dejó

solos y lo poco que nos dió no alcanzó, porque en agosto hace frío, y a esa hora de la noche, como a las once, tuvimos que comprar más. Nos volvimos a reencontrar con él, al final de las presentaciones, como a la una. A esa hora casi toda la gente se dirigía a la Plaza de Armas, donde quedaban todavía algunos castillos por prender y donde hay siempre más volumen de gente. Pero el Mapache antes que dejáramos la plaza, nos dijo que había visto tres limeños, que lo empujaban en el espectáculo, mientras tomaba. “Estoy seguro que querían bronca”, nos dijo, pero nosotros, tratamos de cambiar su idea y le dijimos que seguramente estaban bailando al ritmo de la música. Pero nos respondió que no. “Hay que ver cómo se movían. Incluso, estoy seguro que uno de ellos me dio un codazo. Ese que va allá ¿Ven?”. A simple vista no pudimos ubicarlos pero después, divisamos que a media cuadra los tres limeños bajaban por Zela abrazados. Se notaba que estaban algo “picados”, pues caminaban como en zig-zag. Al llegar a la esquina, voltearon por Santa Catalina, seguramente como para llegar a la Plaza de Armas. El Mapache no se quedó atrás y como estaba medio tomadito, nos pidió que lo acompañáramos, porque les iba a pegar. “Son tres y nosotros también”, nos dijo. Y aunque nos dio algo de temor, como el trago había también trabajado algo en nosotros, decidimos acompañar al Mapache, para ver si había algo más de acción. Bajamos por Zela, volteamos por Santa Catalina, cruzamos Morán y recién les dimos alcance por San Agustín. A partir de allí el Mapache empezó a piroppearlos, pero no hicieron caso, o se hacían los desentendidos, una de dos. Avanzaron hacia la pileta que queda en el centro de la plaza. Ya a esa hora la gente se había dispersado; en ese lado no había ya mucha gente y se sentaron los tres al borde de la pileta. Uno de ellos, el más chiquito, se había lavado la cara con el agua que salía de la pila, con la intención que se le pasara la borrachera. Los otros dos permanecían sentados con las cabezas gachas y las manos cruzadas. Cuando llegamos los tres, Gonzalo se acercó al chiquito, quien se estaba secando la cara con sus manos, y le preguntó “cómo estaba el agua”, una clara

insinuación a un reto entre ellos. Pero el chiquito no reaccionó y se le veía asustado. Los otros dos despertaron y uno de ellos preguntó qué pasaba. Allí el Mapache se le acercó y lo “cuadró”, preguntándole por qué lo había codeado en la Plaza San Francisco, en medio de la gente. El limeño no respondió y empujó al Mapache diciéndole qué diablos se creía. En ese momento Gonzalo y yo nos preparamos para lo que podía empezar, pero que mal, porque los dos amigos del limeño que empujó al Mapache, ni siquiera salieron en su defensa. Es más, el de su costado, quiso meterse entre los dos para calmar los ánimos y suspender cualquier conato, pero fue allí donde yo intervine y de un empujón lo saqué a un costado. No dijo nada. Quedó mudo. El otro limeño le dijo al Mapache que no le tenía miedo. El Mapache arremetió y con un brazo lo agarró del cuello, pero el limeño se agachó y le mandó un codazo en las costillas (ese sí fue real). El Mapache lo sintió y lo dejó, pero al retroceder un poco, se aguantó, tomó aire y volvió a arremeter, de frente, sin patadas, algo de costado cubriendo con una de sus piernas los genitales y enviando golpes alternados, que chocaban en las manos y hombros del limeño. Algunos espectadores se habían acercado. Ví que habían algunos policías, pero estaban en una de las esquinas y no se daban cuenta. El limeño chiquito no se movía y Gonzalo estaba dispuesto a “molerlo”. El otro limeño quiso meterse dos veces, pero yo lo interferí. Llegó un momento en el que me molestó y le mandé una patada en el estómago y con eso lo calmé (dicho sea de paso me salió de suerte). Pero el Mapache continuaba y sólo casualmente había roto el polo al limeño, en pedazos y hasta en una arremetida lo sacó a los jardines. No pudo seguir dándoles porque los separaba un árbol, lo que aprovechó el Mapache para esquivarlo, dar la vuelta y mandarle un buen “combo” que le abrió la ceja. Cuando el limeño vio sangre se asustó. Los espectadores los separaron y el chiquito y el otro limeño se acercaron a su amigo y lo llevaron a la pileta donde se lavó el rostro. Después de eso dijeron que iban a hacer las paces y que ambos deberían darse las manos, pero el Mapache dijo que eso era “cuento

viejo” aunque accedió. Y no se equivocó, porque cuando le dio la mano, al Mapache, con la otra le pegó en la cara, y fuerte. “¿No les dije?”, murmuró el Mapache, tocándose el rostro y algo agachado.

•

-El Quinto “A” es la desvergüenza del colegio – dijo el Hermano Roque, ese día, temprano por la mañana.

Los primeros en bajar la cabeza fueron Bronco, Panorama, Punky y Twicky.

Se desplazó a lo largo del alto relieve, donde los profesores dictan clases frente a la pizarra, y tomó asiento en el pupitre. Todo el salón se había parado en señal de respeto cuando entró.

-Tomen asiento-dijo.

Y toda la sección se sentó.

Abrió su maletín y sacó unas hojitas engrapadas, que el Departamento de Organización y Bienestar del Educando (OBE), las prepara cada semente y las entrega a los profesores y Hermanos del Plantel con las estadísticas y resultados en el rendimiento individual y grupal de cada una de las secciones.

-Esto es terrible –dijo-. Acabo de recibir el reporte de OBE y el Quinto “A”, ocupa el último puesto entre las doce secciones de secundaria.

Hizo una pausa por un momento y la noticia no pareció intrigar a muchos: algunos por la expresión de su rostro, parecían sentirse culpables; a otros, simplemente les iba y les venía, acostumbrados a sacar bajar notas, no era novedad.

-El promedio de la clase es 11.2 –afirmó el Hermano, molesto-. Lo que equivale a un 56% de rendimiento...¡Cincuenta alumnos reprobados y sólo tres invictos! – añadió-. Arredondo, Velásquez y Rojas, su brigadier.

La clase enmudeció. Todos le quedamos mirando, sin decir una sola palabra, con los brazos cruzados o las manos juntas sobre las carpetas. Después el Hermano se paró y dando algunos pasos se dirigió a todo el salón. Dijo:

-Con treinta alumnos reprobados con más de dos cursos, jamás se ha conocido fracaso más grande en este colegio que tiene el prestigio bien ganado. Había colocado las manos en los bolsillos de su pantalón. Teleméricamente dio una mirada a todo el salón y continuó-. ¿Y vamos a permitir que una promoción como la de ustedes, eche por los suelos años de labor y sacrificio? Está demás decir, está demás –repitió-, que las notas en disciplina y conducta están por los suelos y, no sólo por su comportamiento dentro del plantel, sino que ya sé que es por algo más.

Las miradas inquietas que se daban unos con otros, parecían adivinar el destino de los insurrectos de La Salle.

-Es tiempo de reflexionar, de madurar, de pensar en serio señores – insinuó-. Romper baños, puertas y pelearse, no es ninguna broma ni algo que se puede dejar pasar así porque sí.

El Hermano vaciló antes de añadir:

-Esta promoción, está demostrando sólo una cosa: su falta de rendimiento debido a la indisciplina y la anarquía de valores que se ha formado, cosa que no puede continuar. Calma –repuso el Hermano-. Es hora que piensen en su futuro, hora que tomen el camino correcto del Perú de mañana. Si no lo hacen, jamás podrán salir adelante.

El Hermano había regresado al escritorio y levantó un maletín.

-A Rojas y Arredondo, los quiero en la Dirección a la salida –concluyó, y guardando el reporte en su maletín, abrió la puerta y se retiró.

Entendemos mejor las cosas, porque lo que pasó con los “Pepes”, fue una cuestión de “dime que te diré”, y detrás de todo eso, hubo siempre una justificación. En primer lugar, Arequipa se ha caracterizado por ser una ciudad, que ha conservado tradicionalmente, una organización de “status” que es cerrada. Quizá yo a estas alturas no lo vea así, pero es algo que ha existido y continua existiendo, aunque con menor intensidad. El predominio de una clase social sobre otra, y los obstáculos que pueda poner aquella sobre ésta, es algo que frena el desarrollo, pero que muchos pueden verlo como algo “necesario”. Si una persona va a lograr desprender un cambio social, lo hará en virtud de la conveniencia hacia su status y por interés a su grupo social. Y, si eso subsiste, todo lo que es oposición, es considerado como algo “malo”. Entonces el reflejo de todo eso, hizo que de alguna manera, todos nosotros seamos rebeldes, pero era una rebeldía que dentro de la originalidad de cada uno de nosotros en el grupo, renegaba por el sistema y buscaba romper los esquemas de una sociedad controlada y dirigida por parámetros que habían sido impuestos para la conveniencia de algunos. En segundo lugar pienso, que más allá del conflicto de las clases medias, está la natural rivalidad que surge en esa edad, por el contacto que se tiene con las chicas de clase media y alta que, por lo general, son bonitas. Y, por último, el buscar independencia del hogar, lleva inevitablemente a muchos a buscar un refugio anímico en el grupo del barrio o del colegio. A mí me ha pasado, no crean. Hasta en el grupo siempre decían: “Bronco está por aquí, Bronco está por allá”. Y reconozco que todo lo hacía voluntariamente y hasta renunciando a algunos principios personales. A veces, en situaciones diversas, el espíritu del grupo es el que comienza a determinar conductas, pero que son momentáneas o que no se ubican bien en el tiempo. Porque, ¿quién no se siente bien saliendo con la mayor cantidad de sus amigos, los fines de semana a las fiestas o reuniones que puedan presentarse?. Incluso estando en grupo, es más fácil conocer chicas, y eso fue siempre una característica de nosotros. Porque si yo conocía alguna, inmediatamente la

presentaba a los demás y nos hacíamos amigos. Así también era más fácil que ellas nos invitaran a sus fiestas, que eran muy buenas. De modo que todo era como un círculo en el que directamente uno entraba por un lado o por otro. Y si después vinieron las preferencias, o si después por toda la Metrópolis ellas comentaban más de nosotros, era eso algo exclusivamente original porque en el grupo nadie copiaba nada del otro. Cada uno se presentaba como era y hacía las cosas de acuerdo a lo que le dictaba su gusto y su conciencia. Pero eso sí, nadie podía tocarnos, porque el apoyo era mutuo e incondicional. Yo mismo he estado en varias situaciones comprometidas y, así como he ayudado, me han ayudado también y he sabido salir de buenas. Por eso siempre pensé que por algún tiempo, yo debía seguir con ellos, interrelacionando experiencias y viviendo la adolescencia, tan crudamente como muchos la ven. Dentro o fuera de la casa, lo que uno siente es igual. ¿No es bonito frecuentar una chica, visitar su casa con los amigos, bailar con ella en las fiestas y llamarla por teléfono? Entonces, si eso se torna cotidiano y es algo que le agrada a uno y que lo hace autoafirmarse proyectando sentimiento en la otra persona, no veo la razón por qué uno debería encerrarse solo y afrontar las cosas como quiere verlas, sino, como son en realidad.

Después del toque de campana que avisaba el fin de clases a las dos y cinco, guardaron cuadernos, libros, todos los útiles y partieron.

Adentro, Rojas, el brigadier, esperó como de costumbre a que todos salieran, para cerrar la puerta del salón y retirarse. Pero Bamby lo esperó. Salieron juntos y después de pasar por las secciones de cuarto, bajaron las escaleras principales y llegaron al primer piso, chocando con las columnas que están al frente de la Dirección.

-Tú espera aquí , Bamby -dijo Rojas-. Voy a ver qué necesita el Hermano.

-Está bien –dijo Bamby-. Me avisas.

Rojas se acercó a la puerta que tenía ventanillas de vidrio enmarcadas en cuadros delgados de madera y después de mover la manija, empujó la puerta, dio un paso hacia adelante y metió la cabeza como para cerciorarse que era el Hermano Roque quien estaba adentro.

-Pase, pase Rojas –le dijo-. Dígale a Arredondo que espere.

Rojas le hizo a Bamby una señal con la mano y éste le contestó moviendo la cabeza en señal de afirmación.

Cuando Rojas entró, el Hermano le desocupó una silla que estaba con libretas de notas del Primero “C” que no las había firmado.

-Tome asiento –dijo.

Y Rojas se sentó.

Después el Hermano caminó alrededor de su escritorio y se sentó en un sillón que está debajo de un cuadro con el retrato de San Juan Bautista. Inclino el sillón hacia su derecha, como poniéndose cómodo, se movió apoyando el codo en el brazo del sillón y habló.

-Muy bien Rojas –dijo-. Creo que he pensado en usted no sólo porque es el brigadier y uno de los mejores alumnos sino porque sé perfectamente que está enterado de lo que sucede en la sección.

-¿Yo? ¿Enterado? –pensó Rojas.

-La verdad Hermano, no sé por qué me ha llamado, pero si es por el bajo rendimiento del salón, entonces sé que tiene usted razón –contestó.

-Hay algo que me preocupa mucho Rojas, y que no puedo decírselo en estos momentos, porque primero quisiera hacerle algunas preguntas.

“Y si me dice qué es lo hacen, qué hago; y si me dice qué es lo que dicen, qué digo”.

-Estoy atento Hermano.

El Hermano dio un respingo y preguntó:

-Rojas, ¿alguna vez ha visto a los del quinto “A”, tomar en los recreos?.

Rojas pensó poco y fue sincero.

-No. Hermano.

-¿No fuman tampoco?

-No, Hermano, para nada. Dentro del colegio en los recreos sólo juegan fútbol o basket. Y en la clase lo único que hacen es “chacota”.

La respuesta no pareció convencer mucho al Hermano.

-¿Y en las salidas? –preguntó.

-Tampoco Hermano –contestó Rojas-. Nunca he visto a nadie tomando o fumando en las salidas. Lo único que sé, es que afuera, los fines de semana la cosa es brava.

Rojas pensó: “Ahora sí que no la veo. Ya metí las cuatro”.

-Un momento Rojas – interrumpió el Hermano-. Explique eso de que no fuman ni toman pero que afuera la cosa es “brava”.

Rojas lo miró y empezó a mover sus manos a la par con lo que decía. Sabía que no podía mentir y por eso su rostro estaba serio.

-Sí Hermano. Lo que trato de decirle es que fuman y toman pero sólo fines de semana y en otro lugar.

-¿Y usted sabe dónde? –preguntó el Hermano, clavando la mirada en él y como obligándolo a decirlo.

Rojas tragó saliva y respondió.

-En La Victoria Hermano. En el Parque Universitario, creo, o a veces en el estacionamiento de la universidad.

El Hermano Roque quiso seguir escudriñando.

-¿Y me puede decir quienes son esos? –preguntó.

-Bueno Hermano –contestó-, realmente nombres no creo que pueda decirle porque son muchos.

El Hermano se dio cuenta que Rojas no quería ser un delator.

-Ah, entonces es un grupo bastante grande –insinuó.

-Sí, son más de treinta –dijo Rojas.

El Hermano Roque juntó sus labios como mordiéndolos y levantó las cejas. Los ojos saltaron.

-¿No ha notado usted últimamente alguna discordia o enojo entre los compañeros del salón? –dijo, lanzando la pregunta.

-No Hermano, no he notado nada –respondió Rojas, en seco.

-Algo así como una pelea que haya habido entre ellos este fin de semana pasado –murmuró interesadamente.

Rojas pareció quedar perdido en su propia mirada mientras lo pensaba.

-No Hermano. Por el contrario, todos somos muy amigos y estoy seguro que al salir, quienes me vean, van a preguntar qué ha pasado.

-Mire Rojas, le voy a ser sincero.

El Hermano reclinó el asiento hacia adelante y pasó sus dedos por la frente agachando la cabeza.

-El día de hoy hemos recibido un reporte policial cuya copia también ha llegado al colegio San José –confesó.

Rojas frunció el ceño como sorprendido.

-No le entiendo Hermano –dijo-. Qué tiene que ver la policía con todo esto.

-Mire –susurró el Hermano, sacando un documento de uno de los cajones del escritorio-. Lea esto detenidamente –añadió.

Rojas recibió el documento, un papel blanco con membrete de la Primera Comisaría que decía así:

Reporte N° : 425
Día : 2 de Octubre
Hora : 6:30 p.m.
Lugar : Parque “Los Condes” –La Perla.
Patrulla : P102-209 EDE

Oficial : Sgto. Juan Alvarez A. y Sgto 2do. Pedro Caserinas M.

Mi mayor:

Siendo la hora indicada en el parte, y habiendo recibido una llamada proveniente de la Central, en momentos en que nos encontrábamos prestando servicio en las inmediaciones del Coliseo Arequipa, después del show de Radio Panamericana, nos movilizamos en la unidad arriba mencionada al parque conocido con el nombre “Los Condes”.

Al llegar al lugar, la descripción de los hechos es el siguiente:

Aproximadamente treinta jóvenes vestidos con casacas blancas con franjas azules y celestes, intercambiaban golpes contra aproximadamente otros treinta, vestidos todos con chompas azules con franjas blancas al costado del brazo derecho.

En los alrededores del parque, se encontraban aproximadamente cuarenta individuos, entre ellos jóvenes que presenciaban el suceso y algunos vecinos del distrito que habían salido.

El altercado duró aproximadamente diez minutos. Decidimos aproximarnos al lugar de los hechos después que llegara la unidad P101-209 USE, momento en el cual se dispersaron con rumbo desconocido sin que hayamos encontrado heridos graves, armas blancas o de fuego.

A su servicio:

FIRMAS

- ¿Qué le parece Rojas?

Rojas quedó pensativo y recordó todos los rumores que habían corrido la semana anterior en el colegio. Sólo atinó a decir a media voz: “sí, son los de La Victoria. Se pelearon con los del San Pepe”.

El Hermano comprendió que Rojas ya poco podía ayudar, así que decidió agarrar el toro por los astas.

-Está bien Rojas, puede retirarse. Dígale a Arredondo que pase y usted espere afuera.

-Como no Hermano –dijo Rojas, aliviado, parándose de la silla.

-Una cosa más.

-Sí Hermano, dígame.

-Por favor trate de ser lo más discreto posible en este asunto.

-Como no Hermano –murmuró-. Así lo haré.

Salió caminando lentamente, abrió la puerta y le indicó a Bamby que pasara. Bamby no le preguntó nada, se arregló la camisa, abrochó su casaca y tomó el cartapacio que dejó en el suelo, se acercó a la puerta, la cerró y se quedó bajo el umbral.

-Buenas tardes Hermano –le dijo.

-Pase Arredondo, tome asiento.

Bamby entró caminando sin imaginar nada del asunto y se sentó.

-Dígame Hermano en qué puedo ayudarle –dijo. El Hermano Roque hizo una pausa antes de empezar la conversación.

-Fíjese Arredondo –exclamó-. Acabo de hablar con Rojas sobre un asunto muy serio, y la verdad, he querido hablar con usted porque sé que puede ayudarnos tanto a mí como al colegio.

Por lo que oyó, Bamby se dio cuenta que era algo importante.

-Usted dirá Hermano –replicó,seguro.

-Siempre he tenido un concepto muy alto de su persona, porque usted siempre ha demostrado ser alguien con mucho criterio. Además, usted es un

ejemplo para todos los alumnos del Quinto “A” –agregó. Lo he llamado porque ya sé que la semana pasada ha habido una pelea muy fuerte con los del San José.

Bamby pareció impactado por la noticia. Se quedó callado por un momento.

-¿No me va a decir nada al respecto? –preguntó el Hermano, insinuándole a contestar.

-Sí Hermano –dijo Bamby, sintiendo que sus manos le empezaban a temblar-. Sí Hermano, ha habido una batalla campal –replicó.

-Usted ha estado allí ¿verdad?

“Si le digo que no, aquí las mato”, pensó Bamby.

-No se equivoca Hermano, pero déjeme decirle que mi presencia en ese lugar se debió sólo para evitarla.

-Y yo le creo Arredondo, yo le creo –asintió el Hermano-. Pero quisiera que lea primero este documento que ya estuvo en manos de Rojas –confesó.

Lo sacó del lugar donde lo había guardado. Se lo dió y Bamby y lo leyó. Después se puso aún más nervioso, levantó los ojos y no se movió. Su rostro quedó impasible, no revelaba ni curiosidad ni sorpresa.

-Pero eso no es todo –añadió el Hermano-. Tengo otro documento, una carta que llegó al colegio hace un mes, del administrador del Casino, quejándose de la conducta de los alumnos del colegio.

-Sacó un papel tamaño carta que tenía en un folder guardado en uno de los cajones con llave. Lo leyó en voz alta:

“Día cuatro de setiembre, por la noche, en el Casino, dijo. ¿Usted estuvo allí Arredondo?

“Fue la fiesta de la coneja, recordó Bamby”.

-Sí Hermano. Fue la fiesta de la Tula Marroquín.

-¿Y ya sabe todos los destrozos que hicieron sus amigos?

-No Hermano. Exactamente no –contestó Bamby, quien se daba cuenta que ya era objeto de interrogatorio, las manos se le habían helado y una gota de sudor se miraba bajando por su sien.

-¡Dos lunas rotas en el baño, tres sillas del ambiente principal, destrozo de todas las flores y plantas del jardín y todas las paredes del baño pintadas de spray con las iniciales “PLS”! –exclamó el Hermano muy acalorado.

Bamby bajó la cabeza y sólo pensaba: “todo lo que han hecho los Pololos, ¡mierda!”.

-Como ve Arredondo, tenemos que poner fin a estos actos de vandalismo que atentan contra la imagen del colegio, no nos queda otra alternativa.

-Lo sé Hermano –dijo Bamby, en tono bajo.

Después de una pausa el Hermano dejó su sillón, caminó rozando el borde del escritorio y cruzando los brazos se dirigió a Bamby.

-Como se lo dije, yo le tengo aprecio y no quiero hacerle daño: -le puso la mano sobre el hombro-. Botando a media sección del Quinto “A” no vamos a solucionar el problema, y además, faltan menos de dos meses para finalizar al año escolar –repuso-. ¿Puedes decirme qué significan las iniciales “PLS”? –preguntó. ¿Tiene eso algo que ver con el colegio?.

Bamby pensó la respuesta que debía dar y se lo dijo.

-“Pololos” Hermano.

-¿Pololos?

-Sí Hermano. Los Locos de la calle Polar.

El Hermano dedujo la contradicción después de pensarlo un instante.

-Usted vive en La Victoria, ¿cierto? –preguntó.

-Sí.

-En Jorge Polar ¿verdad?

-Sí Hermano.

-¿Y en esa calle viven, Fernández, Hernández, Godinez, Rodríguez y Martínez?

-Sí Hermano.

-Y usted pertenece a ese grupo ¿verdad?

-No Hermano. Todavía no me han “salado”.

-¿Cómo? –exclamó el Hermano, apoyando la pierna sobre el escritorio quedando sentado a medias.

-Salado, ¿qué es eso?

“Ya estoy en el coche y no puedo bajarme”

Es el “bautizo” en el grupo. Lo agarran a uno entre varios, diez por lo menos y lo dejan sin ropa.

-A ver, a ver, vamos por partes –murmuró el Hermano-. Los Pololos tienen un bautizo.

-Sí Hermano.

-Cálmese –dijo-. Hable con confianza. Quiero que todo esto que me dice aclare el asunto.

“Ahora sí que me consagré. Esto es el fin del mundo”

-¿Por qué han peleado? –insistió el Hermano.

-Por las chicas.

-Dígame qué chicas –insinuó.

“Y si suena el teléfono, y si tocan la puerta, y si me voy corriendo”.

-Las chicas del Sagrados”. Casi todos los del grupo enamoran con ellas para estar adentro.

-¿Para estar adentro? –preguntó el Hermano.

-Quiero decir para que nos inviten a las fiestas.

- Y entonces...

- Es que los del San José les faltan el respeto Hermano.

- Bueno eso, podría pasar, pero necesito saber qué más hacen en ese grupo.

“Y si miento, y si le invento, y si me salvo yo solo”.

-Por lo general –dijo Bamby-, los fines de semana, “mataperros”, fiesta, y “bronca”.

-¿Mataperros?

-Y ahora cómo salgo de ésta”.

-Sí. Se movilizan tomando taxis por todo Arequipa sin pagar un centavo.

-¿Cómo? –se mueve el Hermano, su mirada muestra intriga-. ¿Y a usted le parece bien eso?

-No Hermano; cuando estoy yo todos pagan y, si no quieren pagar, después les cobro –repuso Bamby.

- ¿Y quién es el cabecilla?

- No hay cabecilla –contestó.

- ¿Y entonces quién arma la pelea?

“Bronco, me vas a perdonar, te juro por lo que sea que no quiero decírselo”.

-Bronco, Hermano, le encanta la “bronca” y organiza las saladas.

-Hable más despacio –dijo el Hermano-. Controle sus nervios.

-Dígame quién ha pintado las paredes –insistió.

“Punkito lindo, no te enojas, te juro que tú eres mi pata”.

- El Punky, Hermano.

- ¿El Punky? Dígame apellidos señor.

- El Punky, al que le gusta la música loquita.

- Ah Martínez, bueno.

- ¿Y Lovera?

“Espidy, yo hablo con tus papis, les digo que todo esto es un malentendido”.

-¿Lovera? Bueno, Lovera es el encargado de destrozarse los baños y de los “Zafaris”.

-¿Zafaris?

-Sí. Saca la camioneta, la llenan de piedras y por todo Arequipa rompen lunas por la noche a toda velocidad.

-Termine Arredondo, creo que me voy a caer.

-Todos los demás “le dan” al trago y son conocidos por hacer las escenas más bochornosas.

-Por ejemplo...

-Hacen chacota en los cines, bailan con la corbata amarrada a la cabeza, se “zampan” a las fiesta. Le “caen” a una chica y después a otra, en fin. La última vez, antes de empezar un quince, se apoyaron en la mesa e hicieron caer la torta de tres pisos.

El Hermano pensó: “esto es el fin del mundo”.

-Suficiente Arredondo, no siga –dijo.

Bamby permaneció inmóvil en su sitio. Seguía sintiéndose inquieto.

-Hermano, la verdad quisiera ayudarlo porque sé que ni usted ni yo, somos culpables de todo lo que han hecho en el grupo, pero debe tener en cuenta, que si expulsa a todos, va a ser por mi culpa.

-No, no, no, Arredondo. Yo no quiero hacer ningún daño a nadie – exclamó el Hermano, sobresaltado-. Lo único que quiero saber es quién es responsable por estos actos que tienen preocupados al personal del colegio.

Bamby se dirigió al Hermano y, en un tono de franqueza, le dijo:

“Hermano, todos somos responsables”.

En ese momento, el Hermano Roque reclinó el cuerpo apoyando sus manos sobre el escritorio, hallando en su pensamiento una solución rápida al problema.

-Entonces dígame a Rojas que regrese –repuso-. Le voy a dar treinta papeletas de suspensión por tres días para todos los del grupo. No se diga una palabra más. Puede retirarse.

Bajo ese terno plomo, sencillo y memorable, ha recordado al Hermano Roque. Javier había culminado la primaria. Pasaron aquel día por su mente, los prolongados días de estudio, de trabajos, de horas enteras de juegos y partidos en las canchas, de excursiones y paseos, de penas y alegrías con sus compañeros, de rumores de quien era un hombre que inspiraba temor y respeto. Al ingresar a secundaria, el rostro tranquilo y la mirada severa del Hermano Jaime quedaba atrás en el recuerdo, y daba paso a una nueva etapa, donde la responsabilidad y la madurez se hacían imperativas. Los horarios de las clases y recreos se cambiaron. Javier sabe que las secciones de secundaria tienen los horarios prolongados y los recreos recortados. Queda colgado el mandil, el profesor único del salón desaparece y también el tenue sonido de la campana pequeña del segundo piso. Aparecen los salones de las secciones “C” hasta tercero, los profesores con especialidad en curso, la elección de brigadieres y de el leccionario. El encargado de el leccionario es quizá el compañero que tiene la mayor responsabilidad, porque debe hacer firmar el parte a los profesores, debe anotar a los ausentes y los que llegaron atrasados y, sobre todo, debe colocar los puntos de disciplinas y conductas que ordenan los profesores se anoten contra los revoltosos y traviesos. Los leccionarios no recuerdan haber colocado el nombre de Javier en ese libro, ni Javier ha recordado al Hermano Roque colocándole conductas. Lo ha recordado sí, a la hora de formación por la mañana, llamando a los alumnos que han acumulado mayor puntaje en el leccionario las primeras semanas del año. Ha visto a muchos llegar a la Dirección o la Prefectura antes de clases, y salir de allí, algunos con rostros preocupados, y la mayoría, con signos de dolor, porque el Hermano Roque siempre supo corregir con rigor. Pero bajo esa contextura corpulenta y ese caminar bamboleante, ha recordado a un hombre enérgico que siempre castigaba con medida y premiaba con certeza. Un hombre con el don de la JUSTICIA, que lo caracterizaba como símbolo de todo lo que los lasallanos se han sentido orgullosos. Sabía Javier que él era un hombre que identificaba su

vida con La Salle, para quien la misión más importante era conducir jóvenes por la senda del estudio, conducir hombres de bien, que mañana serían el futuro de la patria. Siempre dispuesto a colaborar con el progreso del colegio, muchas veces lo vio por horas en su oficina, corrigiendo exámenes, firmando libretas, hablando con padres de familia, contando puntajes del leccionario, revisando los reportes de brigadieres y aun conciliando a compañeros. Cuando éste último no lo lograba, tenía dos pares de guantes de box en su oficina que se los daba a los rivales a la salida. Javier no recuerda haberlos usado alguna vez, pero sí recuerda muchas “mechas” en los gramados, entre compañeros de un salón o de salones diferentes, pero que al final, terminaban amistados. Lo ha recordado también caminando sigilosamente por los pasillos del colegio, en horas de estudio, mirando desde alguna de las esquinas de las ventanas, a la caza de alguna travesura o indisciplina. Lo ha recordado por entrar a las aulas y sacar alumnos para que “raneen” o lleguen a la Prefectura para recibir dos o tres tablazos. Lo ha recordado vigilando las formaciones de salida, llamando por su altavoz a quienes no llegan, anotando a los compañeros que marchan mal, persiguiendo alumnos por la gruta oscura en la noches de verbena. No era joven, pero así conservaba su espíritu. Los fines de semana, lo vio pasar muchas veces, temprano por las mañanas, montando en su bicicleta, rumbo a la piscina de Tingo o a la de Sabandía. Sabía que amaba el deporte como amaba el colegio. Javier recuerda haberlo visto caminar en estadios y coliseos controlando a la barra, viviendo cada momento de los partidos, conteniendo las lágrimas cuando el equipo perdía y mostrando alegría cuando La Salle ganaba.

Capítulo VI

-En la segunda cuadra de Universidad ¿cierto?

-Sí, el próximo sábado, a las ocho de la noche, en mi casa –dijo Twicky-.

Todos están invitados.

Ya el grupo sabía de qué se trataba: era un “reventón” para celebrar el cumpleaños de Ramírez.

Cuando Bronco salió de su casa para buscar a Bamby, ese sábado, empezaba a oscurecer. Sin embargo, recién iban a dar las siete, por lo que Bronco se percató que se había demorado más de la cuenta peinándose y afeitándose las patillas con una navaja que le prestó su padre. Salió volando rumbo a la casa de Bamby con los zapatos empolvados.

-Son las siete –dijo Bronco-. Vuela.

-Ya estoy listo, vámonos.

Bronco reaccionó rápidamente.

-Préstame algo de crema para lustrar mis zapatos, lo olvidé.

-Pasa –dijo Bamby, conteniendo la puerta que estaba por cerrar.

Bronco lustró sus zapatos a la velocidad de un rayo y una línea negra quedó impregnada en uno de los calcetines.

-¡Carajo! -exclamó-. Mira lo que me ha pasado. Bamby hizo un gesto como riéndose.

-Ya te bajo un par de calcetines. Espera –dijo. -Bamby, y si puedes una escobilla de ropa –murmuró.

Bronco miró su reloj, se arregló la camisa frente al espejo de la sala en la casa de Bamby, sacó el pañuelo, lo dobló, lo puso en el bolsillo de la chaqueta.

Se contempló y vio que la reconstrucción del crimen había dado resultado: el peinado está intacto.

-Ahorita viene mi padre, y no quiero decirle que voy a llegar tarde – interrumpió Bamby-. Así que vámonos.

-¿Tienes plata? –preguntó Bronco.

-Lo suficiente –respondió Bamby.

Salieron y caminaron hacia Universidad por Jorge Polar. Al verlos pasar, Chalo y Paquimbo que subían, los saludaron.

-Vamos a casa de Espidy –dijo Bronco-. Bamby le va a caer hoy a Rosa Inés. Pasaremos por Rosa Inés y sus amigas y nos encontramos en la casa de Twicky más tarde –añadió.

Al cruzar la calle Universidad se prendieron las luces, pero las veredas continuaban oscuras, las ramas y hojas de árboles del parque Universitario detenían la luz. Llegaron pronto a casa de Espidy quien los esperaba con la camioneta encendida.

-¿Por qué se demoraron tanto? –preguntó.

-Es Bronco –dijo Bamby-. Tuvo que arreglarse el remolino que tenía en la cabeza.

Espidy se rió. Entraron a la camioneta y partió.

-¿Hablaron con Rosa Inés? –preguntó.

-Sí –respondió Bamby-, yo la llamé. Nos esperan en la casa de María Paula a las siete y media.

-¿Va a estar con su amiga Ana Cecilia? –dijo Espidy.

-Claro, y no va estar respondió Bamby.

“Hoy es el gran día”, pensó Espidy.

-Este está templado hasta el cien –afirmó Bronco.

-Quien, ¿yo? Estás loco –exclamó Espidy-. Tú, dirás, que no puedes vivir sin tu amorcito...

Pasaron por el colegio, dieron vuelta por don Bosco, donde queda el Salesianos, prosiguieron por la bajada del Seguro Social llegando hasta Ayacucho, bajaron a mayor velocidad pasando Rivero y Espidy sobreparó en la esquina con Jerusalén, donde hay semáforo. Estaba en rojo.

-Pásatelo –insinuó Bronco.

-¿Qué dices? –preguntó Espidy.

-¡Que te lo paces! –exclamó Bronco.

-¿Estás loco? ¿A esta velocidad?

- Si no lo pasas, te volvemos a “salar” –insistió Bronco. Bamby había quedado desconcertado.

Espidy pisó el acelerador con toda su alma, prefería afrontar eso a pasar una golpiza nuevamente. Los rostros palidieron y la camioneta pasó la intersección rozando el parachoques delantero de un ómnibus de la línea veinte. Bamby, quien había contenido su aliento, dio un respiro.

-Por poco nos matamos –dijo, todavía asustado-. No lo vuelvan a hacer.

-Que, ¿se te hace? –dijo Bronco.

-No, sólo que no deberían hacerlo, o hacerlo cuando están solos –respondió Bamby.

-Ah muchacho, no te preocupes –lo calmó Bronco-. Aquí, no pasa nada –murmuró-. Además, hoy le vas a caer a Rosa Inés ¿verdad? Y Espidy también me ha dicho que se le declara a Ana Cecilia. ¡Tenían que dejar de muñequearse hombre!

-Claro, y seguro que le vas a pedir a Espidy que se tire al río en el Puente Grau...

-No Bamby, los Pololos somos inteligentes, no brutos. No vale perder la vida por una sola mujer.

-¿Por cincuenta?

-No Bamby. Cuando el peligro lo sientes, tienes que enfrentarlo cueste lo que cueste.

-¿Y de dónde has sacado tú eso?

-Como, ¿no sabes la máxima que para ser de La Salle muy macho tienes que ser?

-Bueno, mejor suena eso de “Cantos de amor”...

-Ahhh, Bamby ya quiere empezar a cantarle a Rosa Inés, míralo pues, picarón había sido.

Bamby pensaba: “¿qué me tratan de decir?”

-Y seguro que hoy caes como al partir de un confite –susurró Bronco

-Seguro que sí –susurró Espidy.

-Porque Rosa Inés es dulce ¿verdad? –preguntó Bronco.

-Sí, es muy dulce –respondió Bamby.

-Ah, ya te la has “chapado”.

-No, no me refiero a eso. Es una persona sensible.

-Bamby, cuándo vas a dejar de ser tímido –exclamó Espidy-. Nosotros somos tus patas, Pololos de corazón, simplemente di: “sí, la he besado”

Bamby quedó pensando.

-Ya, dejen de molestar –dijo-. Preocúpense más en lo que ustedes van a decir.

Llegaron a la casa de María Paula después de haber recorrido toda la avenida Ejército y se estacionaron en el desvío de Aviación, camino al aeropuerto. Bajaron. El peinado de Bronco todavía se conservaba intacto. Pasó sus zapatos por las pantorrillas, levantando una pierna primero y después la otra. Sacó el peine y se lo pasó al tacto por la cabeza. Bamby se arregló la chompa, el cuello de la camisa y marcharon. Caminaron poco antes de llegar a la casa y abrieron la reja exterior, pasaron el jardín de la entrada y llegaron a la puerta. Bamby estaba nervioso porque eran más de las siete y media y porque no sabía bien qué decir a Rosa Inés. Levantó la mano y tocó el timbre.

-Sí, ¿quién es? –preguntó detrás de la puerta, María Paula.

-¡Los de La Salle, los de La Salle! –gritaron Bronco y Espidy.

-Lo siento –les dijo-. Ya en esta casa sólo viven fantasmas.

-Entonces díles que han llegado los fantasmas de la ópera y un “violinista”
–exclamó Bronco.

María Paula abrió la puerta y riéndose los saludó.

-Pasen –les dijo-. Ana Cecilia y Rosa Inés no han llegado todavía. “Qué bueno”, pensó Bamby.

Entraron por el pasillo, por donde había una puerta mal cerrada. Adentro, en los sofás de la sala, María Paula los dejó sentados esperando, mientras ella subía a su recámara a terminar de arreglarse.

-Siéntanse como en su casa –les dijo, y así lo hicieron. Pero la preocupación de Bamby y Espidy estaba en lo que iban a decir y sobre aquello empezaron a conversar.

-Bamby, tú eres el primero que sacaba a bailar a las chicas en las fiestas –dijo Bronco-. No entiendo por qué no quieres caerle a Rosa Inés.

-Esos tiempos ya pasaron –dijo Bamby-. Ahora lo que me preocupa es cómo me va a aceptar.

-Sí –dijo Bronco-, eso es preocupante, creo que no le gustan los miedosos, tienes que ser más “mandado”.

-Todos empezamos así –murmuró Bamby-. Hasta tú Bronco estabas nervioso la primera vez.

-Sí –afirmó Espidy-. Hasta dejaste de frecuentar el grupo un tiempo, ¿te acuerdas?

-Sí –confesó Bronco- Eso me tenía “seco”.

-Parecías un don Juan de pacotilla al lado de Luz Marina.

-Bah –exclamó Bronco-. No era mi culpa que quisiera siempre salir conmigo.

-Además, ya te habías aburrido , siempre su mamá sólo le daba permiso en las tardes y nunca en las noches –dijo Espidy.

Bronco asentía, alegre.

- Oye, -dijo Bamby-, ¿y a qué hora se supone que empezaremos a bailar?
- Espera, espera loco –exclamó Bronco-. Conversemos un rato mientras llegan. Así te darán tiempo para pensar lo que tienes que decir.
- Quien, ¿yo? –preguntó Bamby.
- Sí, tú, no te hagas.
- Bueno, no sé realmente si decirle ahora.
- Aprovecha ahora que estamos aquí. En la fiesta de Twicky no vas a poder.
- ¿Sabes cuánta gente hay allí?
- No –dijo Bronco-. Me imagino que unos cien.
- Entonces tenemos que hacer tiempo aquí –interrumpió Espidy-. Después nos vamos a tomar unos traguitos y llegamos a su casa como a las dos. Le damos la sorpresa.
- “Estos se quieren trasnochar”, pensó Bamby.
- A esa hora ya estará más borracho que nadie –murmuró Bronco, levantando las cejas y sonriendo.
- Sí, a esa hora lo agarramos picadito y seguro que se “raja” con unas “chelitas” –dijo Espidy.
- Formidable –asintió Bronco -. Muy bien.
- Pero ahora Bamby, hablemos de lo tuyo –insinuó Espidy.
- ¿Hablar de qué? –preguntó Bamby.
- De Rosa Inés. Le quieres caer ¿verdad?
- No sé. Depende de lo que me diga.
- ¿Tú crees? –preguntó Espidy.
- Claro, si quiere algo, insinuará.
- No –dijo Bronco-. Yo creo que debes ir al grano, de frente.
- Yo creo que sería lo mejor –dijo Espidy-. Si le gustas va a caer en tus brazos más rápido de lo que imaginas.
- ¿Y si no me acepta?

-Te declaras nuevamente.
-¿Y si nada?
-Yo creo que insistes –interrumpió Bronco.
-Sí –susurró Espidy -. Y después que te acepte la haces sufrir.
-Pero Espidy, creo que eso no estaría bien –dijo Bamby.
-¿Eres Pololo o no?
-Sí
-Entonces pues. Los Pololos buscan, “caen”, enamoran y “sacan la vuelta”.
-¿La vuelta? –preguntó Bamby.
-Claro, o sea que te “chapas” otra chica estando con ella –afirmó Espidy.
-Pero eso no está bien –recalcó Bamby-. Si no quiere estar conmigo, busco otra.
-¿De veras? –preguntó Espidy.
-Sí
-Te vas a “templar” hasta el cien –dijo Bronco-. Yo sé lo que te digo. Mejor es de la otra manera.
-Lo que pasa –dijo Espidy-, es que para que no tengas dudas, tienes que caerle bien.
-Eso es lo principal –dijo Bronco-. Hay que tener todas las palabras preparadas. Si es posible escribirlas.
-Depende –dijo Espidy-. Yo cada vez que le caigo a una chica, improviso y así me salen mejor las cosas.
-No Bamby –interrumpió Bronco- Mejor es traer todo preparado porque así sólo tienes que pensar cuándo abrazarla, cómo mirarla, en fin.
-Sí –afirmó Bamby-. ¿Tú que le dices?
-Depende de la chica –contestó Bronco-. A Rosa Inés no puedes decirle de frente, tienes que “calentar” primero.
-¿Y después?

-Le invitas al cine el día que quiera darte la respuesta. Al Portal o al Centro que son los más oscuros.

-No, mejor la invitas a pasear y esperas a que caiga la noche –exclamó Espidy.

-No, no. Mejor hoy la sacas a bailar, y cuando toquen una balada, ahí – dijo Bronco.

-¡No seas idiota! –gritó Espidy-. Van a verlos todos en la fiesta.

-¿Y?

-Bueno, se va a sentir incómoda. Tienes que llevártela al jardín o afuera. Preguntarle si no quiere tomar aire. Si te dice que sí, entonces fijo que quiere.

-¿Y cómo se lo digo? –preguntó Bamby.

-Pones una cara muy seria –susurró Espidy-. Te acercas a ella y le dices: “Rosa Inés, me gustas. Estoy enamorado de tí. ¿Quieres estar conmigo?”

-Ella va a quedar callada –agregó Bronco-. Después la tomas de la mano y le preguntas: “Rosa Inés, ¿yo te agrado?”

-Y le das un beso en la mejilla –dijo Espidy-; con ternura, despacito.

Ha recordado que en tercero, el Hermano Roque lo convocó para que tocara la banda. Ha recordado que a partir de esos días de junio, debía ensayar dos veces por semana, después de clases. Bajaba desde el segundo piso por las escaleras de salida portando su mochila y, sin sentir cansancio, caminaba lentamente hacia la gruta, aquel espacio que en otoño quedaba alfombrado de hojas que caían desde los eucaliptos. Ha recordado que allí estaban los garages, los depósitos donde se guardaban los implementos deportivos: balones, balas, jabalinas, colchonetas, barras, saltómetros, disco, vallas y, al lado, estaban en un cuarto especial, los armarios donde se guardaban todos los instrumentos de la banda: platillos, cornetas, tambores, saxos, trombones, clarinetes, bombos, trompas, trompetas y hasta tubas. Los primeros en ensayar en la explanada de la gruta, eran los que tocaban los tambores, porque son

livianos y fáciles de llevar. Pero son los que más ensayan, porque junto a los bombos son los encargados de llevar el ritmo y los redobles. Pero Javier no recuerda haber tocado los tambores. Recuerda haber estado en las filas de cornetas y haber tocado por la avenida Independencia en los desfiles de Fiestas Patrias o de las fiestas jubilaires de Arequipa, uniformado con cristina, corbata y pantalón azul, camisa y escarpines blancos. ¡Qué bien se ve la banda cuando ingresa frente a los estrados! Un corneta, quien la dirige, pasa escoltado por cuatro columnas de tambores y tarolas, todos marcando el paso a un mismo ritmo, sin errores, y portando lentes oscuros para mejorar la presencia y darle seriedad al asunto. Las columnas de cornetas siguen a los bombos y platillos y la sección de instrumentos de aire, cierra la banda de música. Pero también ha recordado Javier, los entrenamientos con la selección de fútbol del colegio, en la que jugaba como arquero. Aquellos días de Primero, en los que llegaba a la cancha, después de clases, trayendo en su maletín guantes y rodilleras, casi los ha olvidado. Prácticamente ha olvidado los partidos de entrenamiento, los atardeceres en el colegio con el preparador de arqueros, los círculos del equipo sentado, escuchando las instrucciones del profesor y, los partidos más importantes del campeonato inter-escuelas. Pero sí ha recordado las noches anteriores a los partidos y a los desfiles, porque después de planchar su uniforme y alistar la ropa deportiva, su ropa de deportes, se echaba a la cama y no podía dormir, sino después de un rato, en que ya se olvidaba del asunto. Sabía que con cada nota y con cada atajada, llevaba la insignia del colegio, que el aliento de la barra desde las graderías y el aplauso a la banda desde los estrados, era un claro aliciente para su vida, esa vida que estaba ligada a todos los compañeros que junto a él jugaban y, con él tocaban. No era algo individual, algo de los que uno podía sacar solo el pecho, pensando que era un mérito personal. El juego en equipo y el toque en conjunto, era la lucha por demostrar que su cariño, era el cariño por el símbolo que llevaba en la camiseta y en la cristina. ¿No fue eso algo por lo que miles de personas se preocuparon en todo

el mundo, al alentar la causa del santo patrono de los educadores? Ese símbolo donde brilla la estrella de cinco puntas y donde resalta el lema de “Salla Indivisa Manent”, Javier la tenía clavado en el alma.

•

-No vienen-dijo Bronco.

-Que raro, son más de las ocho. Algo debe haber pasado.

-A lo mejor no les han dado permiso –dijo Bamby.

-No creo Bamby que te deje “plantado”; va a venir, yo sé lo que te digo.

Bronco sacó un cigarillo y lo encendió. En ese momento María Paula bajó y al ingresar a la sala se disculpó por su tardanza.

-¿No vienen? –preguntó.

-Ni rastro de las Pololas –dijo Espidy.

-¿Quieres que ponga algo de música? –preguntó María Paula.

-Me parece fantástico –dijo Espidy, y lo codeó a Bamby.

-¿No tienes un disco de baladas? –preguntó Bronco.

-Sí, tengo uno de Chicago –contestó María Paula.

Diez minutos más tarde, mientras todos escuchaban música, María Paula miró por la ventana, retirando las cortinas.

-Escucho un ruido de motor –les dijo-. Creo que es el auto del papá de Rosa Inés.

-Sí. Ya vienen, ya vienen exclamó Espidy, dando un sobresalto sobre el sillón. Cuando el carro se estacionó frente a la casa, Espidy abrazó a Bamby y lo sacudió-. ¿Dónde nos metemos? –preguntó.

Ellas tocaron la puerta y María Paula las recibió, las hizo pasar y al ingresar a la sala, todos se saludaron. Extrañaba que hubiesen llegado con pantalón. Bamby vio que Rosa Inés entraba a la sala y pensó: “Sí, es bonita”.

-Creí que no ibas a venir –dijo, saludándola y haciendo un espacio para que ella se sentara junto a él.

La mamá de Ana Cecilia tuvo un contratiempo y tuvimos que venir con mi papá. Hice todo lo posible, pero no me han dado permiso para ir a la fiesta. Mi papá regresará por nosotras como a las doce.

Ana Cecilia había saludado a Espidy y se sentaron frente a Bamby.

Bronco y María Paula quedaron conversando en el medio.

-¿A las doce? ¿No te parece muy temprano? –preguntó Bamby.

Lo que había dicho Rosa Inés cambió los planes totalmente y dejó a Bamby aún más desconcertado.

-Lo que pasa es que mañana tengo que levantarme temprano para estudiar. Tenemos el lunes examen de matemáticas.

“Le digo que la ayudo a estudiar y le caigo en su casa”

-¿Qué te gustaría hacer? –preguntó Bamby.

-No sé. Cualquier cosa está bien. Podemos escuchar música, conversar, quizá ver una película.

“Podemos salir al jardín a tomar aire”

-O te gustaría mejor estar conmigo –susurró Bamby.

-¿Cómo?

-No, lo que trato de decir es que, es que podemos estar juntos sin ir a la fiesta de Twicky.

-Por supuesto.

Se sentaron en el sofá de la izquierda. María Paula había ido a la cocina a preparar algo de tomar. Espidy conversaba alegremente, pero Ana Cecilia se mostraba seria. Bronco carburaba la situación en medio.

-Podrían hacer bonita pareja ¿verdad? –preguntó Bamby.

-¿Espidy y Ana Cecilia? –preguntó Rosa Inés.

-Sí, ellos.

-La verdad no sabría decirte.

-¿Por qué dices eso Rosa Inés?

-Hay algo que yo sé y que si te lo digo te molestaría.

-No, Rosa Inés, cómo se te ocurre. ¿Es sobre nosotros?

-No, es sobre Ana Cecilia –contestó.

-¿Sobre Ana Cecilia? –preguntó Bamby, intrigado.

-Sí. Se muere por uno del San José.

-¿Cómo?

-Que le gusta un tal Víctor.

-¿Víctor? ¿Y por qué no Espidy? –preguntó Bamby.

-Dice que no le gustan los cara-de ratón –afirmó, y se rieron.

Espidy al frente pensaba:” ¿creo que se refieren a mí?”

-Eso sí que fue muy cruel. Qué no dirás tú de mí.

-Nada. ¿Acaso tú tienes cara de ratón? –exclamó Rosa Inés.

-No sé. ¿De qué crees? –preguntó Bamby.

Cara de angelito –dijo, y le agarró el cachete con la mano.

-Eso era exactamente lo que yo pensaba de tí Rosa Inés. Eres angelical.

Tienes un alma transparente afirmó Bamby.

-Ah Bamby, no empieces con tus bromas.

-No, no es broma Rosa Inés. Me gustas –susurró.

Los dominó un silencio. Rosa Inés cruzó la pierna, se movió como sentándose derecha y no miró a Bamby. Cruzó los brazos. Escuchaban difícilmente la conversación de Espidy hablando con Ana Cecilia quien se mostraba algo indiferente. Bronco escuchaba sentado la música que ponía el ambiente más romántico. Estaba con los brazos cruzados y se hacía el desentendido.

-No sabes qué tan enamorado estoy de tí –susurró Bamby-. Desde el primer momento en que te vi...

-Bamby, creo que no es el lugar indicado para que digas eso –murmuró Rosa Inés-. Nos están escuchando.

El pensó: "ahora sí que la saco".

-¿Quieres salir a tomar aire? –preguntó Bamby, insinuativamente.

Rosa Inés lo miró y descubrió sus intenciones. Repentinamente lanzó una cachetada, ni fuerte, ni débil. Se levantó y se fue a la cocina donde estaba María Paula.

-¿Qué pasa? –preguntó Ana Cecilia, sin saber exactamente lo que había ocurrido.

-Que Bamby quería tomar aire –dijo Bronco, bien sentado, conteniendo su risa. Y Bamby se tocaba la mejilla pensando: "esto me pasa por hacerles caso".

Nunca le tuvimos rencor a Bamby por lo que le dijo al Hermano Roque. Al contrario, muchos llegamos a pensar que él hizo lo correcto porque no le pudo mentir. Quizá algún otro del salón le hubiese mentido, pero Bamby no, él es honesto y será por eso que lo quieren en el barrio, debe ser una cualidad de familia. Y, por lo que a la expulsión se refiere, pienso que nos afectó a todos, a unos más que a otros, porque fueron pocos los que tuvieron valor para decíselos a sus padres, la mayoría prefirió salir de su casa por la mañana a la hora de costumbre, y dar vueltas por la ciudad para que pase el tiempo. Después, regresaban a la hora del almuerzo, como si nada hubiese pasado, y eso por tres días continuos, durante la semana. Debo aclarar que yo fui uno de ellos, y lo reconozco. En vano quise convencer al Hermano Roque que las cosas no eran así, porque ya se las olía todas, así que ni vuelta que darle, hubo que echarle la culpa a los Pepes, porque si no hubiese sido por ellos, nadie se enteraba a cabalidad del asunto. Seguro que ellos sí estuvieron en su colegio, aunque algo machucados por la paliza que les dimos. Pero acordarse de eso a estas alturas creo que está demás. A veces pienso que es algo desagradable y sin sentido, y creo que las veces que he ocupado mi mente en Luz Marina, las cosas han sido mejores. Es que ella nunca me ha traído malos recuerdos, por el

contrario, cada vez que nos encontrábamos en su casa, en la casa de alguna de sus amigas o en alguna fiesta, siempre me gustó estar cerca de ella. Excepto en la fiesta de Twicky. A pesar que la organizamos con todos los del grupo, no quise invitarla, caramba qué mal. Pero es que como todos decían que iba a ser un fiestón de aquellos, entonces me desanimé a invitarla porque pensé que podía allí pasar algo extraño que la disgustaría. Pero pienso que más allá de todo eso, debí hacerlo. Hubiésemos ido Bamby, Espidy y yo, bien emparejados, y hasta Luz Marina hubiese convencido a Rosa Inés y Ana Cecilia para ir, y quizá ellas los hubieran aceptado y ellos no hubieran terminado decepcionados. Pero son cosas que suceden y que a veces escapan a la voluntad de uno mismo. Son cosas de la vida, cosas del amor.

Habían salido con las cabezas gachas, con las manos en los bolsillos, pateando piedritas, en otras palabras, con los crespos hechos.

-Mataron dos pájaros de un solo tiro –dijo Bronco-. Pero no ustedes, sino ellas.

Ya habían salido de la casa. Se habían despedido amigablemente, pero no podían evitar la angustia y la sensación de fracaso, un fracaso que significaba mucho para ellos.

-Bamby, ¿qué te dijo Rosa Inés de mí? –preguntó Espidy.

-De tí, nada. De Ana Cecilia –respondió.

-Qué te dijo, dime.

-Qué Ana Cecilia no le gustabas porque tenías cara-de-ratón.

-Con razón evadía todo tema que estuviese relacionado –repuso Espidy-.

No quería que le diga nada.

-Y todavía quiere con uno del San José, imagínate –murmuró Bamby.

-¿Con un chivo?

-Sí

-Pero no pierdan las esperanzas –interrumpió Bronco-. La gota de tanto caer, labra la piedra- agregó. Otro día las invitamos para salir de nuevo.

Caminaban lentamente con dirección al desvío donde habían dejado el carro.

-Vamos ahora a la casa Twicky –insinuó Espidy.

-No –repuso Bronco-. Todavía es temprano.

-¿Un parcito? –preguntó Espidy.

-No –dijo Bamby.

-Sí. Creo que un parcito no caería mal para matar el tiempo y calmar las penas –insistió Espidy.

-Me parece bien un trago, algo baratito no más –dijo Bronco.

-¿Pisco? –preguntó Espidy.

-No

-¿Cerveza?

-Vodka con Sprite.

-Está bien, vamos al carro –insinuó Espidy.

-Y yo manejo. Préstame las llaves –dijo Bronco.

Llegaron al carro que se veía empañado. Una ligera capa de agua lo cubría. La humedad de la noche había llegado.

-Voy a manejar yo. Tú corres demasiado –dijo Espidy.

-Yo no corro demasiado. Además yo le puse gasolina –insistió Bronco.

Espidy le dio las llaves y no le importó mucho que Bronco no tuviese licencia de conducir. Bronco abrió la puerta. Entró Espidy al centro y Bamby quedó sentado al costado.

-Después de comprar, me dejan en mi casa –dijo Bamby, cohibido.

-¿No vamos a saludar a Twicky? –preguntaron.

-Es que estoy cansado –dijo Bamby-. Estuve haciendo ejercicios todo el día.

-¿Y que les parece si mejor ahora levantamos unas flacas? –interrumpió Bronco.

-¿A esta hora? –preguntó Espidy.

-A esta hora –afirmó Bronco.

-Que, ¿conoces alguna que “atraque” con los tres?

-Por supuesto, ahora vamos –dijo Bronco.

-Pero primero nos tomamos un traguito ¿verdad?

-Claro, hay que empezarla con algo suave para estar “pilas” –dijo Bronco.
. Vamos al Boom.

-Sí, pero a lo mejor está cerrado, así que vamos hasta el hospital, a lo mejor allí sale algo.

-Perfecto.

Bronco encendió el auto, arrancó y salieron por Aviación hasta la avenida Ejército. Bajó el Puente Grau y tomó la avenida La Marina donde imprimió velocidad. Pasaron el óvalo de Vallecito y llegaron a la avenida Parra después de una subida, todo eso en tres minutos. Bamby se mostraba preocupado y permanecía callado.

-Mejor “aguántalo” allí –dijo.

-Bamby, no te preocupes, el rey del volante está manejando.

-¿El rey del volante? Ya te quiero ver cuando el carro esté chocado – insinuó Espidy.

-Lo máximo que le puede pasar a tu carro –dijo Bronco-, es que quede como acordeón.

-Y con nosotros adentro –añadió Bamby.

Llegaron a la esquina del Malecón Socabaya con Independencia y Bronco paró en el semáforo. Frente a ellos esperaba el by-pass, que cruza por encima de la avenida Venezuela en dos carriles que tienen su subida, planicie y bajaba respectivamente. Esa autopista continua hasta llegar al Cementerio. Cuando la luz cambió a verde, Bronco partió quemando llanta, los cuerpos se sacudieron y

en la parte más alta del Puente en alto relieve, el carro pasó dando un salto antes de agarrar la bajada. El escape sonó estruendoso.

-Tranquilo Bronco –dijo Bamby-. No quiero morir joven.

-No, no, está bien, ya estamos cerca del lugar.

Estacionaron frente al hospital, en una bodega de la urbanización Los Vilcos. Habían olvidado la hora. Bamby se había resignado a acompañarlos. Bronco apagó el carro que estaba con el motor recalentado y salió a comprar el vodka con el dinero que recolectaron. No tardó mucho y regresó.

-Miren pues, a esta hora ya no hay ni mierda –murmuró-. Sólo me vendieron dos de vodka y dos de soda. No alcanzó para comprar suficiente como para llevar, así que mezclemos y probemos el vodka aquí, antes que se lo tomen los treinta cuervos que nos esperan –añadió.

-Yo no quiero –dijo Bamby.

-¿No vas a celebrar el cumpleaños de Twicky? –preguntaron-.

-No –respondió.

-¿Tampoco vas a acompañar a tu amigo Espidy a quien no le han dado “bola”?

-No

-Pero te vas a tomar un traguito por la cachetada de Rosa Inés ¿verdad – insistió Bronco.

Bamby los miró, quedó pensativo un momento y después sonrió.

-Está bien –repuso. Los acompañó con un poquito.

Bronco abrió una de las dos botellas de vodka etiqueta azul y tomó un sorbo.

-Arrrg, está más o menos –dijo-. A ver dale una combinadita.

Vaciaron las botellas en una bolsa de plástico color verde y las combinaron con las sodas sabor a limón.

-A ver, ahora lo mezclamos. Está mejor.

La botella empezó a circular. Tomaban en un vasito blanco, descartable, y una vez que se acababa el líquido, volvían a llenar de la bolsa. Después de media hora, consumieron casi todo el contenido entre “saluds”, “por tu amorcito”, “por el Twicky”, “por los Pololos”, etc., etc. después Bamby contó las botellas, a medias.

-Una, dos, tres, cuatro. ¿Y todavía quieren más?

-Sí, creo que una más no caería nada mal –dijo Espidy.

-Mejor ya no tomen –dijo Bamby-. Bronco tiene que manejar.

-Creo que una más no caería mal –insistió Espidy. La última Bamby, en serio.

Ya Bronco estaba “picado”.

-¿Una vez más? –dijo-. Una más por el fundillo te voy a dar –refiriéndose a Espidy- ¿No saben que es el cumpleaños de nuestro amigo Twicky? –exclamó.

-Sí, -respondieron.

-Entonces pues carajo, cuando es cumpleaños de un Pololo, se tiene que festejar con todo, y el que diga que no...

-¡Hic! –balbuceó Espidy-. La puta que lo parió-: los tres echaron la carcajada. Miraron sus relojes y ya eran las dos de la mañana. No habían sentido frío por el efecto del licor.

-Vamos –dijo Bamby.

-Ya la gente debe estar esperando. Les caemos de sorpresa con lo poco que queda –insinuó Espidy.

-Lo que van a decir cuando se enteren de lo que ha pasado –murmuró Bronco.

-No, pero Twicky es buena persona, seguro que nos va aconsejar como los buenos –dijo Espidy.

-El tiene experiencia en estas cosas ¿verdad? –preguntó Bamby.

-Y no va a ser –exclamó Bronco-. Así como lo ves, es el galán de más de una.

Bronco abrochó los botones de la chaqueta, se sentó bien, hizo contacto y arrancó el auto.

-Ahora prepárense –dijo.

Salió por el estacionamiento para llegar a la continuación de La Pampilla, frente a la morgue, y en la intersección con Alcides Carrión, sobreparó. Miró el tráfico, vio que no venían carros y ésta vez, al cruzar la salida, tomó la ruta contra el tráfico.

-¿Estás loco? Vamos a matarnos –dijo Espidy.

Bamby se puso nervioso, el coche ya estaba en camino.

-¡No puedes pasar el by-pass en contra! –le gritó.

Pero él nada, y seguía acelerando, pasaron frente al hospital a setenta y hasta hubo un forcejeo en el timón con Espidy que Bronco logró controlar. El coche se acercaba a la bajada que se convertía en subida para ellos.

-Sujétense y sálvase quien pueda –les dijo-. Esto sólo lo hace un Pololo.

El carro empezó a subir a gran velocidad, dejando una corriente de aire con olor a muerte, agarrando el carril derecho en subida que era la posición más segura de vuelta ante los nervios y el espanto de Bamby y Espidy que ya poco podían hacer para detenerlo.

-Frena Bronco, frena por favor –es lo último que atinaron a decir cuando el carro llegó a la altura máxima de subida, sin poder ver lo que vendría del otro lado: ¿un ómnibus?, ¿un camión?, ¿una motocicleta?, ¿nada?

El coche dio un salto y se encontró con un Volkswagen frente a frente, en el mismo carril. Bronco giró a su izquierda y perdió el control, pues las camionetas tienen poca estabilidad en la parte trasera y siguió bajando a velocidad, chocando con la berma lateral. En la curva de entrada a Independencia, ya algo frenado, se dio tres vueltas de campana.

•

Yo que siempre veía al Mapache ocupándose de los velorios, me preguntaba: “¿cuándo va a visitar a Luz Marina?” Hacía ya buen tiempo que no lo veía salir los sábados por la tarde, y, las pocas veces que hablamos, no quiso tocar el tema para nada. Semanas antes de la mudanza que había propuesto mi padre a La Victoria, se me ocurrió entrar un día por la tarde a su oficina. Lo encontré sentado, llenando un crucigrama y, al verme ingresar, no se sorprendió. Me recibió con una sonrisa y puso el periódico y el lápiz a un lado, Me preguntó que iba a hacer yo el fin de semana y le dije que no había planeado nada. Le pregunté si él iba a salir con Luz Marina y me dijo que no, que no la había visto porque supuestamente había viajado con sus padres a no sé donde por el fin de semana. Inmediatamente después me cambió el tema, y después de ofrecerme asiento, me empezó a hablar de los velorios. “Es indispensable, para que un velorio tenga éxito, contar de antemano con la presencia de un muerto”, dijo. Yo que había tratado con él muchas veces no me sorprendí, pero pensé que el Mapache por más aburrido que estaba y por más tonterías que pudiera decir, estaba en lo cierto: paradójicamente, es el muerto quien le da vida al velorio. Pero esta conclusión, que me hace dar miedo a veces, me hace pensar que en todos los momentos en los que acompañé al Mapache al Cementerio o a las casas de los finados, nunca me había llamado la atención ese detalle. Al Mapache sí, porque para pensando en el asunto y medio que el tema lo tienen con chispa. “Igualmente es importante que el difunto permanezca en silencio y completamente inmóvil”, me lo había dicho cierta vez y yo le creí, porque más de un sepelio se ha visto imprevistamente frustrado por la impertinencia de un muerto que exigió un trago en medio de la reunión. Eso pasa, no crean, pero nunca he pensado preguntarle al Mapache si alguna vez vio algo parecido, así que cuando lo hice, me dijo que eso no tenía mayor

importancia. “La ubicación y el lugar, es el siguiente aspecto a tomar en cuenta, recalcó. Las costumbres aceptan como sitio adecuado el cajón, que se coloca generalmente en el centro de la sala. A nadie se le ocurriría pararlo a la puerta de entrada para que reciba a la concurrencia ¿verdad?”, preguntó. Yo me reí y me levanté de la silla donde me había sentado. El Mapache se paró lentamente del escritorio y cuando se acercó, me dio una palmada por la espalda. Salimos los dos lentamente hacia la calle y nos quedamos parados bajo el umbral de la puerta a espera que alguna chica o algo interesante pasara, pero a esa hora había poco movimiento en el barrio. Le pregunté al Mapache si alguna vez había visto a un muerto pararse en pleno velorio y me dijo que podía darse el caso, pero que era imposible si el muerto era un occiso, o sea que se murió descuartizado o aplastado por un ómnibus de Enatru, en cuyo caso no debe ser presentado públicamente y es cuando las posibilidades de cualquier hecho antinatural se cierra. “Pero igualito nos compran el cajón”, añadió sarcásticamente. Yo di un paso hacia adelante pateando una piedrita y quedé en la vereda sentado de cuclillas con las manos juntas: la verdad, recién trataba de entender las cosas de la manera como el Mapache las hacía. Yo sé que no lo decía en serio, que todo era en broma, pura pose, porque ¿a quién se le ocurriría decir que puede resultar de buen gusto colocar en el velorio a un hermano parecido si el muerto falleció en el extranjero? Sólo detrás de eso habría un interés económico, creo, porque las ventas en esos casos no se prolongaban e igualito el Mapache cobraba. Por lo que escuché supuse que quizá el trabajo no le gustaba, que sólo lo hacía por cumplir con su familia, pero cuando se lo dije, me contestó que yo estaba loco. “Al contrario, me encanta, replicó. Es más, pienso de aquí a algún tiempo, abrir una sucursal, o cambiar el negocio a un lugar más céntrico. Espérate algunos meses más y vas a ver cómo me voy arriba”. La calle estaba fantasmal. Me pare y me apoyé en el dintel de la puerta, junto a él. Volví a indagar y le pregunté si no se aburría. Me dijo que todo eso era algo aburrido, pero que se había acostumbrado poco a poco. Que había

aprendido a ponerle un poco de sal y pimienta al asunto, y que por eso su especialidad era la “decoración del muerto”. Yo sonreí. Pasaron por mi cabeza miles de imágenes y no daba en el clavo. “El recurso de vestir al muerto con su mejor ropa es muy bueno, repuso. Podría suceder que la mejor prenda, en último caso, sea un abrigo. ¿Pero te imaginas algo más ridículo que velarlo en abrigo si al muy aguafiestas se le da por morir en febrero?” Le pregunté si alguna vez había visto un muerto en pijama. Mientras lo pensaba entramos a la oficina. Yo tenía sed y me serví un vaso de coca-cola que había encontrado en el refrigerador. “No, me respondió sin titubeos. Está prohibido introducirlo al cajón en pijama, o cometer el penoso error de olvidar quitarle los calcetines de lana o el gorro de dormir”. Había tomado un par de sorbos, pero el Mapache sacó hielo y le puso algunos cubos. La inteligencia del Mapache había pasado los límites de mi imaginación y sólo me quedaba preguntarle por los zapatos. “No hay que vacilar en sacarle los zapatos, respondió. El no los va a necesitar y, como están, las cosas, quizá puedan servirle a algún sobrino”. Había acabado mi coca-cola. Estaba libre esa tarde y no quería regresar a casa. Para matar el tiempo le pedí al Mapache que me contara alguna anécdota, ya que, en algunos días nos íbamos a La Victoria y sabe Dios cuando lo vería de nuevo. Me dijo que su repertorio era largo porque en los velorios pasa de todo un poco. “Todo depende si el velorio es corto o largo, dijo. Pero creo que lo más importante es que los familiares tengan todo preparado y acondicionado para evitar imprevistos. ¿Has escuchado del comedido?”, preguntó. Yo le dije que seguro era la persona que se prestaba para levantar el ataúd, pero me equivoqué. “No, me dijo. Aunque es un personaje innecesario, juega un gran papel. Por lo general, ese trabajo es reservado a una vecina muy buena que viva al costado. Debe ofrecerse para relevar a los deudos en la esencial tarea de servir el licor; pero, usualmente, es la que al final, prueba todos los tragos y puede terminar mal”. En ese momento recordé las veces en las que había tomado con el Mapache y hasta me dieron ganas de decirle que compre unas cervezas, pero

me acordé de mi padre y, como ya había llegado varias veces a la casa con unas copas demás, me dio miedo y me quedé callado. Prendimos el radio y empezamos a escuchar la música de Panamericana. El Mapache había sacado un juego de casinos pornográficos y barajándolos me ofreció jugar un “golpeado”. Le dije que se jugara un “solitario” y que tenía que partir en un momento. “¿Así que te vas y me dejas solo, triste y abandonado?”, preguntó, mientras colocaba sobre la mesa algunas cartas. “Sí, muy pronto, le dije, acomodándome en una silla. Me voy a La Victoria. Pero no lo tomes así tampoco, porque la amistad es aquí lo que cuenta”, añadí. En ese momento sonó el teléfono. El Mapache bajó el volumen de la radio y contestó. Habló por un momento, anotó una dirección y colgó. “Hay un muertito en Cayma”, me dijo. Me pidió que lo acompañe y me dijo que él pagaba los pasajes. Yo acepté a pesar de mis obligaciones. Salimos de la tienda y cerramos bien las puertas. Caminamos hasta el paradero y de allí nos enrumbamos.

Era peor que entrar a una capilla a oscuras. Las luces de los pasadizos provocaban sombras y las paredes contraían el sonido que provocan los tacos al entrar. En el quinto piso del Hospital General, en el lugar donde se encuentran las salas de cuidado intensivo, los rostros de los familiares que esperaban lo decía todo. Sus rostros reflejaban preocupación en medio de una penumbra lúgubre que agravaba la situación y la hacía aún más hostil. Había además ese murmullo quejumbroso de los padres de ellos, tíos; balbuceaban palabras con el mismo acento.

Por la madrugada los Pololos llegaban de a poquitos, mascando chicle y maltrechos por la fiesta. Al llegar al hospital, a quien vieron primero fue a la madre de Espidy, en un mar de lágrimas, llorando junto a la de Bamby. El papá de Bronco, con las manos en los bolsillos, daba vueltas alrededor. Las abuelas preocupadas, abrigadas a esa hora de la madrugada, se sentaron, y se las veía

acurrucadas agarrando un rosario en su mano y pidiéndole a todos los santos que nada peor sucediera.

Entre la espera, llena de preocupación y lágrimas, llegaban más Pololos que se apostaron en las paredes del pasillo en filas. Hablaban de lo esencial, en voz baja preguntaba: “¿qué ha pasado?, ¿a qué hora fue?, ¿qué ha dicho el médico?” Luego se abrieron cautelosas manifestaciones emotivas, homenajes indirectos, variaciones sobre el mismo tema y grandes intervalos de silencio: “imagínense, manejar a esa velocidad; eran buenos ‘patas’; qué tragedia, faltando menos de un mes para concluir el año en la promoción”.

Se prendió de pronto una luz roja en un foco cercano a la puerta de la sala de cuidados intensivos. Todas las miradas se concentraron allí y se vio salir un doctor, con guantes y mandil blanco. Se aproximó a la mamá de Espidy y a la de Bamby. Les dijo que ambos habían perdido el conocimiento, pero que pronto se recuperarían. Bamby se había roto el brazo derecho y presentaba numerosas contusiones en el rostro y en el cuerpo. Espidy tenía un traumatismo encéfalo-craneano. Bronco estaba en estado de coma, tenía fracturas en la columna y en las caderas y su diagnóstico era reservado. Había la posibilidad según los médicos que quedara parálítico de las piernas.

-¿Qué ha dicho el médico Chalo?

-El doctor ha dicho que Bronco, si no muere, puede quedar parálítico.

Todos se miraron y la diversión y la música que habían tenido desapareció. El cumpleaños de Twicky había sido por poco el entierro de tres Pololos.

Todos se acercaron al padre de Bronco, y en un gesto noble, trataron de consolarlo. Cuando amaneció, llegó el Hermano Roque, el Director del colegio, quien después de saludar a los padres, los confortó y con ellos se quedó hasta las ocho. Ninguno de nosotros asistió a clases el lunes.

Capítulo VII

El trajín de la mudanza desde Miraflores a La Victoria me había cansado. Había sido yo quien por tres días seguidos había llamado al Mapache para que me ayudara a cargar la refrigeradora, la cocina, los muebles de comedor y de sala y hasta la lavadora. Y era lógico, porque mientras mi madre empaquetaba, embolsaba y embalaba las cosas más simples como cubiertos, ropa, adornos y cuadros, mi padre tenía que ocuparse del traslado de máquinas y herramientas de trabajo del taller. Esto de las mudanzas no es cosa fácil. Hasta los roperos tuvimos que mover y cargar con el Mapache. Felizmente que a mi padre no se le ocurrió contratar una agencia de mudanzas porque esas cobran un dineral. Así que para ahorrar algo empezamos a llevar en la camioneta desde lo más pesado hasta lo más liviano. Todos los cachibaches que quedaron después de ese terremoto que hicimos en la casa, se los regalamos a los niños que pasaban por el barrio pidiendo juguetes por Navidad. Todas las revistas y periódicos viejos, así como libros inservibles, los quemamos. El sábado siguiente a Navidad, después de pasado el día de Año Nuevo, por fin pudimos deshacernos de todo y estábamos listos para partir. Ese día fue el último que pude ver al Mapache en Miraflores. Lo busqué por la mañana y lo encontré sentado en su escritorio mirando televisión, una portátil que se había comprado con el aguinaldo que le dio su padre por Navidad. Cuando entré me miró y no me saludó ni dijo nada. Bajó la cabeza y cuando me acerqué y le di la mano lo noté triste y resentido. Tenía los ojos rojos y se notaba en su rostro un descontento. Yo le pregunté qué cosa le pasaba y no me contestó. Lo animé para que compre unas “chelas” y me dijo que no quería

tomar. Yo mismo tuve que salir a comprar un parquito, quizá las últimas dos que tomaríamos juntos como rememorando aquellos tiempos de “encierro” forzado por las noches en la oficina. Cuando llegué con las botellas, las puse sobre el escritorio, las destapé y me senté. Serví un poco en dos vasos y dije “salud”. El Mapache me miró, alzó su vaso, tomó un sorbo y lo dejó nuevamente sobre el escritorio. “Discúlpame, dijo No sé que me pasa, será porque te vas a ir y ahora me voy a quedar solo”. Yo lo miré y traté de reanimarlo. Le dije que no sería la última vez que nos veríamos y que podría regresar a visitarlo o que en todo caso podría él bajar a La Victoria donde a partir de esos momentos tenía allí su casa. “Lo dudo, me dijo. Por La Victoria no quiero aparecer ni en pintura”. Yo le pregunté cual era el problema y después de secar su vaso me confesó que se sentía mal conmigo porque nunca me dijo la verdad. Le pregunté cual era la verdad y me dijo que todo este tiempo lo había vivido en un mundo de mentiras y que desfogaba de la manera como lo hacíamos porque la causa de su estado era su amor por Luz Marina. “Hace seis meses que ella y yo terminamos”, lo confesó. Lo que dijo me chocó y recién pude entender muchas cosas que pasaban por mi cabeza,. Tomé lo poco que quedaba en mi vaso, y el Mapache me lo volvió a llenar. “Sí, dijo. Te he estado mintiendo desde aquella vez en que fuimos los dos a su casa ¿recuerdas?. Esa vez ella me confesó que le caíste simpático y yo por celos le grité. Después, cada vez que la llamaba me preguntaba por tí. Así que tuvimos una fuerte discusión y ella terminó conmigo. Yo nunca te lo dije o te lo comenté porque tenía celos de tí, pero me arrepiento, porque hubiese preferido que esté contigo a estar con otro por el que me dejó”. Lo que dijo me dejó atónito. No sabía qué pensar. En ese momento sólo atiné a preguntarle si sabía con quien estaba ahora enamorado Luz Marina:- (te lo pregunto por curiosidad, le dije, para que no sospechara que yo seguía interesado). Y me respondió que estaba ahora con un chico de La Victoria. “Es uno que se llama o le dicen Bronco, repuso. Uno que estudia en La Salle, creo”. Lo que había dicho me había dolido a mí también y hasta me dio cólera, porque

mi padre me había dicho que había hablado con el Director de La Salle, y que con el promedio de notas que había obtenido, aceptaron mi ingreso al colegio, así que podía encontrarme con él en cualquier momento. Le dije al Mapache que si quería, le podía averiguar algo sobre él y que se lo comunicaría, pero me dijo que no iba a ser necesario porque Luz Marina no quería regresar con él y esto de manera definitiva. Le dije que en abril ingresaba a La Salle para cursar Quinto año. “¿O sea que ya no vas a ingresar al San José?”, me preguntó, y yo le contesté y le dije sinceramente que no. “en parte, me conviene ingresar a La Salle, porque la nueva casa que hemos comprado, queda en Universidad, a una cuadra del colegio, así que me ahorro pasajes y puedo llegar temprano sin problema”, afirmé. “eso es cierto, replicó el Mapache. Ahora que vas a ingresar a La Salle, vas a tener muchas ventajas y además te vas a volver un hombre serio”, acotó. “Y tú, pregunté: ¿vas a seguir en las mismas andanzas?” El Mapache me dijo que sí, que él no había nacido para ser un hombre serio que llevara las banderas del éxito en la sociedad, pero que estaba muy interesado en continuar trabajando en el negocio de las lápidas y los cajones. “Como ves, me dijo, esto me da suficiente como para vivir holgadamente. Incluso el negocio no causa mayores problemas y la clientela está aumentando. Si todo sigue como lo he planeado, es muy posible que me independize y ponga yo mi propia funeraria, pero no aquí, que está muy lejos de la ciudad, sino en un local que pudiera alquilar en una zona más céntrica y concurrida”. Llené los dos vasos con la cerveza que quedaba de la segunda botella. El Mapache no había recobrado su color ni la conversación lo había animado, aunque en sus ojos se veía la esperanza de llegar a ser algún día, el mayor empresario de los muertos. En un momento de emoción le dije que había sido un buen ‘pata’ conmigo y que alguna vez, si regresaba, tocaría su puerta y entraría para conversar con él. El Mapache me miró, se paró, me abrazó y prometió comunicarse y, no sólo eso, sino que me aseguró que me invitaría próximamente a la inauguración de su propio local. “Te voy a invitar, dijo. No te quepe la menor duda”. Estrechamos nuestras manos

y nos confundimos en un fuerte abrazo. Fue una despedida emotiva. Me acompañó hasta la puerta y yo partí solo en dirección a mi casa, resignado y sin ilusiones de amor por Luz Marina. Cuando me había alejado algunos metros, al volver el cuerpo, vi que el Mapache levantó su mano y me hizo señal de adiós. Se había quedado allí, parado, con el rostro triste y las manos en los bolsillos.

•

El informe médico pronosticó su mejoría y después de quince días en el hospital, fueron dados de alta.

Pasaron menos de una semana reposando en sus casas y regresaron al colegio faltando sólo una semana para finalizar clases y empezar los exámenes de fin de año.

Ese lunes por la mañana, el colegio amaneció exactamente igual. Pascual abrió las puertas temprano y se dedicó a realizar las labores de limpieza cotidianas. El Hermano Roque, entró a su despacho media hora antes del toque de campana y a esa hora ya lo esperaban algunos padres de familia que querían hablar con él.

Afuera, se veía ingresar por las puertas de entrada laterales a los alumnos tanto de primaria como de secundaria y a los profesores por la puerta principal que tiene dos jardines a los costados, al frente la estatua de San Juan y el escudo del colegio. Faltando diez para las ocho, sonó el disco de costumbre y tres campanazos anunciaban la hora de formar. Los últimos en llegar corrieron para alcanzar las filas y los brigadieres se colocaron para formarlas. Estacionó un automóvil en la puerta principal y bajaron Bronco en muletas, ayudado por Espidy quien traía una gorrita que tapaba las vendas que tenía en la cabeza y Bamby con todo el brazo enyesado agarrando los cartapacios con la mano izquierda. Caminaron hacia la Dirección, la Secretaría, el Salón de Profesores,

con la vista apuntando hacia los campos de fútbol. Llegaron los tres, juntos y con algunos minutos de retraso. El Hermano Roque los vio a través de las ventanas de la Dirección y salió a recibirlos. Ya en el pasadizo, se paró frente a ellos, se saludaron, puso las manos sobre sus hombros y les dijo:

-Después de todo lo que ha pasado, espero que cambien.

-Después de todo lo que ha pasado –dijo Espidy-, se lo prometemos Hermano.

-No –interrumpió Bronco. Se lo juramos, así, por nuestra madrecita.

Ya todas las secciones habían ingresado y el colegio los recibía con los rayos del sol que recién calentaban las peceras en medio de los jardines. Todos los del Quinto “A” esperaban en su clase del segundo piso, Bronco subió las escaleras ayudado por Espidy y Bamby que lo cargaban en hombros. El Hermano Roque iba por detrás agarrando los bolsones. La primera hora estaba por empezar y el profesor titular no había llegado todavía; sólo estaba Rojas, el brigadier, adelante, sentado en el pupitre, quien al verlos, avisó al salón.

-¡Allá vienen! –dijo-. Y todo el salón puso su atención en los heridos.

Los miraron y todo quedó en silencio. Les abrieron la puerta. Toda la sección empezó a aplaudir. Se sintió un bullicio y aparecieron, abrazados y cantando:

Uhí, uhí, uhí
Los de La Salle,
Los de La Salle,
Uhí,uhí,uhí
Los de La Salle
Estamos aquí.

Espidy conoció a Ana Cecilia, cuando él había ingresado en quinto al colegio. Sé que no tuvo mayor suerte con ella, quien sabe, por diferencias, quien sabe, por su carácter o por su personalidad. Pero como amigo, ni hablar, siempre supo colaborar y estar con los del grupo en las buenas y en las malas, y lo principal, sin rencores por lo de la salada. Yo sé que él va a escoger su camino, el camino que mejor elija para su vida, y también se que se casará, aunque no me lo imagine de aquí a algunos años cargando un hijo. Al que sí me lo podría imaginar así es a Bamby, porque seguro va a ser buen esposo, buen padre y buen médico. Y, por qué no pensar, que sea quizá con Rosa Inés. A pesar de las desaveniencias que ambos tuvieron, yo sé que él ha querido estar con ella y que debido a lo que pasó en el accidente, se acercaron aún más. Hay que contar las veces que ella fue a visitarlo al hospital y que se quedó con él. Lo mismo hizo Luz Marina conmigo, que fui quien llevó la peor parte. Y es que las chicas tienen buenos sentimientos y nos quieren. Por mi parte, yo nunca me he quejado de Luz Marina ni la he decepcionado tampoco porque la quiero. Y la acepto como es desde que empecé con ella cuando estaba por terminar cuarto. De manera que si con lo del accidente pude llegar a entender mejor las cosas, pienso que por eso puedo lograr con ella, las cosas que me proponga en el futuro de mi vida. Y pienso que ella me servirá como inspiración para lograr todo lo que sea necesario. A veces el amor se convierte en una forma de energía que alimenta nuestras vidas y nos impulsan a continuar en el camino para llegar cada vez más lejos. Como ahora y como fue todo este tiempo, porque ella es mi chica y lo seguirá siendo, es por eso que la quiero y la seguiré queriendo.

•

Ha recordado con tristeza su graduación. Al salir de su casa ese día, sabiendo que era el último de su vida en el que llegaría al colegio con camisa

blanca y chompa y pantalones plomos, sintió al caminar una sensación que le recordó el primer día de su llegada al alma mater. Cuando la avenida La Salle apareció ante sus ojos, una vez más vio la hilera de pinos y a los alumnos de primaria y secundaria que ingresaban sin cuadernos ni libros. Se confundió a la entrada entre alumnos y padres de familia que llegaban para el acto de clausura. Después del toque de formación, esa mañana, hubo misa en la capilla para los alumnos de secundaria. Cuando terminó, todas las filas ingresaron a los salones. El Hermano Roque había esperado sentado en el pupitre a los de Quinto, y una vez que todos se ubicaron y hubieron cumplido con el rezo de la primera hora, el Hermano abrió uno de los cajones del escritorio y sacó en bloque las libretas de notas. Se escuchó el clásico murmullo y, el Hermano, después de repartirlas por orden alfabético, habló un momento dando las palabras de despedida. Ha recordado también haber salido poco después a la formación general para el acto de clausura. Habían bajado por las escaleras principales mirando las notas y preguntando “cuantos” habían sacado para complementación. Había de todo, pero la mayoría mejoró porque eran muchos los invictos. Frente al patio, en una explanada de pasto junto a los jardines, la banda había tomado ubicación. Tocarón el himno nacional y todos cantaron, y una vez concluido se inició el acto con las palabras del profesor de Geografía de Quinto año, quien iba presentando brevemente, los nombres de los compañeros de primaria y secundaria que habían logrado los más altos calificativos para cada sección. A cada uno de ellos, se les entregó por intermedio del profesor titular, un diploma de reconocimiento. Después le tocó el turno en el uso de la palabra al compañero Rojas, quien dio el discurso de despedida a nombre de la promoción. Agradeció públicamente a todos y cada uno de los profesores y Hermanos que habían tenido la difícil tarea de impartir esos conocimientos que servirían toda una vida. Después Rojas hizo un recuento de las actividades realizadas en Quinto año. El viaje de promoción, al Cuzco, con tour incluido a todas las ruinas, un éxito. La fiesta familiar, donde se canasteó y goleó a todos

los equipos invitados, también. El inolvidable baile de promoción, donde todos asistieron de etiqueta al local de Yanahuara alquilado exclusivamente con ese propósito, no dejó a nadie inconforme y mucho menos descansado. Y por último, los retiros y reuniones de catequesis que a lo largo del año se realizaron en “Manresa” y la Casa de la Juventud. Al final del discurso de Rojas, que fue emotivo, el Hermano Roque tomó el micro y declaró por clausurado el año escolar. Todos aplaudieron y después, la promoción en pleno, hizo un círculo y empezó a cantar la tradicional canción:” por qué perder las esperanzas de volverse a ver”. Poco después se rompieron filas y, se miraban rostros serios y tristes. Todos habían comenzado a firmar las camisas, y en un momento de locura, se vio una turba desenfrenada que llevó varios compañeros a las duchas con ropa y todo. Javier no recuerda haber estado allí pero recuerda haber estrechado después las manos de todos los compañeros. Ha recordado también, que ese mismo día, por la noche, se llevó a cabo en el salón de actos, la ceremonia de graduación, donde se entregan los recordatorios, los diplomas promocionales y las insignias de exalumnos. Esa noche citaron a las seis y todos llegaron puntuales con su padres y enternados. Una vez que todos estuvieron ubicados, el Hermano Roque habló nuevamente a nombre del colegio, pero con palabras más profundas. Después se inició la entrega de diplomas uno por uno: “Allende”, aplausos, “Aquino”, aplausos, “Arenas”, aplausos, “Arredondo”... se sintió un silencio profundo por un breve instante, y cuando Bamby se paró, se escuchó un estruendo de gritos y aplausos de tal magnitud, que dudó en llegar al estrado porque sabía que allí, dejaba parte de su vida. Para qué subió. Diploma promocional; diploma de mérito por aprovechamiento; diploma de puntualidad y de honor por haber sido elegido como el mejor compañero. Sus padres, quienes se encontraban sentados en la segunda fila, no paraban de llorar. Ha recordado haber dicho algunas palabras entrecortadas por la emoción y haber secado con su pañuelo algunas lágrimas que se deslizaron por sus pómulos. Sabía que desde ese momento era

exalumno DE LA SALLE, y que el recuerdo de la señorita Catalina, del Hermano Jaime, del Hermano Roque, de todos los compañeros, que los recuerdos del primer día de clases, de los paseos y excursiones, de su primera comunión, de su ingreso a secundaria, de las clausuras, de las verbenas, de los partidos y de las aulas, patios y jardines del colegio, quedaban indelebles en su corazón, que al recordar ese momento, latiría más aprisa, por el resto de sus días.

Epílogo

Los pocos días que le habían quedado, volaron. La llegada de su padre desde la Capital, hace más de una semana, había puesto en él la idea inexorable de su partida y la esperanza en un futuro con mejores oportunidades que no debía despreciar. Pero cuando vio a su padre, ya en casa, trayendo en su valija los pasajes vía Arequipa-Lima-Miami-Madrid, y la visa de estudiante otorgada por la Embajada de España en Lima, no rechazó la propuesta pero lo miró a los ojos largamente. Se había perdido en su propia mirada, llenando su mente con recuerdos pasados que circulaban a gran velocidad. Lo vivido transitaba en sus recuerdos como haces de luces que se prendían y se apagaban en su mente, causándole inseguridad. Tardó algunos instantes en responder a su padre, quien lo abrazó y le dijo: “viajas el martes. Dos escalas. El jueves estás en Madrid. El viernes en Barcelona”. Sus primos y tíos paternos, quienes radicaban en Barcelona hacía algún tiempo, al enterarse de la noticia, no vacilaron en confirmar que le darían hospedaje, alimentación y todo tipo de apoyo. Se entusiasmaron, para qué. Sabían que la llegada de Javier la recibirían con beneplácito, que llegaría a ser muy pronto uno más de la familia y que ocuparía a partir de ese día futuro, la habitación de sobrino, pero el lugar de un hijo. Bamby se adelantaba a todo eso mientras se echaba en la cama, pensando nervioso, qué sería de su vida lejos de su verdadera familia, lejos de su patria, de su barrio, de sus amigos, de su colegio, de su amor por Rosita. Era el momento de cambiar toda una concepción existencial en otro tiempo y espacio. El fin de semana anterior a la partida, tres días antes del largo viaje, Javier recuerda haber aceptado gustoso, la invitación para el almuerzo de despedida

que le ofrecieron todos los del grupo. Lo habían buscado al mediodía. El grupo inicial fue de unos veinte. Sólo la noche anterior se había planeado todo para darle la sorpresa. La idea era compartir con él algunas horas, en alguna de las picanterías de Tiabaya o de Yanahuara, donde al final se decidieron quedar. Lo habían llevado en carro y, ante el paso por la avenida Bolognesi, había podido ver los jardines y los parques a los costados, que son bonitos. Podemos decir y afirmar que Yanahuara es un distrito bonito. Pero digo esto, porque después del almuerzo, en el que se contaron anécdotas, en el que se habló del colegio, en el que todos tomaron “el pelo” a Bamby y en el que sobresalieron chistes, risas y hasta cantos improvisados después que tomaron algunas cervezas, Bamby no pudo distinguir nuevamente los jardines, porque no controlaba ya bien los sentidos. Y es que todo el mundo quería brindar con él. No por sobrepasarse, o por ver a Bamby borracho, sino, porque se iba, un amigo de verdad. Al día siguiente, domingo, Bamby despertó tranquilo pero pensando en Rosa Inés. No había podido verla anteriormente, pero, en las veces que fue a visitarla a su casa, fue con la intención de insistir en la relación que quería tener con ella. Pero el viaje de su padre a Lima, a mediados de marzo, había dejado a Bamby preocupado, porque el viaje, si se llegaba a realizar, cortarían sus esperanzas con respecto a Rosa Inés. El se lo había dicho a Rosita, quien simplemente se limitó a esperar mayores noticias, a pesar que tenía las intenciones de empezar con Bamby, dado que el hecho del accidente los unió más, especialmente en el verano, después de terminadas las clases del colegio. Bamby realmente se había enamorado de ella. Eso es algo que nunca nos lo dijo, pero era algo que lo percibíamos, a pesar de lo escondido que Bamby lo tenía. Pero ese domingo, por la mañana, después de servirse el desayuno, Bamby llamó a Rosa Inés. Le dijo que la llamaba para despedirse, frase que inquietó a Rosa Inés, porque no sospechaba que Bamby viajaba in promptu. Pero tuvo que aceptarlo, aunque ya su voz por teléfono sonaba baja y triste. Pero todo no podía quedar allí. Sé que habían muchas cosas que Bamby debía decir a Rosa Inés antes de su partida.

Cosas que había tenido guardadas para ella en su corazón. Debían por lo menos hablar de sus vivencias, Bamby tendría que contarle sus principales planes para el futuro en el extranjero y debería escribirle o, por lo menos, dejarle su dirección. Y para eso se citaron. Quedó en ir a su casa por la tarde, como a las tres. Allí tendría la oportunidad de despedirse de los padres de ella, quienes siempre lo trataron bien y lo estimaban. Tendría también la oportunidad –a diferencia de otras veces-, de pedir permiso por Rosa Inés para sacarla a pasear, un paseo improvisado por cierto. Y eso sucedió, porque los padres de ella, al saber que se iba, le desearon lo mejor y hasta le invitaron a comer, pero por delicadeza no aceptó. Había salido con Rosa Inés de la casa cuando el sol brillaba, ofreciendo una larga tarde ante la escasez de nubes. Después de caminar juntos por la Arequipa monumental, subieron por Jerusalén y llegaron hasta el parque central de Selva Alegre. Es un parque muy grande. Tiene muchos eucaliptos y árboles altos, una pequeña bajada por donde se llega a una laguna que tiene algunos patos y pescaditos que se alimentan de algas y que son traídos por un riachuelo que parece que llega desde el río Chili. Mientras los patos graznan y meten el cuello en el agua cuando nadan, una lancha recorre la laguna y lleva consigo por un cómodo precio, a niños y parejas de enamorados. Allí subieron, y como la lancha se balancea al partir, Bamby aprovechó para abrazar en ese momento a Rosa Inés. Ella no dijo nada, creo que por el contrario, le gustó ese gesto. Después de recorrer la laguna y dejar la lancha pudieron caminar tomados de la mano por un caminito de piedra que hay en el parque. Se quedaron en el trayecto sentados en una de las bancas. Habían hablado de todo un poco y los temas no se agotaron. Todo era espontáneo en ellos, natural, transparente a la vista de ambos, sin recelos, sin rencores, con cariño, con ternura. Pero Bamby sabía que ninguna declaración de amor o insinuación parecida podía dar resultados. Y también ella lo sabía. Fue la penumbra que llegaba con el ocaso la que se encargó de acercarlos más. Fue un acercamiento templado, una mezcla de lo sublime con lo ofuscado, de lo

ansioso con lo nervioso. Era un pasado que se hacía realidad en un presente corto, pero que ambos vivían allí, a su manera. Debieron decirse calmadamente y de manera sincera, muchas cosas que estaban reservadas para un futuro del cual ya no eran dueños. Pero ambos comprendían que era ése el momento de exteriorizar y manifestar el fuego que quemaba sus entrañas. Bamby le dijo que siempre le gustó y que tendría ella por siempre, un lugar en su corazón. Ella lo abrazó fuertemente y, después, magnéticamente, se besaron. Fue un beso largo y con sentimiento que hizo llorar a Rosa Inés cuando él la dejó en su casa, ya de noche, y se despidieron.

El lunes Bamby despertó triste, pero no se dejó ganar por esa sensación. Bajó por la mañana al área metropolitana para confirmar pasajes, comprar regalos y ultimar detalles. Cuando estuvo de regreso a casa, como a las doce, se detuvo en la avenida La Salle. Decidió ingresar al colegio para despedirse del Hermano Roque, pero no lo encontró. Encontró a Pascual, el portero, quien lucía un uniforme azul con saco y corbata. Pascual lo recibió alegre, pero cuando Bamby le dijo que llegaba para despedirse, se sorprendió. Le dijo que en dos días estaba llegando a la “Madre Patria”, donde seguiría estudios de Medicina en una universidad de Barcelona. Que pensaba especializarse en psiquiatría y que no sabía si pronto regresaba al Perú. Pascual lo hizo pasar de la sala de espera, al salón de profesores. Allí pudo Bamby ver el cuadro de promoción. Estaba igualito. El cuadro incólume conservaba su color dorado. Todas las fotos seguían intactas y con los nombres de cada uno en la parte inferior, que se escribieron con tinta china. Después Pascual lo invitó para que subiera al tercer piso, donde está la capilla, pero Bamby prefirió caminar hasta la gruta, para ver a la Virgen y caminar en medio de los eucaliptos. Por allí subió y llegó hasta la cancha de fútbol donde algunas palomas caminaban veletas por el pasto. Al salir nuevamente por la puerta principal, se despidió de Pascual y le dejó con él un recado para el Hermano Roque. Caminó después por La Salle y llegó a La Victoria. Fotografió en su memoria los postes y baches en el asfalto de Jorge

Polar. Los jardines y casas de todos los vecinos, la relativa quietud que contrasta el movimiento en las calles, los fines de semana, por las noches, de todos los amigos. Debía alistar su equipaje por la tarde, para su partida al día siguiente, temprano por la mañana. Y, en la noche, debía esperar a tíos y primos que llegarían para una comida en familia, velada que la pasó de manera estupenda, aunque algo cansado, preocupado por el viaje y, pensando en lo que había pasado con Rosa Inés. Esa noche se acostó tarde, como a las doce, pero sin preocupación por las maletas, porque ya las tenía listas. Al día siguiente, como a las seis, su madre lo despertó y le dijo: “levántate Javier, que tienes que ir al aeropuerto”. Sólo que esta vez su madre estaba con pena y él partía para estudiar en una universidad. Apenas tuvieron todo el tiempo para desayunar, sacar el carro, colocar las maletas y partir. Salieron con una hora de anticipación hacia la avenida Aviación para evitar imprevistos. Antes de salir, Javier sólo había dicho una oración y, en el bolsillo interior de su casaca, había colocado su billetera, su pasaporte, los pasajes del avión y la foto de Rosa Inés. Viajaba solo y en Lima debería esperar por algunas horas en el aeropuerto, antes de abordar un avión de Iberia. Al llegar al aeropuerto, su padre, quien había manejado, lo acompañó a registrar sus maletas para el vuelo que salía a Lima. Su madre también fue, pero sólo lo miraba y con los brazos frotaba su saco azul de lana, porque en el aeropuerto corre mucho viento y hace frío. Después de chequear su equipaje aguardó un momento. La primera llamada determinó su ingreso a la sala de embarque. El momento de la despedida fue emotivo. Sus padres lo abrazaron y lo besaron. Poco después caminó hasta el avión y sólo atinó a dar una señal de adiós con su mano, desde lo alto de la escalinata, conteniendo sus lágrimas. Después que lo abordó, se sentó, escuchó las instrucciones de rutina, se colocó el cinturón de seguridad y, una vez chequeado el ingreso de todos los pasajeros, el avión se desplazó por la pista, tomó el vuelo y despegó. Él, se sentía cansado por el trajín de los días anteriores y porque no había podido dormir bien. Además estaba preocupado. Claro que todos sus documentos y los

pasajes estaban en regla, pero debería esperar en Lima por algunas horas. Durante el vuelo se quedó dormido por un instante. Poco después despertó sin reconocer su ubicación y pensando que quizá estaba todavía en el suelo de la tierra que había dejado. Pero no. Su resolución estaba tomada y nada podía detener esa situación o darla en marcha atrás. Tomó luego conciencia de los que dejaba y del lugar donde iba. Por un momento sintió nostalgia y tristeza a la vez. Sabía que ya no era un niño y que los mejores momentos pasados en su hogar, ya no regresarían. Sabía también que a partir de ese momento, dejaba de alguna manera de ser un adolescente y que los momentos con los amigos del colegio y de barrio, jamás se repetirían. Se estaba convirtiendo en un hombre que, al llegar a su meta, a ese otro mundo que desconocía, debería afrontar con firmeza su destino. Los triunfos de los que estaba seguro que iba a lograr, no podían decepcionarlo a él, ni a aquellos que depositaron su confianza en su persona. Cada segundo que transcurría lo alejaba cada vez más de un pasado irreversible y lo acercaba más a un futuro de esperanzas. En eso pudo enfocar por un momento su mente, hasta que se reflejó en ella, la imagen de Rosa Inés. De alguna manera ella se quedaría sola, pensando en los momentos más fuertes que llegaban junto a la adolescencia, que siempre buscaba más y más vivencias y nuevas experiencias, dentro de ese mundo de fantasía y de independencia, que Bamby, de la mejor manera, había sabido controlar. Pero lo que sentía ahora por ello, comprendía que era algo prácticamente imborrable, que quedaría marcado, muy profundamente, en la historia de su vida. Pudo entonces Bamby sacar del bolsillo interior de su casaca, la foto de Rosa Inés. La miró. Estaba linda y sonriente. Él cerró los ojos. Juntó los brazos y apretó fuertemente la foto con la palma de sus manos. En ese instante, el recuerdo de ella, era todo lo que tenía.